



REVISTA

DE LA

BIBLIOTECA, ARCHIVO Y MUSEO

AÑO III

ABRIL, 1926

NÚMERO 10

UNA TRAGEDIA REAL DE LA AVELLANEDA

El año de 1858 señala para doña Gertrudis Gómez de Avellaneda el punto culminante de su gloria. El día 9 de abril se había estrenado en el Teatro de Novedades su gran drama *Baltasar*, cuyo éxito había sobrepujado a las más audaces esperanzas de la autora, y que luego se representó cincuenta noches seguidas, cosa no ya inusitada sino inaudita en aquella época. Y lo merecía; porque aquel drama es una de esas obras que honran sobre manera a la nación que las da origen. La crítica de entonces le fué muy favorable, y la de la posteridad no hizo más que confirmar aquel fallo y aun realzar, si fuese posible, el mérito de aquel portentoso drama. El nombre de la Avellaneda era ya citado como autora dramática al nivel de Zorrilla, García Gutiérrez y Hartzenbusch, los tres poetas de más fama en aquel tiempo.

Su vida privada y sus sentimientos y afecciones habían entrado igualmente en un período de dulce reposo y bienestar, que prometían durar largos años. Pasada la época de sus tormentosos amores con D. Ignacio de Cepeda y con García Tassara, había dado acogida en su alma al afecto conyugal más tierno y seguro. Tres años hacía que se había casado con el bizarro y joven coronel de artillería D. Domingo Verdugo, uno de los héroes, o a lo menos de los valientes, de Vicalvaro, que habían traído a la Nación un nuevo orden político. Era diputado a Cortes por su país natal (1); amigo íntimo de D. Leopoldo

(1) El coronel Verdugo había nacido en Canarias en 1817. Era, por consiguiente, tres años más joven que la Avellaneda; pero como ésta se conservaba fresca, lozana y siempre hermosa, parecía hasta de menos edad que su marido. Se casaron en abril de 1855, siendo padrinos los reyes. D. Domingo Verdugo fué diputado a Cortes por Santa Cruz de la Palma hasta el fin de sus días, aun estando ausente en Cuba.

O'Donnell, que en breve iba a ocupar el poder por largo tiempo; y todo, en fin, parecía sonreír a aquella dichosa pareja.

Pero la desgracia, que acechaba silenciosa y pérfida, convirtió toda aquella felicidad en terrores, llanto y desconsuelo en un instante. Cinco días después del estreno de *Baltasar*, cuando más ardientes sonaban aún los aplausos de esta obra famosa, en pleno día y en una calle tan pública como la del Carmen, fué herido a mansalva el coronel Verdugo de dos estocadas, que al principio se creyeron mortales y que, algo a la larga, vinieron a serlo.

Dos meses estuvo el herido luchando entre la vida y la muerte; logró restablecerse, aunque mal, y este terrible suceso y sus consecuencias fueron, como vamos a ver, los que torcieron por completo el giro y curso de la vida de la insigne escritora, haciéndole conocer una vez más que la dicha no existe en este mísero planeta.

Pero antes debemos dar algunos antecedentes sobre el origen y causa inmediata de la feroz venganza, si es que lo fué, y no una agresión injustificada, como parece más probable, y que tan desastrosos efectos produjo.

A principios de 1853, el 9 de enero, falleció el célebre poeta D. Juan Nicasio Gallego, individuo de número de la Real Academia Española; y doña Gertrudis Gómez de Avellaneda aspiró a sucederle en este puesto. Contaba no sólo con lo que pudiese valer la voluntad del escritor difunto, que repetidas veces había manifestado su deseo de ver a la que consideraba como su discípula entre los socios de la Academia, sino con la amistad de varios de los principales miembros de dicho Cuerpo, como eran Quintana, Pastor Díaz, D. Eugenio de Tapia, Puente y Apezechea y algún otro.

Gozaba grande influjo, y en este mismo año subió al poder, como presidente del Consejo de Ministros, el conde de San Luis, a quien gran número de sus amigos y favorecidos de la Academia pensaron en presentar para cubrir la vacante de Gallego. La Avellaneda recurrió a la galantería del conde para que la dejase el campo libre, y así se lo ofreció, en el caso de que la candidatura de la poetisa no tropezase con algún obstáculo reglamentario invencible. Aunque no muy satisfecha de la respuesta, presentó la Avellaneda su solicitud a la Academia con fecha 2 de febrero (1); pero antes de votar la plaza

(1) Por tratarse de un documento inédito de tan excelsa escritora, lo copiaremos aquí: «La más cumplida honra que en España es dado lograr a quien cultiva las letras es la de pertenecer a esa Real Academia, digna guardadora de los fueros de nuestra hermosa lengua.

»Siendo aquellas mi profesión, animada por las tradiciones de ese insigne Cuerpo y por a bondad con que se ha dignado acoger algunas de mis obras, y alentada por la feliz coinci-

vacante se discutió y votó un asunto previo, cual era el de si las mujeres podían ser elegidas académicas de número. De los veinte académicos presentes, seis opinaron por la admisión y catorce en contra: no hubo, pues, lugar de votar la solicitud de la Avellaneda, que por dicho acuerdo quedaba excluida e inhábil para el cargo.

Esto ocurría el 10 de febrero. La Academia acordó por unanimidad que el director y el secretario, en nombre de ella, manifestasen a la señora Avellaneda que la Corporación entera reconocía y admiraba el peregrino ingenio de que tantas y tan insignes pruebas había dado en sus obras literarias y que lamentaba no poder condescender con su solicitud por el acuerdo de carácter general que acababa de tomar (1).

Esto, no obstante, la Avellaneda quedó muy resentida. Dos días después escribió de nuevo al conde de San Luis quejándose de que no se hubiese retirado antes de la votación, y dejando traslucir haber sido eso la causa del acuerdo que la excluía. El conde hizo retirar su propuesta, y ni entonces ni nunca volvió a ser presentado para el

dencia de ver al frente de la Dirección de la Academia y de su Secretaría a dos ilustres poetas y poblados sus escaños de tantos eminentes escritores que me honran con su amistad y con sus ejemplos, me resuelvo a confesar a esa Corporación que aquel premio de inestimable valía, única distinción a que me sea dado aspirar por mi propia, es hoy objeto de mis más ardientes deseos. Hasta la circunstancia de que la plaza vacante sea la de mi respetable maestro, el Sr. D. Juan Nicasio Gallego, realza su precio para mi corazón. A nadie quisiera yo ceder la gloria de tributar a su nombre, en el seno de la Academia el homenaje de afectuosa admiración que le deben todos los amantes de las letras.

•Ruego, pues, a V. S. se sirva manifestar mi deseo a la Academia, a cuyo fallo me someto confiada, antes que en la severidad del juicio de sus dignos individuos, en su ilustrada indulgencia y genial galantería. Dios guarde a V. S. muchos años.—Madrid, 2 de febrero de 1853.

Gertrudis Gómez
de Avellaneda. (Rúbrica.)

•Sr. D. Manuel Bretón de los Herreros, Secretario de la Real Academia Española. (Todo el documento de mano de la autora).

(1) He aquí el texto de este documento, también inédito: «Excma. Señora: Esta corporación, ya muy honrada con sólo haber V. E. mostrado deseos de pertenecer a ella, se honraría aún más con poder contar en el número de sus individuos a una señora en quien concurren las más recomendables dotes, a un ingenio tan justa y universalmente aplaudido y laureado. En la Real Academia Española sólo hay entusiastas para la ilustre autora de *Alfonso Munio*, *Saúl* y *La hija de las flores*; y a no mediar un acuerdo fundado en la índole de nuestro instituto y en consideraciones generales de que no se ha podido prescindir, V. E. obtendría por aclamación un título que sin duda no ha menester para que su nombre se transmita glorioso a la posteridad, pero que daría un timbre más a este Cuerpo literario.

•La Academia unánime lo ha manifestado así; y al cumplir su encargo de ponerlo en conocimiento de V. E. nos complacemos en asegurar que, si sentimos de muy veras, no menos que todos nuestros compañeros vernos privados de asociarla a nuestras tareas, no cedemos a nadie en la sinceridad con que ofrecemos a V. E. el tributo de nuestro más distinguido aprecio y más alta admiración.

•Dios guarde a V. E. muchos años. Madrid, 11 de febrero de 1853.

•Francisco Martínez de la Rosa.—Manuel Bretón de los Herreros.—Excma. Señora doña Gertrudis Gómez de Avellaneda».

cargo. Quien salió favorecido en este río revuelto fué D. Antonio Ferrer del Río, el cual, habiéndose presentado candidato, sin esperanza alguna, pues no contaba con un solo voto seguro, quedó elegido académico por falta de competidores (1).

Si la Avellaneda no ocultaba su encono contra la «pandilla de Venturilla Vega», como ella decía, y, en general, contra todo el grupo *polaco*, éste le pagaba en igual moneda, acusándola de haber impedido, sin ningún provecho suyo, que San Luis entrase en la Academia. Comenzaron desde este momento a hacerle cruda guerra don Manuel Cañete en el *Heraldo*, periódico personalmente adicto al conde de San Luis, y D. Aureliano Fernández Guerra, con el seudónimo de *Pipí*, en la revistas dramáticas que escribía en la *España*, diario moderado. D. Luis Fernández Guerra, hermano de D. Aureliano, compuso y divulgó por entonces un romance satírico, muy agudo, pero muy libre, contra la Avellaneda, con el título de *Protesta de una «individua» que solicitó serlo de la Academia Española y fué desairada*, y empezaba así:

«Yo, doña Safo segunda,
entre *avellanada* y fresca;
musa que soplo a las nueve
y hago viento a los poetas.. »

Cayó tan en gracia el chiste, que entre el grupo enemigo era comúnmente designada doña Gertrudis con el nombre de *Doña Safo*.

Casi todas las obras que en adelante estrenó la Avellaneda fueron juzgadas con más severidad que antes. Verdad es que no tuvo el mismo acierto en varias de ellas. Dejando a un lado las traducciones que por entonces hizo representar como *La aventurera*, de Augier, y *Hortensia*, de Soulié (2), y que, por tal circunstancia, pasaron sin contratiempos, fué silbado y maltratado por la crítica de tal modo, que la autora no se atrevió a imprimirlo el drama en cinco actos titulado *La sonámbula*, estrenado en el teatro del Príncipe el 4 de marzo de 1854, y eso que había sido elegido para su beneficio por Teodora Lamadrid, primera dama del teatro.

Cayó poco después con estrépito el conde de San Luis y vino la

(1) Don Juan Pérez de Guzmán ha contado con novedad, sirviéndose de papeles inéditos procedentes del conde de San Luis, esta tentativa de ingreso en la Academia por parte de la Avellaneda. (V. *Ilustr. esp. y amer.* de 15 y 22 de noviembre de 1906). Nosotros hemos añadido algunos datos y documentos.

(2) Se estrenaron la primera en 25 de mayo de 1853 en el teatro de Variedades y la segunda el 4 de junio del mismo año en el del Príncipe.

revolución del 54. La Avellaneda, que siempre se había mostrado inclinada al partido liberal, estrechó más sus relaciones, casándose, como hemos dicho, con uno de los sublevados de Vicálvaro, lo cual fué una causa más del encono del grupo moderado que, en general, hacía una guerra sorda, pero sin tregua, al partido progresista, y que aprovechó este pretexto para zaherir a la ilustre poetisa.

El 15 de marzo de 1855 se estrenó en el teatro de la Cruz la comedia de la Avellaneda *Oráculos de Talía o los duendes de Palacio*. El público la aplaudió con calor y siguió representándose muchos días; pero la crítica de los periódicos moderados, especialmente de *La España* (1), no le fué favorable. Entonces la Avellaneda perdió la paciencia, y al imprimir su comedia la hizo preceder de un prólogo, en que se defiende de varios defectos que habían achacado a su obra (inverosimilitud, anacronismos), y aún irónicamente se vuelve contra sus críticos, dando gracias a los actores que «han logrado atraer la atención pública hacia una obra que, según la afirmación de ciertos críticos, *no tiene interés, ni caracteres, ni pensamiento filosófico, ni fin moral, ni invención*, ni nada, en resumidas cuentas, que justifique la lisonjera acogida que ha merecido del público». Y al acabar, después de agradecer los elogios de algunos periódicos, añade también en tono burlesco: «Y agradeciendo no menos las censuras de otros. ¿Qué mayor prueba del vivo interés que les inspiramos y del afán con que anhelan nuestros adelantos que esa severidad en la crítica, usada por los que son comúnmente tan pródigos de alabanzas con otros?» (2).

Pero el disgusto de la autora fué, con todo, tal que se resolvió a no volver a escribir más para el teatro. Y este propósito, mantuvo los tres años siguientes, durante los cuales pasó el partido progresista, nació y se eclipsó por el momento el de la unión liberal que acaudillaba el general O'Donnell, subió y volvió a caer el partido moderado del general Narváez, y luego el moderado indefinido de Istúriz, para disponer la vuelta de los unionistas que gobernaron durante el célebre quinquenio de 1858 a 1863.

Creyó entonces la Avellaneda que podría continuar su gloriosa carrera literaria, y al empezar el año referido de 1858 presentó a la

(1) Del domingo 18 de marzo de 1855.

(2) *Oráculos de Italia o los duendes de Palacio*, comedia en cinco actos y en verso por la Excm. Señora doña G. G. de Avellaneda. Representada por primera vez en el teatro de la Cruz la noche del 15 de marzo de 1855. Madrid, Rodríguez, 1855, 4.º, 133 págs. V. págs. 5 y 8. Hicieron los principales papeles las señoras Fenoquío, Palma y Orgaz y los Sres. Romea (D. J. y D. F.), Guzmán, Aguirre, Sobrado, etc.

vez dos obras dramáticas, una para el teatro de Novedades, que, con una buena compañía, gobernaba el actor D. José Valero, entonces en el apogeo de su talento y facultades, que fué *Baltasar*, y la otra, en el teatro del Circo, donde estaban Romea, Arjona y Teodora Lamadrid. Se titulaba esta última obra *Los tres amores*, y se estrenó la noche del 20 de marzo de 1858. Desde las primeras escenas se empezaron a notar señales de impaciencia y desagrado en una parte del público, que partían, sobre todo, de un palco platea muy próximo al escenario, ocupado sólo por caballeros. Conforme avanzaba la representación aumentaban las protestas y gritos de los unos y se advertía algún cansancio en el resto de los espectadores.

La obra, aunque no merecía el mal trato que le dieron, pues está muy bien escrita y tiene buenas situaciones y escenas, se resiente de la mala distribución de las partes, por el empeño de la autora en mantener una rigurosa unidad de tiempo, que le obligó a dilatar en cuatro actos lo que pudiera haber encerrado en tres. Un incidente ridículo acabó de precipitar la catástrofe. Hay en la comedia un personaje, la marquesa del Pinar, tipo de mujer curiosa y que se cree poseedora de grandes secretos. Pues bien: en la más solemne situación del drama, cuando el poderoso y anciano conde de Larraga reúne a todos sus parientes colaterales para designar el que ha de sucederle a él, que es viudo y sin hijos, y a su hermana, vieja solterona, en sus grandes estados; ya muy avanzado el acto cuarto, se presenta la marquesa, cuyo instinto y malicia le han hecho sospechar algún misterio en la convocatoria de su deudo, y expone con insistencia sus barruntos a los demás congregados, exclamando cierto momento, al decirle el marqués de San Adrián.

— «Luego, usted cree...

—MARQUESA: Que hay gato encerrado, señores; no lo duden ustedes, hay gato encerrado.»

En el mismo instante, del palco platea ya mencionado arrojaron al escenario un gato vivo, el cual, asustado por las luces y gritería del público, empezó a correr de un lado a otro hasta que pudo ocultarse. Ya no hubo más representación, que acabó entre jarana, risas y silbidos, apenas contenidos por la presencia de los reyes, que asistían al espectáculo (1).

(1) *Los tres amores*, drama en tres actos, precedido de un prólogo, original de la señora doña Gertrudis Gómez de Avellaneda. Representado por primera vez en el teatro del Circo el 20 de marzo de 1858. Madrid, Rodríguez, 1858; 4 °, 84 págs. V. pág. 78. En la refundición que la Avellaneda hizo de este drama en 1869 para incluirlo entre sus obras completas, impresas entonces, suprimió el pasaje relativo al «gato encerrado».

En cambio, días después obtuvo la Avellaneda, en Novedades, el mayor triunfo de su vida con el estreno, el 9 de abril, de su célebre drama simbólico *Baltasar*.

Cinco días llevaba de saborearlo cuando ocurrió el trágico suceso que motiva este artículo, y referiremos con la brevedad posible.

El 14 de abril, a la una y media del día, se encaminó el coronel Verdugo a la redacción de *La Monarquía española*, periódico que defendía la política del general O'Donnell, de quien el coronel era muy adicto, quizá para entregar algún artículo. Un individuo decentemente vestido que le había venido siguiendo, llegó a la vez a la puerta de la casa en que estaba el periódico, que era en la calle del Carmen, cerca de la iglesia del mismo nombre, y antes de que el coronel penetrase en ella se le interpuso el que le seguía, y tras brevísimas palabras, con un estoque que llevaba oculto en un bastón y había desenvainado, le dió dos estocadas: una, profunda, que le atravesó el pulmón derecho, y otra, menos grave. El hecho lo presenciaron muchas personas que pasaban por la calle, tan concurrida y a tal hora, y mientras unos auxiliaban al herido, que cayó al suelo lanzando ayes de dolor, otros perseguían al agresor, que huyó por la calle de la Salud; pero fué detenido al llegar a la calle de la Abada por un guardia civil que prestaba servicio en la Dirección de la Deuda, que estaba en el antiguo convento del Carmen (1).

Por indicación del mismo D. Domingo Verdugo, y en vista de la gravedad que confirmó un médico que se hallaba entre los curiosos, fué trasladado a casa de un amigo que vivía allí al lado. Comunicados los avisos, llegaron inmediatamente el gobernador militar, brigadier Garrigó, íntimo amigo del coronel, el gobernador civil y el médico Sr. Sánchez de Toca, que, ante lo grave del estado del herido que arrojaba sangre por la boca, aunque no por la herida, por ser el estoque muy fino y de hechura triangular y acanalado, mandó que le administrasen la Extremaución, aunque no declaró el caso desesperado.

Pronto se supo que el agresor era persona muy conocida en Ma-

(1) Algunos periódicos hacen de modo distinto la narración del suceso, diciendo haber ocurrido después que el Sr. Verdugo salió de la redacción de *La Monarquía Española* y que Ribera le esperaba ya en el portai de la casa. Nosotros seguimos la versión de dicho periódico, ante cuya puerta se realizó y cuyos redactores fueron de los que primero acudieron en auxilio del herido. Este mismo periódico, al dar cuenta del hecho, indica las causas o antecedentes diciendo: «Parece que en la representación de *Los tres amores*, drama de la señora Avellaneda, ejecutado poco hace en el teatro del Circo; Ribera silbó el drama y tuvo una desazón con el Sr. Verdugo. Ayer se encontraron; y con el mal encubierto rencor de Ribera por las duras palabras con que le reconvinó el Sr. Verdugo fomentaba en su pecho, le hirió tan pronto como tuvo ocasión de tomar venganza».

drid. Se llamaba D. Antonio Ribera y era hombre inquieto, impulsivo y sanguinario. Por su mala conducta había sido expulsado del Ejército, donde servía con el grado de subteniente. En 1854, en tiempo del conde de San Luis, había sido inspector de policía, de cuyo cargo fué desposeído y encausado por sus violencias (1). Emigró luego a Inglaterra, y desde Londres dirigió unos libelos contra el general O'Donnell, que fueron condenados por los tribunales. En 1857, al subir al poder los moderados, pudo volver a Madrid. Se decía que él había sido el principal fautor de la caída del drama *Los tres amores* y quien había echado el gato vivo a la escena, aunque él luego lo negó, quizá por dar mayor causa y justificación a su atentado.

Por la calidad de la víctima, el capitán general mandó incoar el proceso por el fuero de guerra; pero con mejores razones, el juez civil reclamó la causa y el preso, que había sido ya llevado a las prisiones militares de San Francisco, y se le condujo al Saladero.

Entre tanto, el suceso había adquirido una resonancia de acontecimiento público. Los periódicos se apoderaron de él y fué el tema principal de controversia durante varios días, porque cada cual lo pintaba y estimaba según sus ideas. Es uno de los aspectos más curiosos que ofrece este trágico hecho. Daremos lo primero idea del efecto producido.

Dice *La España* del 15 de abril: «Desde las dos de la tarde de ayer no se habla de otra cosa más que del criminal y horrible atentado cometido en la persona del Sr. D. Domingo Verdugo, coronel de artillería, diputado a Cortes por Canarias y gentilhomme de Cámara. Estando el asunto sometido a los tribunales, sólo diremos que el señor Verdugo fué herido gravemente de dos golpes con una daga de bastón a eso de las dos menos cuarto de la tarde en la calle del Carmen, una de las más concurridas de esta Corte. El agresor, seguido por el clamor público, fué detenido por un individuo de la Guardia civil y conducido a la Dirección de la Deuda, desde donde se le trasladó al poco rato al cuartel de San Francisco... Este suceso ha causado una profunda consternación, siendo la víctima persona muy conocida por la finura de su trato, por su carácter amable y por otras condiciones que le hacían apreciableísimo a cuantos le conocían y trataban.»

La Iberia, célebre periódico progresista, al dar al día siguiente del hecho noticia de él, añadía, ejerciendo ya de periódico de oposición:

(1) Por heridas causadas a D. José María Camacho que después fué administrador de rentas del Estado y persona muy señalada en el partido liberal.

«El herido fué depositado en una casa próxima, donde se le administró la Extremaunción y se atendió a su cura; y casi instantáneamente acudieron allí los señores gobernador militar y civil, el inspector del distrito, el juez y promotor fiscal y el regente de la Audiencia...

»Asegúrase generalmente que el criminal ha pertenecido a la policía, y como no hace muchos días fué maltratada una señora en un paseo público por otro sujeto que perteneció a la misma institución, la zozobra e indignación de los ciudadanos honrados llegan a su colmo, y por todos se reclama el severo castigo de tales atentados y el reconocimiento de los antecedentes de los dependientes que tienen a sus órdenes... Si en tiempo de los *kepis* hubiese ocurrido este suceso, no se desperdiciaría la ocasión para declamar contra la Milicia ciudadana: hoy se presentan con carácter público hombres indultados por crímenes graves, y esto parece no alarmar a los que en otros casos suelen ser tan asustadizos.» (*La Iberia*, del 15 de abril.)

El Clamor público, de la misma filiación política, escribía el propio día 15: «A las dos menos cuarto de ayer tarde fué herido mortalmente el coronel de artillería D. Domingo Verdugo y Massieu por un antiguo empleado de la policía de 1853, llamado Ribera. Este hombre, de quien recordamos el inaudito atentado de haber querido asesinar a D. José María Camacho el día mismo en que le nombraron segundo jefe de la ronda del Gobierno civil, por lo cual fué inmediatamente destituido y encarcelado, hirió al coronel Verdugo en la calle del Carmen, frente al número 43, con una daga que llevaba dentro del bastón.»

Y al día siguiente, 16, agregaba: «Anoche, a última hora, el señor Verdugo daba pocas esperanzas de vida. Acerca del estado de la causa no se sabe nada. La impresión que ha causado el horrible atentado de la calle del Carmen ha sido tan profunda, que en todo el día de ayer no ha cesado de acudir gente a la casa donde se halla el enfermo. Ayer acudieron más de cuatro mil personas a inscribirse en la lista. Entre las que estuvieron a enterarse del estado del enfermo se notaron al general O'Donnell y su señora.» Y copiando a *La Discusión*, añadía *El Clamor*:

«Hace ya muchos años que del seno de la policía secreta salen en nuestro país, de vez en cuando, hombres cuya historia es un tejido de infamias y arbitrariedades, y los cuales, lejos de corregirse en el ejercicio de sus funciones, parece como que cobran nuevos bríos para sus criminales empresas. Aun recuerda Barcelona el asesinato del joven demócrata Cuello, en cuya causa no se permitió declarar a gran nú-

mero de personas, cuyas palabras hubieran aclarado no poco aquel suceso; aun no ha olvidado Madrid la traidora muerte dada por el agente de policía Juan Pinto al infeliz ciudadano Bernardo Martínez; aun se subleva el ánimo al pensar que una noche fué arrastrado por las calles, insultado y herido por los mismos agentes, nuestro amigo D. Eduardo Asquerino, y que no hace seis días, un honrado vecino de Valencia, el comandante retirado D. José Calpena, preso injustamente y puesto en libertad al poco tiempo, ha muerto repentinamente de la emoción que le causó verse tratado como un malhechor. Hoy mismo existe en las cárceles de Madrid un antiguo jefe de policía a quien la opinión pública acusa de graves y hasta probados delitos, y no falta tampoco quien asegure que uno de los primeros actos del Sr. Ruiz del Cerro, al tomar posesión de la Dirección de Vigilancia, ha sido procesar a un individuo de este Cuerpo por creerle complicado en el escandaloso robo del Banco.»

Convertido ya el asunto en político (1), sobrevino la controversia en términos muy vivos. *La España* del 16 escribía, en contestación a los ataques de *La Iberia* y *El Clamor*:

«Algunos periódicos, al dar cuenta del horrible atentado que, con razón, tiene consternada a toda la población de Madrid, parece que tratan de investigar antecedentes públicos del agresor como para encontrar responsabilidades colectivas. No es nuevo este género de escrutinio, y por eso nos prevenimos y nos alarmamos. El agresor, sea quienquiera, llámese como se llame, se halla en poder de la justicia,

(1) Otros periódicos como *La Epoca* reflejan igualmente el interés causado por el hecho. *El Diario español* lo refiere con algunos pormenores nuevos y curiosos y después de narrar la agresión añade: «Algunos de los muchos y buenos amigos del Sr. Verdugo corrieron a su casa a preparar para tan triste nueva a su esposa, la distinguida poetisa, doña Gertrudis Gómez de Avellaneda, a quien ha sorprendido esta terrible desgracia en medio de las magníficas ovaciones y del gran triunfo literario de su drama *Baltasar...* Todo el día y toda la noche de ayer, 15, los alrededores de la casa han estado obstruidos por un inmenso gentío ansioso de saber el estado del herido. En el Senado y en el Congreso, donde se supo con rapidez eléctrica este suceso, ha causado más honda sensación, y la mayor parte de los senadores y diputados de todas las opiniones han acudido a casa del Sr. Cantillo (donde estaba el coronel herido) a mostrar el interés que les inspira la vida del Sr. Verdugo. Todo Madrid, repetimos, está dolorosamente impresionado ante un atentado tan horrible».

La Esperanza, del 15, escribía: «A última hora. El Sr. Verdugo tiene dos heridas: es de gravedad la que le pasa el pulmón; pequeña la inmediata al corazón. A la una de la noche daba alguna esperanza de vida. La calle continúa llena de gente a las altas horas de la noche, y los ánimos estaban agitados de un sentimiento de indignación profunda».

Este mismo periódico, refiriéndose a las causas del atentado, escribe: «Hace pocas noches tuvo un éxito desgraciado en el teatro del Circo la comedia *Los tres amores*, de la señora Avellaneda. El Sr. Verdugo estaba en la persuasión de que Ribera había sido quien soltó un gato a la escena en el momento en que un actor usaba la frase figurada de «Aquí hay gato encerrado», lo que produjo la hilaridad general y la completa derrota de la obra. Por esto el señor Verdugo había manifestado su indignación contra una persona a quien cree haber prestado señalados favores en otro tiempo».

y esta circunstancia nos impone una reserva que quisiéramos ver imitada...

»Jamás hemos hecho nosotros inculpaciones a ninguna comunidad política por los crímenes de nadie. No hicimos nunca responsable al partido progresista de los asesinatos de Pucheta; de los que tuvieron lugar en Cataluña cuando fué víctima el infortunado Sol y Padrís; ni de los incendios del 54; ni de otros delitos que, al fulgor de las hogueras, se cometieron entonces. Tampoco de los atentados que contra personas y propiedades se cometieron, individual y colectivamente, en los dos años de la dominación progresista, ni, por último, de los incendios y saqueos de Castilla en 1856; por el contrario, cuando nos tocaba hablar de escándalos semejantes, lo primero que decíamos, era: —Esos hombres no pertenecen a ningún partido.»

La Iberia del 17 replicó en estos términos: «Mucho se extraña *La España* de que algunos periódicos investiguen los antecedentes públicos del criminal que hirió alevosamente, en la calle del Carmen, al celoso diputado Sr. Verdugo. Nosotros y los diarios que hayan hecho este *escrutinio*, como dice el periódico moderado, no hicimos más que consignar y recordar sucesos que están en la memoria de todo el mundo. Si de estos sucesos se desprenden graves cargos contra el partido moderado, la culpa no es nuestra: es de la historia.

»¿Quién es responsable de que los antecedentes nada honrosos del criminal se enlacen con determinadas situaciones políticas? ¿Quién es responsable de la *magnanimidad*, perdónesenos la frase, con que ha sido tratado, después de atentados como el cometido contra el señor Camacho y otros que no es ahora ocasión de recordar, el asesino del Sr. Verdugo? ¿Quién es responsable de que en la policía se admita cierta clase de gente?

»Lo hemos dicho, y lo repetimos: nosotros no acusamos a ningún partido: son los hechos los que los acusan. Mucho nos extraña ver ahora a nuestro colega lavándose las manos y diciendo que nunca ha culpado a ninguna comunidad política por los crímenes que se hayan cometido. ¿Ha olvidado *La España* aquellos tiempos en que revestía a todos los ladrones y asesinos con el kepis y el pantalón de franja? ¿No recuerda ya el clamoreo que viene levantando su partido contra el liberal, con motivo de los incendios de Valladolid? Nosotros, más justos que nuestros colegas moderados durante el *funesto bienio*, no nos dejamos llevar de la pasión, ni nos abandonamos, para juzgar sucesos ni crímenes a hipótesis aventuradas y rencorosas; citamos hechos; si de estos antecedentes resultan cargos contra el partido moderado, culpe a quien deba culpar; culpe a la verdad, que así muestra

lo que se creía para siempre envuelto en el misterio o, por lo menos, resguardado por el silencio.»

No se mordió la lengua *La España*, que era la más directamente aludida por las vagas y algo ampulosas acusaciones de *La Iberia* (1), sino que al siguiente día, el 18, volvió a su adversario acusación por acusación y cargo por cargo:



Reproducción de una fotografía hecha en Carmona por Plácido Cembrano hacia 1866.

«Acertábamos cuando suponíamos que se buscaban los antecedentes del agresor del Sr. Verdugo para encontrar responsabilidades colectivas: así nos lo dicen ayer las declaraciones de ciertos periódicos. Pues bien; nosotros nos alzamos sobre las declaraciones últimas y sobre las reticencias de antes, para rechazar con toda la energía que nos da la rectitud de nuestra conciencia esa especie de responsabilidad directa o indirecta que algunos quieren hacer caer sobre el partido moderado, con motivo del crimen que ocupa estos días a la población de Madrid. Nosotros, y con nosotros la inmen-

sa mayoría de ese mismo partido, no hemos tenido nunca mancomunidad con el crimen, ni la complicidad más remota con los crimi-

(1) *La España*, que en esta ocasión dió muestras de rara imparcialidad y moderación, escribía el mismo día 17, en que tan duramente le atacaba *La Iberia*: «No se ha desvanecido aún la profunda impresión que causó en el pueblo de Madrid el atentado contra el Sr. Verdugo; muy al contrario, todas las particularidades que dicen relación con este triste suceso, tienen el privilegio de seguir excitando el más vivo interés... Sus Majestades han sido las primeras en manifestar el mayor interés por el herido, viniendo del Sitio, según parece, un alto empleado de Palacio a enterarse de su estado y a ofrecer a su familia toda clase de auxilios. Ayer se remitieron varios partes telegráficos a Aranjuez, al señor Presidente del Consejo, dándole cuenta de la situación del enfermo. El Infante D. Enrique mandó ayer tres veces a saber del Sr. Verdugo, y el mismo interés han mostrado por su vida hombres políticos de todos los partidos, sin distinción y no sólo de una fracción determinada, como parecen dar a entender algunos periódicos que, agrupando sólo ciertos nombres, convierten, sin quererlo sin duda, en una cuestión de otra índole, una cuestión social y de humanidad».

nales. Cuando hemos visto una acción reprensible, ajena a los sentimientos honrados que se abrigan en nuestro corazón, hemos hecho oír muy alta nuestra censura, nuestra reprobación, nuestra execración, según el caso, sin contemplación de ningún género, severa, inflexiblemente, como quien huye hasta de la sospecha del silencio.

»Y por lo mismo que esta ha sido siempre nuestra conducta..., no hemos hecho a ningún partido el agravio de suponerle capaz de armar el brazo de un asesino con el puñal, el brazo de un incendiario con la tea, ni el brazo del salteador con el trabuco. Nos dice un periódico que en otra época revestíamos a todos los ladrones y asesinos con el kepis y el pantalón de franja: eso no es exacto; nosotros decíamos lo que estaba a la vista de todo el mundo; pero por más que presentáramos con kepis a los criminales que lo gastaban, también decíamos al mismo tiempo que los criminales no pertenecían a ningún partido, cualquiera que fuese su traje.

»La manera como discurre el periódico a que nos referimos ni es lógica ni conveniente. Después de haber cometido sus asesinatos y todas sus fechorías el tristemente célebre Pucheta (1), fué honrado con un destino y aun con el cargo de oficial de la Milicia. No quisiéramos equivocarnos, pero de todas maneras, tolerado y considerado, anduvo hasta que le llegó el momento de la expiación. Del castigo de los asesinos de Sol y Padrís no hemos tenido noticia. Los incendios y los saqueos del 54 impunes están. Los atropellos de aquella sociedad titulada *La Porra* (2), jamás fueron castigados. Y, sin embargo, de esto, ¿aceptará el partido progresista la responsabilidad de tantos crímenes? ¿Lamará correligionarios y amigos a sus autores? Pues si no acepta, y hace bien, esa responsabilidad, ningún derecho tiene para atribuir una análoga, y con mucho menos motivo, porque no se trata de crímenes cometidos con uniforme, ni a la sombra de una bandera política, a un partido contrario, sólo porque es contrario o porque no hay otra manera de combatirlo.»

A encender más los ánimos en la contienda y extraviar el curso de la opinión vino la aparición de una extraña carta que con fecha del 17, tres días después de la herida de su marido, envió la Avellaneda

(1) Fué un torero, más famoso que en su oficio, como agitador y caudillo del populacho de barrios bajos en la revolución del año 1854 y que en algunos momentos llegó a ser el amo de Madrid y aun llegó a imponer sus condiciones a la propia reina, tratando con ella de potencia a potencia.

(2) No debe confundirse esta primitiva «partida de la porra» con la otra que, acaudillada, según se decía, por el famoso D. Felipe Ducazcal, en 1870 y 1871, se entretenía en apalea a los no revolucionarios, destrozar las imprentas y redacciones de los periódicos reaccionarios, otras casas, etc.

a S. M. la reina doña Isabel II, que se hallaba en el sitio de Aranjuez. Dicha carta se hizo al momento pública porque la imprimió el periódico *La América*, que dirigía D. Eduardo Asquerino, y repartió con profusión entre el público, que la arrebató en breve de mano de los repartidores.

No conocemos todo el texto de este documento, que fué celosamente recogido por la autoridad en el acto de su divulgación, con fundamento en que no se había solicitado previamente en el Gobierno civil el permiso de imprimirla y publicarla, aunque el verdadero motivo fuese el contenido de dicha carta. Daremos, ante todo, noticia de como fué juzgada por los periódicos que pudieron tenerla a la vista y según el criterio de cada uno.

La Iberia del 18, a quien, como es de suponer, pareció bien esta epístola, la juzga del modo siguiente: «La señora Avellaneda, poseída, con el rudo golpe que acaba de sufrir, de un dolor santo y sublime, ha sabido formularle en una enérgica cuanto sentidísima carta que ha dirigido a la reina, pidiendo pronta y ejemplar justicia contra el asesino de su esposo. A la vista tenemos este notable escrito, que publicaremos a su tiempo, si se nos permite, cuya lectura ha conmovido profundamente nuestra alma: está redactada con una concisión, con una energía y con un fuego, que dejan ver claramente el gran temple de alma de la mujer, la desolación de la esposa y el indisputable talento de la escritora.»

La Correspondencia del 19 dijo: «Anteayer al mediodía se repartieron en Madrid, por muchas manos a la vez, en las calles, en los paseos y hasta en los salones de la representación nacional y sin el permiso del fiscal, según dicen ayer varios periódicos, algunos miles de copias impresas de la carta que ya hemos dicho dirigió la señora Avellaneda a S. M. la reina, con motivo del horrible crimen perpetrado en la persona de su esposo. En esta carta, de la que prudentemente la Prensa no dió conocimiento detallado por creerla en contradicción con cuanto de público se sabía de la lamentable catástrofe que todos los partidos han deplorado, se da un carácter político al atentado del señor Ribera. El partido moderado, que con igual ardor que todos los demás se ha pronunciado contra el crimen y reclamado el castigo del criminal, no ha podido menos de sentirse herido en lo más profundo de sus sentimientos.

»Al ver aparecer ese documento y distribuirse gratis de un modo tan inusitado y sin aguardar el permiso de la autoridad, el partido moderado ha creído ver en sus adversarios la intención de dirigir sobre dicho partido la noble indignación que la desgracia del Sr. Ver-

dugo ha causado en el público. Pero nosotros que examinamos esta cuestión con toda calma, que dimos a todos y que procuramos, a la luz de la verdad y ajenos de todo espíritu de partido, conservar el aprecio que nos dispensan el público y la Prensa nacional y extranjera, nosotros no podemos dar a la carta de la señora Avellaneda otra explicación que la de un desahogo irreflexivo de una esposa herida en sus más queridas afecciones.

»Pero después que la carta se ha hecho pública, después que con intención o sin ella, de lo que juzgarán Dios y las leyes, se ha echado a volar la idea de que el Sr. Verdugo, soldado ilustre, pero no jefe de un partido ha sido víctima de sus opiniones, nuestro deber de hombres honrados, nuestro decoro nacional, el anhelo de que no se diga que las venganzas políticas arrebatan a la sociedad y a la amilia personas tan dignas y tan queridas de todos como el señor Verdugo, nos impulsan a decir que, según nuestras noticias, los hombres del partido político a que el Sr. Verdugo pertenece ninguna parte han tenido en la publicación de ese documento, y a repetir, fiados en informes irrecusables que nunca habíamos procurado inquirir si no temiésemos que callando se originasen males mayores, que de los procedimientos incoados, tanto por la autoridad civil como por la militar, y éstos de orden del Sr. Garrigó que se halló con el señor Verdugo en Vicálvaro, resulta, según lo declarado por el pundonoroso y verídico militar herido, que la cuestión que armó el brazo de su asesino tuvo principio en el Circo, cuando el criminal Ribera silbó el drama de su esposa la señora Avellaneda; que siguió cuando se encontró con Ribera en la calle del Carmen y que antes de ser mortalmente herido castigó al insolente con algunas bofetadas. Citamos estos hechos, no con intención de atenuar el delito que pueden agravar circunstancias que nos sean desconocidas, pero sí con el objeto de que no se extravíe la opinión pública, de que en los tribunales no se ejerza presión de ninguna clase al dictar su justo fallo y de demostrar en honor de todos nuestros partidos políticos que han mirado con igual horror el crimen de Ribera, que dicho crimen no pasa de ser uno de tantos que por desgracia se ve ensangrentada la humanidad.»

La Epoca del 19 decía en unos de sus sueltos: «La señora Avellaneda ha escrito una sentida carta a la reina con motivo del crimen de que acaba de ser víctima su esposo. Lo mismo dice *La Correspondencia autógrafa*, y nosotros añadimos que hemos leído ese documento impreso, y que nos hemos lamentado con todo nuestro corazón de que se haya escrito, y, sobre todo, de que se haya dado a la prensa. No podemos decir más porque ha sido recogida y porque, aunque

otra cosa fuera, consideraciones que están al alcance de cualquiera nos impondrían silencio, al menos por ahora en que sólo debemos desear que el enfermo recobre su salud y que se cumpla la justicia, de la cual son intérpretes los tribunales.»

Otros periódicos acentúan más la censura que les merece la debata carta de la Avellaneda. *El Correo autógrafo* del 18 escribe lo siguiente: «Ayer y hoy ha sido objeto de todas las conversaciones la sentida, pero en extremo apasionada carta escrita a S. M. la reina por la señora doña Gertrudis Gómez de Avellaneda, esposa del señor Verdugo; carta que, impresa como suplemento al periódico literario *La América*, fué repartida gratis el sábado y domingo, con el fin que podrán comprender nuestros lectores cuando sepan que se hizo circular contraviniendo la ley de imprenta y antes de entregar al gobernador civil y al fiscal el primer ejemplar firmado por el editor.

»Bien conocido es ya de todo Madrid el carácter del triste suceso a que se refiere esta carta y los motivos ostensibles que provocaron la cuestión que ha tenido tan desagradable resultado. Los antecedentes de ella fueron una disputa acalorada entre el desgraciado Verdugo y Ribera en el teatro del Circo, con motivo de la comedia de la señora Avellaneda *Los tres amores* y de ciertas demostraciones hechas por el último para contribuir a su mal éxito, así como las circunstancias del encuentro de esos dos sujetos en la calle del Carmen y las acriminaciones mutuas, palabras ofensivas y aun bofetones que mediaron entre ellos antes de que el uno hiriera al otro.

»Este crimen grave, gravísimo, digno de un severo y ejemplar castigo, no traspasa, sin embargo, los límites de un hecho ordinario, de un delito común, por más que haya conmovido los ánimos vivamente; pues en todos tiempos hemos visto y todos los días vemos riñas que han producido y producen heridas y aun muertes, sin que por eso se haya conmovido la sociedad ni perturbádose el Estado...

»Es, pues, de lamentar que cuando los hombres de todos los partidos se habían apresurado a mostrar un vivo interés por las víctimas de esta desgracia, un periódico que se dice autorizado por la señora Avellaneda, abrumada, sin duda, por su aflicción, haya sacado a la luz de la publicidad una carta de carácter privado, que esta señora ha creído deber dirigir a S. M., y en que se presenta dicho atentado con un carácter de crimen político; se dice que la verdad no llega a oídos de nuestra reina, y se hacen tales apreciaciones, que el grito del corazón de una tierna esposa parece hasta cierto punto sofocado por el clamor de la pasión de partido. Los hombres imparciales de todos los que desgraciadamente dividen nuestro país, han sentido profunda-

mente que, con la publicidad dada a esta carta, se intenta extrañar la opinión y sacar partido, con un fin político, del vivo y general interés que se ha mostrado en favor del herido y de su afligida esposa.»

El Occidente del 18 formulaba este rotundo juicio: «Nosotros sabemos que la carta ha sido impresa con autorización de la esposa del Sr. Verdugo, y que, por haber circulado sin el *exequatur* fiscal, ha sufrido una multa de 2.000 reales la empresa del periódico que la ha dado a luz. Como probablemente se tratará de este asunto en el Congreso, nada diremos sobre él: sólo sí lamentamos que la señora Avellaneda, en un momento de exaltación de espíritu, muy natural en las aflictivas circunstancias de que está rodeada, se haya dejado arrastrar de imprudentes consejos y atribuido a la política un crimen contra el cual protestan con indignación todos los partidos y todos los hombres honrados. No; no pueden caber opiniones ni miras políticas en un atentado como el de que ha sido víctima el infortunado Verdugo; y volvemos a repetirlo, los que puedan haber aconsejado a esa desconsolada esposa el paso que acaba de dar, han obrado con una ligereza indisculpable y a todas luces inconveniente.»

En el mismo sentido se expresan los diarios *El León español*, *El Estado*, *El Fénix* y otros. Veamos ahora lo que conocemos de dicha carta. Se empieza en ella por justificar el motivo de escribirla, diciendo a la reina que «debe saber la verdad antes que puedan oscurecerla pasiones e intereses nefandos». Menciona brevemente el suceso y, al hablar del agresor, dice: «Ese asesino, señora, es el mismo Ribera, que fué indultado hace poco de la pena que mereció por un atentado análogo; el mismo que perteneció a la policía en 1853; que en el siguiente año fué sacado de la cárcel, ignoro por quien y para que; pero aun recuerda Madrid que entonces se introdujo aquel hombre en el campo del general O'Donnell, y que la voz pública le acusaba de intenciones infames, que el cielo aquella vez no le permitió realizar.» Y después de varias apreciaciones termina diciendo que se cree generalmente que la herida de su esposo es «el efecto de una venganza inícu, reconociéndose en el atroz atentado un carácter de crimen político, que en vano intentaría negársele».

Como varias de estas afirmaciones eran aventuradas, y las reticencias, aunque poco claras, malignas, no faltó quien saliese a esclarecer unas y otros. En el periódico *El Estado* del día 19 se publicó un extenso comunicado, suscrito por «Un moderado de 1854», pero en quien no será temerario ver el nombre del juez que intervino en la causa de que habla la Avellaneda, ya porque él mismo se da por alu-

dido (1) y ya porque la mayor parte de su escrito lo llena con la copia íntegra del auto de excarcelación de Ribera, para explicar *por quién y para qué* se había dado libertad al reo. Este juez, que se llamaba D. Juan de Cárdenas, desempeñaba todavía dicho cargo, y así se explican que no firmase el artículo y la energía con que vuelve por su dignidad, inconsciente e injustamente desconocidas por la Avellaneda, al olvidar que los presos ordinarios sólo salen de la cárcel por las decisiones de los jueces competentes.

Resulta, pues, de lo expuesto por «el moderado de 1854», que a Ribera se le puso en libertad porque las heridas de D. José Camacho fueron mucho menos graves de lo que se temió al principio, tanto que al dictarse el auto estaba ya sano, y por que, además, Ribera dió una fianza, conforme a la ley, de 500 duros. En su virtud, con fecha 17 de junio de 1854, fué suelto de la cárcel.

No resulta tan convincente la incompatibilidad cronológica que «el moderado» pretende establecer para contestar a la alusión de la carta de la Avellaneda a las «intenciones infames» de Ribera al presentarse en el campamento de Vicálvaro, diciendo que la soltura del preso se efectuó el 17 de junio, y el pronunciamiento de Vicálvaro no ocurrió hasta el 28. Ciertamente que ni el juez ni el gobierno podían saber once días antes lo que secretamente tramaban los conspiradores liberales; pero eso no prueba nada; porque si el conde de San Luis hubiese pensado (cosa que ni en sueño se le ocurrió) en asesinar al general O'Donnell, más disimulado era echar mano de una persona que estaba ya en libertad que en sacarla de la cárcel sólo para aquel objeto. Queda y quedará siempre envuelto en el misterio qué es lo que fué a hacer Ribera al campo de los sublevados; en medio de enemigos del partido al cual había servido, exponiéndose a ser fusilado por espía, como estuvo en peligro de serlo. Que no sería nada bueno lo prueba el hecho de que, triunfante a pocos días la sublevación, Ribera tuvo que emigrar a Londres, donde desahogó en rabia contra el conde

(1) Y con indignación rechaza la reticencia de la escritora, diciendo: «Triste, horrible, espantoso es para una familia que ve salir de su casa sano y lleno de vida a un individuo de ella, saber que una mano airada ha clavado un puñal en su pecho; pero no es menos triste, horrible y espantosa la situación de las personas que execrando el delito y compadeciendo la víctima se ven acometidas ciegamente en su tranquilidad, en su reputación, en su honra; se ven acusadas ante la Reina, ante la nación, ante el mundo, de cómplices en un atentado que su alma rechaza, sin la menor provocación, sin el motivo más ligero, sin que admita la excusa más tenue el alevoso ataque. Entre la puñalada que nos ha horrorizado y el escrito en cuestión no hay más diferencia que el arma que se ha esgrimido y el estar la última envenenada».

Seguramente que no pensó la Avellaneda que había de darse tal importancia a sus ligeras más que ofensivas palabras de «fué sacado de la cárcel, ignoro por quién y para qué» y que en todo pensaría menos en el Juez de primera instancia madrileño al escribirlas.

de Lucena, imprimiendo los calumniosos libelos a que ya hemos aludido.

«El moderado de 1854» tampoco explica satisfactoriamente el hecho, al decir con aparente buen sentido «Que *fué al campo del general O'Donnell*. Es claro: perseguido, encausado, no indultado, iría adonde se habían refugiado tantos otros; y como sucede siempre, en análogas circunstancias, iría a buscar la impunidad que las autoridades legítimas no le concedían; iría a ampararse al abrigo de otros más comprometidos que él.» Todo esto es parola pura. La causa por heridas a Camacho había quedado reducida a nada, pues a los pocos días había curado de ellas; la pena, por consiguiente, era leve, y siempre se le descontarían a Ribera los días de prisión preventiva sufrida mientras se sustanciaba el proceso. Nada tenía, pues, que temer en Madrid, porque además estaba ya en libertad mediante la fianza, mientras que yendo al campo liberal corría un peligro evidente. En 1856, el gobierno del generoso O'Donnell indultó a su ofensor, que pudo volver a Madrid para desgracia de la Avellaneda y su marido.

Pero como «el moderado de 1854» no se había limitado a defender su limpia actuación como magistrado, sino que había censurado otras especies y frases de la carta de la Avellaneda, como la de que la reina debía saber la verdad, antes que la oscureciesen «pasiones e intereses nefandos», lo cual implicaba una ofensa a los tribunales, y la de que la agresión contra su esposo era un delito de innegable carácter político, cosa que «el moderado» negaba con razones semejantes a las ya aducidas por otros periódicos, la Avellaneda dirigió al mismo diario *El Estado* una carta que vamos a transcribir, por ser suya y casi desconocida al presente.

«Señor director de *El Estado*.—Muy señor mío y amigo: Hasta hoy no he tenido conocimiento del comunicado inserto en el número 445 de su apreciable periódico, correspondiente al 20 del que rige; y aunque en tan amargos días no se halla mi espíritu dispuesto a ocuparse en otra cosa que del cuidado que reclama la persona que más amo en la tierra, voy a contestar brevísimamente a algunos puntos de aquel escrito.

»Las circunstancias de no hallarse éste autorizado por la firma de su autor y la más singular aun de tener por objeto la impugnación de otro escrito, cuya circulación no se permite, me autorizan, sin duda, al silencio; pero debo al público, y a él sólo me dirijo, las siguientes manifestaciones:

»La carta, primer gemido de un inmenso dolor, que tuve la honra de elevar a S. M. la reina, no era en manera alguna un documento

destinado a la publicidad; pues sólo pudo resolverme a autorizar su impresión el saber que era generalmente conocida su existencia y que se le atribuía por algunos falta de respeto hacia la augusta persona a quien iba dirigida. No hallé mejor modo de desvanecer semejante calumnia que hacer pública la verdad.

»Diré después que no comprendo como puede suponerse por nadie que haya leído mi carta que en ella se ven acusadas de complicidad horrible *personas que execrando el delito y compadeciendo a la víctima*, etc. ¿Quiénes son esas personas? ¿En qué párrafo de la carta impugnada las ha visto designadas el articulista de *El Estado*? No; yo no he acusado a personalidad alguna, como no he incurrido en el absurdo de suponer que un partido político se confabule para armar con el puñal el brazo del asesino. Nada de esto hay en mi carta; nada de esto puede ver en ella la razón ni me parece posible tampoco que por ofuscada que tenga la suya «el moderado del 54», que suscribe el comunicado a que me he referido, deje de comprender que al decir yo que S. M. «debía saber la verdad antes de que pudieran oscurecerla pasiones e intereses nefandos», no hablaba ni podía hablar de la *verdad legal* sino de la *moral*, por desgracia no siempre demostrable. En tal sentido, no agraviaba, ni *aun impensadamente*, como supone, a los tribunales, a cuyo juicio se halla sometida la causa.

»Sin acusar a personas determinadas (porque de poder y querer hacerlo sería ante dichos tribunales); sin incurrir en el delirio de achacar a ningún partido político complicidad infame con el perpetrador de un crimen social, pude creer y desear se conociese *la verdad moral*: esto es, que no existiendo relaciones de ningún género entre el asesino y la víctima; no mediando motivo conocido para las provocaciones groseras que fueron preparación del inicuo golpe del día 14; no ignorando nadie la índole, los antecedentes de Ribera, el reflejo de odios políticos con que ha marcado sus anteriores excesos; la impunidad que con general asombro han tenido aquéllos (1), y, últimamente, las circunstancias mismas que han acompañado a su último crimen, y que parecen escogidas para hacer alarde de escandalosa confianza... todo esto, digo, no podía menos de inspirarme la misma lógica convicción, que estaba en aquellos momentos en el fondo de la conciencia pública.

(1) Esto parece envolver una nueva acusación cuyo alcance no conocemos. El delito de heridas a Camacho tuvo su proceso y castigo; el de calumnias al general O'Donnell fué perdonado por éste, en uso de su derecho de perdonar, por ser delito privado. ¿A qué otra impunidad alude la insigne escritora?

»Por lo demás, yo me he limitado en mi carta al simple relato de algunos hechos bien conocidos de todos; y si «un moderado del 54» deduce de ellos consecuencias que yo no he expresado, culpa podrá ser de la fuerza de su propia lógica y no de mis intenciones, que no tiene nadie el derecho de interpretar.—B. S. M. de V.—GERTRUDIS GÓMEZ DE AVELLANEDA DE VERDUGO.—Madrid, 22 de abril de 1858.»

Esta carta en el fondo es una verdadera palinodia en que la autora, a vueltas de una ficticia entereza, se disculpa lealmente del error de concepto que inspiró su anterior epístola a la reina. ¿Cómo explicar, pues, este error y la patente contradicción entre lo sostenido por la Avellaneda y lo declarado por su marido? A mi ver de un modo muy sencillo. Verdugo, como hombre prudente y por no afligir más a su mujer con el recuerdo de la malhadada comedia de *Los tres amores*, le ocultó el choque que había tenido con Ribera en el teatro del Circo; sobrevino la herida, cuya gravedad tuvo mudo los primeros días al coronel sin que pudiera darle explicaciones de hechos anteriores. La Avellaneda, tan sorprendida como aterrada, y sin ocurrírsele que el fracaso de una comedia suya pudiese traer tales consecuencias, buscó en los antecedentes que ella conocía relativos al agresor y en ellos se fundó, como dice en su comunicado, para atribuir a motivos políticos la herida de su marido; y en tal sentido escribió la carta a la reina antes de conocer las declaraciones de su esposo y antes de leer y penetrar el alcance y fuerza de las observaciones que luego fueron hechas en los periódicos.

Aunque por completo desautorizada, también hizo oír su voz el reo, enviando desde el Saladero un comunicado a algunos periódicos, en el que oculta parte de la verdad y desfigura otra parte para contribuir a extraviar el juicio público y presentar los hechos del modo más favorable a su persona. Niega la premeditación, suponiendo casual por su parte el encuentro con Verdugo y prosigue de este modo:

«Al cruzar la calle del Carmen para entrar en la de la Salud oí decir: —*Ese pillo, ese tunante*. Volví la cabeza y me hallé al Sr. Verdugo con otro, e interrogándole si se dirigían a mí esas palabras, contestó repitiéndomelas y manifestándome que eran las mismas que me había dirigido en el teatro del Circo y que se las habría excusado si me hubiesen fusilado en Vicálvaro. Le repliqué que en el Circo no las había oído, pues en otro caso le habría contestado, como entonces, que el pillo y tunante sería él; oído lo cual se me echó encima el señor Verdugo, maltratándome de obra, y esto fué lo que precedió al trágico suceso de que hoy conocen los tribunales ante quienes responderé con mi persona.

»Entre tanto, ruego a usted encarecidamente que publique en uno de los primeros números de su apreciable periódico estas breves líneas que le dirijo con el solo objeto de que la opinión pública suspenda su juicio, siquiera hasta que sea conocido el sumario, porque yo tengo el convencimiento de que, a pesar de mis enemigos y de las noticias falsas que con poco cristianos fines han hecho circular, entonces quedará convencido que no hay tal *Baltasar* (1), ni tal gato (2), ni tal alevosía ni tantas otras muchas cosas como han cundido para hacerme odioso.»

La fecha de este documento es de 22 de abril, y el objeto parece querer llevar las causas del rencor que Ribera tenía al coronel a época muy anterior al estreno de *Los tres amores*, a la fecha misma de la sublevación de Vicálvaro, o sea a 1854, y, por tanto, darle carácter o motivo político, aunque puramente personal entre ambos. Puede que, efectivamente, halla habido algo de eso, aunque parece extraño que hubiese aguardado Ribera cerca de cinco años para manifestárselo al coronel, si es que no hubo entre ellos choque con motivo del estreno de la obra de la Avellaneda, como indica, contradiciéndose el mismo Ribera, al repetir las palabras que supone le dirigió el coronel Verdugo en el teatro del Circo.

Vuelta ya a su verdadero cauce la trágica cuestión sólo quedó en lugar desairado el director de *La América*, D. Eduardo Asquerino, al querer darle carácter político y al azuzar los ánimos publicando y difundiendo la imprudente e irreflexiva carta de la Avellaneda.

Pero Asquerino, que tenía mucho talento y mucho ingenio, supo salir del conflicto, sino airoso con gallardía, suponiéndose defensor de la Avellaneda, indebidamente desconsiderada por los periódicos no progresistas. Así, pues, en *La América* del 24 de abril, en un extenso artículo que intituló: *Sobre la carta que la señora doña Gertrudis Gómez de Avellaneda ha dirigido a S. M. la Reina*, que a guisa de lema encabezaba con los versos de García Gutiérrez:

Caballeros, si los sois,
amparad a una mujer,

y con pretexto de prologar el oficio que dirigía al gobernador civil para que le alzase la multa de 2.000 reales que le había impuesto vol-

(1) Quiere referirse a *Los tres amores* que fué la que se estrenó en el Circo y que él contribuyó a desairar.

(2) Diversas veces he oído referir a D. Manuel del Palacio y a D. Mariano Catalina que este incidente grotesco había sido cierto. Ya hemos visto que algunos periódicos lo citan claramente y otros aluden a él de una manera embozada. Sin duda Ribera quería aparecer siendo él no el provocador sino el provocado.

vió la cuestión con mucha habilidad hacia el lado político. Y como además el documento está escrito con vigor copiamos dos o tres períodos de los más esenciales:

«Todo el mundo conoce los detalles del alevoso atentado cometido por el exagente de policía Rivera en la persona del valiente y pundonoroso militar y diputado D. Domingo Verdugo. Este suceso, que tan honda sensación produjo en Madrid primero, y luego en toda España, ha sido referido, comentado, examinado por todos los periódicos, no como un delito común cualquiera en que no hay más que un agresor y una víctima, sino como un suceso más o menos relacionado con la política. ¿Qué circunstancias han obligado a la Prensa toda a adoptar un mismo punto de vista, así para recargar como para empalidecer la pintura de la ocurrencia? ¿Qué causas han movido a unos diarios a tratar con acritud al perpetrador del delito y a otros a atenuar su crimen, *si bien hipócrita e indirectamente*? ¿Qué sentimiento ha llevado todos los días a esos numerosos grupos de ciudadanos a las puertas de la morada del herido a enterarse a cada hora a cada momento de la gravedad de su estado? ¿Qué motivo ha impulsado a los hombres más importantes de ciertas fracciones a rodear la cama del enfermo? El carácter político, pronunciadamente político, del acontecimiento; los antecedentes de Verdugo y Rivera; la convicción en que está todo el mundo de que suprimidos esos antecedentes no hubiese existido el atentado.

»Si el Sr. Verdugo no fuese el jefe de la artillería del Campo de Guardias, el diputado defensor del levantamiento de Vicálvaro, y Rivera el agente de policía que a los pocos días de haber salido del Saladero bajo fianza, por un atentado escandaloso, no poco parecido al de hoy, se introdujo en las filas de la división pronunciada, ni el agresor ni su víctima se habrían encontrado jamás aunque hubiesen habitado en un mismo pueblo durante toda su vida. Negar el carácter político del suceso es el colmo de lo absurdo. Todas estas circunstancias, influyendo, sin duda, en el ánimo de la esposa que veía próximo a expirar a su infortunado esposo, la decidieron a escribir una carta en que lógica, natural y espontáneamente se expresaban el dolor y las impresiones de la situación y de la atmósfera moral en que se encontraba.

»Imposible parece que se haya supuesto después por algunas gentes que el consejo y las sugerencias han podido tener la más mínima parte en la redacción de esa carta. Quien así piense o crea desconoce la dignidad, la independencia, la varonil entereza de la distinguida escritora. Pero no la señora Avellaneda de Verdugo, cuyo

enérgico carácter es tan popular como su reputación, cualquiera otra esposa que se hubiese encontrado en su caso, rodeada de las mismas influencias, bajo la presión de la propia atmósfera, se había expresado de idéntico modo, con igual lógica, con las mismas sospechas.»

En cuanto a su defensa particular manifestó que había enviado al Gobierno civil el ejemplar de la carta impresa, y suponiendo que estaba concedido el permiso comenzó a repartirla, cosa que tampoco pudo hacer a su gusto porque el público, noticioso ya de ello, arrebató los ejemplares de mano de los repartidores. Pero el gobernador no quedó convencido ni levantó la multa.

Fué disminuyendo el interés por este asunto por que el enfermo fué poco a poco y con frecuentes recaídas recobrando la salud, sólo en parte, pues siempre anduvo débil y valetudinario, y porque los sucesos políticos atrajeron pronto la preferente atención pública. En 30 de junio subió al poder O'Donnell, que ya no abandonaría hasta el 2 de marzo de 1863.

En el verano de este año de 1858 fué la Avellaneda con su esposo a Francia para que éste tomase las aguas de Bagnères y visitaron varios lugares del Norte de España, donde la escritora hizo recogida de varias leyendas que luego habían de desenvolverse en novelas y cuentos. Residieron el otoño e invierno entre Barcelona, donde mandaba como capitán general D. Domingo Dulce, antiguo compañero de Vicálvaro del coronel Verdugo y donde la ilustre Tula fué obsequiada de mil modos, y en Valencia, donde pasaron el invierno, repitiéndose allí los agasajos.

Al regresar a Madrid, y pasada la estación benigna, se ofrecía a los débiles pulmones del coronel la terrible perspectiva del invierno, cuando necesitaba un ambiente dulce y cálido. Por fortuna, acababa de ser nombrado capitán general de Cuba el general Serrano, y propuso a Verdugo que le acompañase más bien como amigo y compañero que como subordinado. Aceptaron los esposos Verdugo-Avellaneda, y así pudo ésta volver a la tierra de su nacimiento.

En Cuba fué también recibida con grande aplauso y festejada de continuo la célebre escritora; coronada públicamente y celebrada en prosa y verso. Esta parte tan interesante de la vida de la Avellaneda ha sido perfectamente ilustrada modernamente por los escritores cubanos, por lo cual no nos detendremos en su narrativa.

Su marido fué nombrado gobernador de algunas provincias, en las cuales acreditó su talento y dotes de mando. Pero su salud iba decayendo siempre; y apesar de los cuidados de su esposa y de lo bien que el clima le había sentado al principio, falleció en Pinar del Río el

28 de octubre de 1863. No por demasiado previsto este funesto desenlace afligió menos el tierno corazón de la escritora, y en los primeros momentos de su desconsuelo quiso entrar en un convento. Pero llegó a la sazón a Cuba su hermano mayor, D. Manuel de Avellaneda, y consiguió apartarla de tan tristes ideas; la animó a que volviese a España, como lo hicieron ambos, regresando por Nueva York y Francia.

La Avellaneda, casi sin detenerse en Madrid, se refugió en Sevilla, donde, ya sin ilusiones ni esperanza, residió varios años, ocupada en publicar una edición de sus obras, corregidas con tanto rigor, que casi todas ellas ofrecen un texto completamente diverso del primitivo.

Como pájaro sin nido anduvo los últimos tiempos entre Sevilla, Madrid y París, hasta que halló el perpetuo descanso en esta Corte el 1 de febrero de 1873, cuando la revolución española iba a entrar en su período más borrascoso: once días después se proclamó la república.

Reflexionando ahora sobre el triste episodio de la vida de la gran escritora, que con extensión hemos referido, vemos cuanto influyó en el resto de ella. Por un orden regular, sin la puñalada de Ribera, Verdugo, amigo de O'Donnell, le hubiera acompañado a la guerra de Africa (1859-60); volvería de general. Como tenía su distrito seguro, seguiría siendo diputado a Cortes; y, sin salir de Madrid, ascendería aún más en su carrera, y desempeñaría puestos de importancia en los cinco años seguidos del gobierno unionista. Orador fácil, instruido y con una mujer de genio a su lado, obtendría cargos políticos; no es muy aventurado creer que sería ministro. La Avellaneda no volvería a Cuba; pero llevaría en la Corte una existencia más brillante y fastuosa, y no se retiraría marchita y desolada cuando aun podría dar más días de gloria a su patria... Tan cierto es que un incidente cualquiera puede cambiar por completo el curso de nuestra existencia.

EMILIO COTARELO Y MORI.

Real Academia Española.

LA VIDA MADRILEÑA EN TIEMPO DE FELIPE IV⁽¹⁾

III

FIESTAS POPULARES

Quien hubiese juzgado a la España de Felipe IV, y muy singularmente a Madrid, por su brillante y regocijada exterioridad, al ver aquel pueblo en holgorio casi continuo, no hubiese podido pensar que padecía los más graves males públicos y privados, sino que nadaba en la abundancia y vivía en una era próspera, gloriosa y feliz.

El carácter bullicioso de los españoles, la desgana de trabajar y la devoción mal entendida—nunca más extremadas que en el siglo XVII—contribuyeron al mismo fin de aumentar los días feriados, de tal suerte, que algún año los de labor sólo llegaron a ciento.

A los domingos había que agregar las pascuas, vísperas y fiestas de patronos y parroquias, octavas, novenas, procesiones, autos de fe, canonizaciones de bienaventurados, Semana Santa, *Corpus Christi*, conmemoraciones religiosas de todo orden (2) y no pocas festividades profanas, como las solemnidades de corte, las Carnestolendas y alguna otra.

Naturalmente, Madrid, como centro de la monarquía, era el lugar donde todas las fiestas alcanzaban mayor brillantez y resonancia, gozándose aquí con frecuencia festejos y espectáculos raros en los demás puntos, como eran

(1) Los artículos anteriores de la serie, se insertaron en los números de esta REVISTA correspondientes a octubre de 1924, julio y octubre de 1925.

(2) En 1613 un breve pontificio reorganizó las fiestas, suprimiendo algunas de ellas, de lo cual tenemos noticia circunstanciada por los *Avisos* de Pellicer, correspondientes al 25 de agosto del expresado año. Según ellos, se conservaron, además de los domingos, todas las fiestas de corte, las de los Santos Patronos de las ciudades, las Pascuas de Resurrección y el Espíritu Santo, la Ascensión y el Corpus; la Circuncisión y los Reyes, en enero; la Purificación y San Matías, en febrero; San José y la Anunciación, en marzo; San Felipe, Santiago el Menor (o el Verde, como vulgarmente se le llamaba) y la Invención de la Cruz, en mayo; San Juan y San Pedro, en junio; Santiago Apóstol y Santa Ana, en julio; San Lorenzo, la Asunción y San Bartolomé, en agosto; la Natividad de la Virgen, San Mateo y la Dedicación de San Miguel, en septiembre; San Simón y San Judas, en octubre; Todos los Santos y San Andrés Apóstol, en noviembre; Santo Tomás, la Natividad del Señor, San Esteban, San Juan Evangelista y los Santos Inocentes, en diciembre, añadiéndole la festividad de San Silvestre, papa. Las fiestas suprimidas entonces fueron San Fabián, San Sebastián, San Ildefonso, el Ángel de la Guarda, San Benito, San Marcos Evangelista, San Isidro (salvo para los madrileños), la Trinidad, San Bernabé, Santa María Magdalena, Santo Domingo, Nuestra Señora de las Nieves, la Transfiguración, San Roque, San Francisco de Asís, San Lucas, San Eugenio, la Presentación de la Virgen, la Concepción y Nuestra Señora de la O. (*Semanario erudito*, t. XXXIII, págs. 57 y 58.)

los de índole palatina, recepciones de príncipes, embajadores u otros personajes extranjeros, y ceremonias de reales natalicios, proclamaciones o bodas.

El municipio de la coronada Villa costeaba funciones religiosas a San Antonio Abad, San Miguel Arcángel, San Joaquín, San Dámaso y otros varones celestes. Pero las fiestas típicas de la capital de España, según una comedia de Calderón, eran

«desde el Angel a San Blas
desde el Trapillo a Santiago» (1).

Conforme iba avanzando la buena estación, prodigábanse cada vez más las festividades, formando aquella serie de verbenas y romerías, que comenzaba en mayo para terminar en septiembre.

Todo era ocasión y pretexto para divertirse y no trabajar, y, aunque la religión cubría con su manto tales expansiones, bajo él se cobijaban de ordinario la inmoralidad y el desenfreno.

Las diversiones preferentes eran los bailes, saraos, partidas de campo, banquetes, mascaradas, juegos de cañas y lanzas, corridas de toros y funciones teatrales, todo lo cual se mezclaba con los espectáculos puramente palatinos y las festividades de la Iglesia.

De tales esparcimientos me propongo dar algún bosquejo en éste y los siguientes artículos, estudiando separadamente las fiestas populares, las religiosas y las cortesanas, de que la Corte era teatro habitual. Empezaré por las primeras, pasando revista en este trabajo a las diversiones de Carnaval, Cruz de Mayo y romerías campestres, de modo especial las de *El Trapillo*, *Santiago el Verde*, San Isidro Labrador y San Juan Bautista; pues, aunque sea difícil separar las festividades populares de las religiosas, ya que todas, aun las más profanas y de mayor escándalo, tenían por base un motivo de devoción, hay algunas, como las de Semana Santa y el *Corpus*, donde la nota religiosa penetra de modo especial en todos los esparcimientos, y que bien merecen capítulo aparte.

I.—Las bromas de Carnaval.

Las Carnestolendas eran celebradas con animación y bullicios extraordinarios, y, aparte de tener un lugar fastuoso de expansión en las fiestas cortesanas del Buen Retiro, daban materia entre la muchedumbre a juegos groseros y bromas pesadísimas, tales como poner cuerdas disimuladas en las calles, de una fachada a otra, para que cayesen los transeuntes; arrojar sobre éstos aguas inmundas o esportillas de ceniza, soltar animales molestos, meter yescas o estopas encendidas en las orejas de los caballos, colgar rabos y mazas a las mujeres, echarse damas y galanes mutuamente papelillos, polvos picañtes y huevos llenos de aguas olorosas.

(1) *Guárdate del agua mansa*, jorn. I, esc. XI.

Estas rociadas de perfume eran usadas por la gente principal, y especialmente las echaban los caballeros a las damas al pasar, bien a sus balcones, bien a sus coches.

«Suben tres o cuatro caballeretes mozos—dice Zabaleta—y reciben de una ventana baja, donde están las mujeres hermosas, una de aquellas cargas que da la hostilidad burlesca de aquella tarde. Mojánlos con festiva agua. Ellos miran los enemigos y huélganse de verlos. ¡Oh, hermosura! ¡Aun ofendiendo, muchas veces amable! Tratan de su venganza, y arrojan dentro de la pieza muchas bombas de agua olorosa hechas de cáscaras de huevo. Enciéndense en tema las baterías (1).»

«Casi no hay persona alguna—escribe madame d'Aulnoy—que en esta época no lleve un centenar de huevos rellenos con agua de Córdoba o de azahar, y, al pasar en carrozas, se los tiran a la cara. En este tiempo el pueblo tiene también sus recreos de moda; por ejemplo, se rompe una garrafa, se ata su cubierta de mimbre, con los cascós dentro, a la cola de un gato, y algunas veces corren detrás más de dos mil personas (2).»

Conocemos estos plebeyos usos por los cuadros animadísimos que trazaron entonces los grandes costumbristas Santos y Zabaleta, de los cuales reproduzco algunos párrafos:

«... Conocí que era fiesta de Carnestolendas porque luego vimos mogíngangas y soldadescas, notando algunas burlas harto pesadas, hechas de ordinaria gente pobre y desvalida. Llamaron de una casa grande a un ganapán o mozo de trabajo, a quien la fortuna crió para blanco de algunos negros de alma, y, haciéndole entrar con palabras falsas engañosas, le llenaron el rostro de hollín y luego de agua y ceniza; y como la pasión de su afán le hizo lugar a la lengua, que es la defensa del pobre, unos valentonazos le dieron de palos, puñadas y puntapiés.

»Pasaba al tiempo un buen señor, y viendo el suceso y las lágrimas de aquel pobre, y reprendiendo a los dos dañadores, dijeron: Váyase con Dios vuesa merced, que son Carnestolendas y *No importa...*

»...A breve rato traían entre otros cuatro barbados a otro esportillero, y haciéndole cargar con un cántaro grande, a pocos pasos que dió, siguiendo a los que le llamaron, llegaron otros, y por detrás rompieron el cántaro, saliendo de él agua puerca de fregar llena de trastos y estropajos. Empezóse a quejar y a sacudir, dando al diablo a quien tal hacía, y por esto no más le empezaron a apedrear con los cascós del cántaro... Hízonos volver la vista un pobre a quien habían derrengado, dejando caer encima un costal lleno de basura desde una ventana, y luego unos lindos llegaron a cobrar el costal, y porque se quejó con algunas razones, le dieron de bofetadas, diciendo: Si este costal se cayó de la ventana, el daño que ha hecho *No importa.*» (3).

«Las criadas—dice Zabaleta—se dividen por los balcones o ventanas con

(1) *El día de fiesta por la tarde*, cap. «El domingo de Carnestolendas».

(2) *Relación de su viaje*, pág. 262 de la ed. castellana.

(3) Francisco de Santos.—*El No Importa de España*, pág. 185 y sigts. Madrid, 1668.

pucheros en las manos. Los criados las socorren de calderos de agua, que arrojan con los pucheros sobre los pobres que pasan.....

»Ven venir un esportillero por la calle abajo; previéndose una fregona de un cubo de agua, tómale por el asa de esparto con la mano izquierda, por el resbaladizo suelo por la derecha; arrímale al balcón mohoso, y en viendo al pobre hombre en paraje, se lo vuelca encima. El miserable paciente con el susto se aturde y con el peso se agobia. Pasa turbado a la otra acera a reconocer el balcón enemigo, y ve a mujeres y hombres tomando risueño placer del mal que le habían hecho. Enójase juntamente del exceso de la burla, y empieza a hacer definiciones injuriosas de los que se la han hecho.

»Dos mujeres que están en una reja de un cuarto bajo con un instrumento de disparar agua por las troneras de una celosía, a un hombre vestido de negro que, descuidado, arrimado a ella pasaba, le dan una rociada por el rostro que le turban los ojos y le desaderezan la valona... Ven venir las que están en el balcón una silla de una señora, y tras de ella un escudero a caballo. Va por medio de la calle, y enójanse de que haya salido de debajo de su tiro. Buscan desquite y hállanle. Métese una un poco adentro, y dícele en voz disparada: ¡Rodríguez! Ayúdala otro mozuelo y dícele en grito agudo ¡Ciento y dos!...» (1).

Sin embargo, el propio Zabaleta hace observar—y deplora la injusticia—que estas burlas de las gentes de escalera abajo recaían sobre infelices de poco pelo, mientras que se salvaba de ellas el rico, aunque fuese un malandrín, por el respeto que inspiraba. Esto indica que en el siglo XVII las jerarquías sociales creaban vallas no franqueadas, incluso en los días de mayor licencia.

Aún no habían nacido las majas de Goya y de Don Ramón de la Cruz, que, mucho antes de la igualación democrática de nuestro siglo, se ensañaban más que con nadie, en sus burlas callejeras, contra los *usías*, *petimetres* y *currutacos*.

Una de las chanzas más crueles que en la época de este estudio usaba el populacho en Carnaval y en otros días de expansión, eran los manteamientos, que aplicaban a perros y a hombres, haciendo volar por los aires al cuitado que la chacota popular elegía por víctima, para recogerle de nuevo sobre una manta y lanzarle al espacio, repitiendo la operación hasta que se cansaban los martirizadores, con gran regocijo y algazara de éstos, y susto y peligro no menores del infeliz paciente. Todo en la forma que lo describió Cervantes en la primera parte del *Quijote*, al referir cómo fué mantelado Sancho Panza en aquella venta de aciago recuerdo.

Otras burlas no menos bárbaras o soeces organizaba la gente de baja estofa. El costumbrista Francisco de Santos, en su obra *La tarasca de parto en el mesón del infierno*, refiere algunas, cuyo relato copiamos literalmente:

«I. Hay una rueda de hombres y mujeres. Convienen los más en dar

(1) Santos.—Obra cit.

chasco a uno. Eligen un juez, y senténcianle en que tome un caldero lleno de agua, y metida el asa por la cabeza, le echen una camuesa dentro del agua y la saque con la boca. Pónese en postura para hacerlo, puesta el asa del caldero al pescuezo. Al tiempo de ejecutar la tarascada, los que están en el aviso le pican por detrás, clavándole un alfiler; y sin reparar en el bozal que tiene puesto, quiere volver con tanto brío, que se echa a cuestras el caldero de agua.

»II. Júntanse en otra parte diversas personas, y ordenan el juego del tribunal. Nombran ministros altos y bajos. Siéntanse a un lado los abogados: el relator, en su puesto. Van viniendo los nombrados por presos delante de la silla del presidente, puesto un pedazo de manta o estera. Al que quieren burlar (que siempre eligen el más inocente), estando haciendo relación de su causa, tiran de la alfombra y dan con él de costillas.»

Una de las chanzas más feroces era la gatada, que describe a lo vivo Calderón en su comedia *De una causa dos efectos*, en la forma siguiente:

FEDERICO. »¿Qué es gatada? Pernia. Escucha:

Dírtelo en breve rato.

Atase a una sogá un gato

y cuélgase a una garrucha:

éste se ha de recibir

aporreado en tal lugar,

que, por ser parti-cular,

no te lo puedo decir.

De suerte que, cuando baja

con su cólera rabiosa,

como la parte es ventosa,

como ventosa la zaja.

Tiran del gato, después

que muy bien la presa ha hecho,

y llévase un hombre al techo.

Esto la gatada es» (1).

* * *

Sobre los disfraces usados por Carnaval tenemos pocos datos.

Los corrientes, usados por las máscaras vulgares, debían de ser sencillos, si juzgamos por estos versos de Calderón:

«Mira, un capote, un sombrero,
un hacha, una mascarilla,
mezclándote a la cuadrilla
de cualquier disfraz, primero
lo hace todo...» (2)

(1) V. Castro Rossi.—*El Conde Duque de Olivares y el Rey Felipe IV*, págs. 19 y 20.

(2) En su comedia *Dicha y desdicha del hombre*.

Sin duda, las cuadrillas de enmascarados llevaban indumentaria mejor. Y al estudiar las fiestas cortesanas consignaré la ostentación de que se hacía gala en aquel Carnaval perpetuo, luciendo magníficos disfraces en cualquier época del año.

Aun para el común de los mortales era posible, sin ser Carnestolendas, enmascarar el rostro, las mujeres con sus velos, los hombres con el vuelo de su amplia capa, cuando querían pasar inadvertidos.

II.—*Las Mayas.*

Entre los festejos primaverales de carácter urbano que celebraba Madrid, era el más popular la fiesta de las *Mayas*. Se efectuaba el 3 de mayo, para solemnizar la *Invencción de la Santa Cruz*, levantándose con este motivo improvisados altares en los barrios más castizos, con sendas cruces, y se engalanaban las calles. Las más renombradas eran las del Humilladero, de Caravaca y de Leganitos, en las calles de estos nombres, que han dejado fama tradicional por los alegres esparcimientos a que servían de ocasión.

Presidía la fiesta de cada barrio en el siglo xvii una mujer, necesariamente soltera, elegida por los vecinos entre las más hermosas y honestas, la cual quedaba proclamada *Maya* o *Reina de Mayo*, Vestida ésta con rico guardapiés de brocado de oro o plata, y con el cabello adornado de flores naturales, instalábase junto al altar o en el zaguán de su casa, como una soberana en su trono, haciendo oficio de tal un dorado taburete que se ponía sobre una alfombra de vivos colores. La acompañaban corrillos de las muchachas del barrio endomingadas. Dos o tres mozuelas destacábanse por las inmediateces a caza de transeúntes, a quienes llevaban a ver la *Maya*, a cambio de lo cual, provistas de salvillas o platos, les pedían en su nombre dinero para meriendas o refrescos con esta copla o sonsonete:

«Para la Maya, para la Maya,
para la Maya, que es linda y galana.»

Los aficionados a ver caras bonitas no desperdiciaban la ocasión, aun a costa de sus bolsillos, y visitaban aquella tarde, a pie o a caballo, los más típicos altares, prodigando requiebros y monedas, a cambio de ramos de lilas. También las damas, y aun los caballeros graves, iban por la tarde, en carrozas, literas o palafrenes, a visitar los altares por curiosidad y deseo de animación. Pero las pedigüeñas saqueaban no sólo a los espontáneos visitantes, sino al más reacio pasajero, que, huyendo de la quema, procuraba esquivar el encuentro con las resueltas esgrimidoras del platillo amenazador. Bajo Felipe IV, la fiesta-petitorio de la Cruz de Mayo se reproducía, aunque con menos aparato y sin altares, todas las tardes festivas del mismo mes, improvisándose entre las jóvenes agraciadas de la vecindad la que había de reinar por unas horas. Algunas *mayas* se instalaban en salas bajas de su domicilio,

y las muchachas que pedían llamaban por las ventanas a los transeuntes, aligerando su bolsa a cambio de mostrarles un gentil palmito.

Luis Quiñones de Benavente, en uno de sus entremeses, pone en labios de una vecina este parlamento:

«¿Cuál de nosotras quiere hacerse maya?
¿Calláis? ¡Qué linda cosa!
Yo lo seré, que no soy melindrosa.
Poned mesa, tomad toalla y plato,
y a los que pasen dadles un mal rato.
Cecead al más amigo;
decid que entre al portal a ser testigo,
y en entrando, con grita, risa y vaya,
pedid para la *maya*;
que viéndose de damas rodeado
de vergüenza os dará, si no de grado.» (1)

La abundancia de tales pedigüeñas hacía molesto el transitar por las calles de Madrid, en el tercer día de mayo, como lo expresa un personaje del citado entremés:

DON PASQUÍN. ¡Jesús, Jesús, qué pena!
¡Jesús mil veces, como cuando truena!
¡Que halle uno pesadumbre sin buscalla!
¿Dónde me esconderé de esta canalla?
No sé por dónde vaya
que no tope una maya y otra maya.
Maya aquí, maya allí ¡donoso talle!
Mayando está en Madrid cualquiera calle.

Algunas madrileñas de buen humor hacían en tales días una caricatura de la fiesta, poniendo en el zaguán de su casa a una vieja astrosa, revestida de andrajos, adornada con cascarones de huevos, con arracadas de oropel, gargantilla de pimientos y un abanico de colores chillones. Y se divertían con el chasco que hacían sufrir a los que entraban creyendo ver una cara de rosa (2).

La fiesta de la Maya—más pagana que religiosa—, como todas las que tienen por fondo y colaboradora a la estación del amor, era, pues, un tributo a la hermosura, propia de una sociedad galante. Transformada en nuestros días, no pueden menos de recordarla las actuales *fiestas de la flor*.

Retoño de aquella son las cuadrillas de chiquillas que hemos alcanzado en Madrid, y que en otras partes subsisten aún, pidiendo en la fecha mencionada para la *Cruz de mayo*.

(1) Entremés famoso *La Maya*.

(2) Sobre la fiesta de la Maya, véase Castro Rossi.—*El Conde Duque de Olivares y el Rey Felipe IV*.

III.—*Las romerías.*

Con ocasión de los festejos religiosos que se prodigaban durante la primavera en Madrid, organizábanse alegres jiras campestres a sus alrededores, en las cuales la necesidad de juvenil expansión, propia de la estación florida, tomaba como pretexto el deber de visitar las ermitas de los Santos a quienes se festejaba.

Muy frecuentadas eran las de San Blas, situada en el cerrillo de su nombre, próxima al convento de Atocha; la de San Marcos (a quien se consagra la fiesta llamada *El Trapillo*), en el camino de Fuencarral; las del Angel, San Isidro y Santiago, al otro lado del río.

Esta última zona, por ser la más agradable, era la preferida por el pueblo. Aún viven en las obras de los escritores de aquel siglo, especialmente en Lope, Calderón y, sobre todo en Zabaleta, las bulliciosas excursiones que a las frescas alamedas del Manzanares hacían los madrileños.

Los días de San Blas, San Isidro, San Marcos y San Juan daban ocasión a las más populares y alegres de estas diversiones. En todas ellas menudeaban las riñas y los escándalos, no siendo raros los crímenes.

Decía la copla popular:

«San Blas es la fiesta
con regocijos,
coches, bullas y lodos
y mucho vino.»

De todos los festejos podía decirse lo propio. A tales licencias y aun obscenidades se llegó en ellos, que un sesudo escritor, el P. Guevara, decía que más que romerías debieran llamarse *ramerías*.

IV.—*El Trapillo.*

Esta romería, consagrada al evangelista San Marcos, se efectuaba el 25 de abril más allá de la Puerta de Fuencarral. La gente marchaba hacia la ermita del Santo, que debió estar en el sitio llamado hoy *Los Castillejos* (1); pasaba la cerca que encerraba Madrid, y se extendía por el despoblado existente en lo que es hoy calle de Bravo Murillo.

Creen algunos que se llamaba aquella fiesta *del Trapillo*, por ir a ella sólo menestrales y artesanos, no la nobleza, como a otros festejos populares.

(1) Artículo de J. Fernández Amador de los Ríos en *La Correspondencia de España*, número de 25 de abril de 1921.

Sin embargo, parece ser que las personas distinguidas tomaban parte en la fiesta, si no como actores, si como espectadores.

Según Zabaleta, iban tantos romeros astrosos con indumentaria risible (1), camino del santuario, que los ociosos elegantes, a caballo los hombres y en carruaje las damas, asomábanse a la calle de Fuencarral para verlos partir. Afirma el mismo escritor que la romería tomó su nombre por concurrir a ella *los nobles a ver el trapo y los plebeyos a orearlo*.

Los romeros consumían alegremente provisiones de boca, menudeaban las libaciones y se entretenían en juegos y bailes, y los hombres en el deporte de la esgrima, no siendo raro que las burlas terminasen en veras, y, por unas u otras causas, corriese la sangre.

He aquí cómo describe el cuadro Zabaleta:

«Párase uno junto a un corro de gente sentada que está merendando. Aquí, sobre el desnudo suelo, desahogan de unos paños no limpios los mantenimientos rudos, fríos y asquerosos. Las mujeres trinchan, mientras los hombres descuelgan de las pretinas unas botas de vino tan abundantes y tan llenas, que, aunque no costaran más que el trabajo de llevarlas, eran costosas. Empiezan a comer todos y a servirse los unos a los otros los bocados, cumpliendo cabalisimamente con todas las pesadas ceremonias de la cortesía baja... Por las bocas de las bodegas de los lugares circunvecinos a Madrid, salen tantos arroyos de vino, que, si se juntaran, hicieran un río mayor que el que entra en el mar por siete bocas. A éste le sangran tan descompasadamente los que van al *Trapillo*, que llevan otro río a cuestras. Es inmensurable lo que se bebe (2).

La bebida producía, naturalmente, trifulcas entre las mujeres y pendenias entre los hombres. Entonces — continúa el anterior relato — «ruedan las reliquias de la fuerte merienda, corre en arroyos el vino malhechor, el vaso de plata se desaparece, el de vidrio se quiebra, el de barro anda entre los pies, las servilletas y los pañuelos se mezclan con las capas, las mujeres gritan y las espadas suenan... Con este alboroto se sosiega un baile que estaba algo apartado; pero no pierde el puesto. Sosiégase el alboroto, y desasosiégase el baile; vuelven a su alegre y moledora tarea los que bailaban. Toma una mocetona robusta entre las manos un pandero, y da en él tan desatinados golpes, que le hace quejarse en grande y compasado ruido: haciéndole está pedazos y él quejándose como si cantara. Tienen puestas unas castañetas que parecen hechas de cuatro artesones...

Como resumen de lo que aquel festejo era, exclama el referido costumbrista: «abundante debe ser España de bestias, pues cada año hay tanto irracional vulgo con que hacer la fiesta del día del Trapillo (3)».

Tan plebeyo esparcimiento terminó en el mismo siglo xvii.

(1) Créese que de entonces data la frase vulgar *ir de trapillo* para indicar una vestidura ligera o desaliñada.

(2) *El día de fiesta por la tarde*, cap. «El Trapillo».

(3) *Idem id.*

V.—*Santiago el Verde*.

Si *El Trapillo* era la fiesta popular por excelencia, la romería de *Santiago el Verde* era la de más rumbo y señorío, la más alegre y bulliciosa, la que más hacía fraternizar a la nobleza y al pueblo.

El cronista Quintana, el costumbrista Zabaleta, el viajero Brunel y los poetas Lope, Calderón y Rojas, entre otros, nos han dejado recuerdos de aquella fiesta.

Celebrábase el 1 de mayo con motivo de visitar una ermita, consagrada a San Felipe y Santiago, que había más allá de la Puerta de Toledo, entre ésta y el portillo de Embajadores, en un lugar llamado *El Sotillo*. El paraje no era ciertamente un vergel, ni tal necesitaba el buen humor madrileño para solazarse allí de lo lindo. Zabaleta le describe con estas desabridas palabras: «¿Y que es el Sotillo? Un pedazo de tierra que dista de Madrid, por cualquiera de sus salidas, más de un cuarto de legua. A la ida, muy cuesta abajo. ¿Cuál será la vuelta? Hay en ellas unos árboles ni anchos, ni galanes, ni grandes: más parecen amenidad del sitio que amenidad influida. Humedece este soto, dividido en listas, el Manzanares, poco más que si señalaran la tierra con el dedo mojado en saliva» (1).

Como en todas las fiestas análogas, la devoción era sólo un pretexto para la bulla, el jolgorio, las comilonas, el galanteo y la exhibición. «Unas pisadas hay de unas paredes, o más mal averiguadas reliquias de una ermita, que se dice fué dedicada a estos dos apóstoles. ¡Oh, maldita devoción de la Corte! ¡Hacer peregrinación gustosa a venerar las señales de unas paredes que fueron santas! De cuantos bajan al *Sotillo* no debe de haber tres que sepan que hubo en él tales paredes. ¿Pues a que bajan? A verse unos a otros» (2).

Jerónimo de Quintana, siempre bien dispuesto para juzgar las cosas de aquel su Madrid, nos dice, refiriéndose a tal romería: «Por la grande frescura y amenidad de sotos por donde se va a ella, la llaman comúnmente de *Santiago el Verde*», añadiendo que «es innumerable el concurso, así de señores como de oficiales, que la frecuentan con más regocijo que devoción» (3).

A *Santiago el Verde* concurrían todas las clases sociales, desde el rey hasta el último villano. Las reales personas y las damas elegantes iban en carroza; el corregidor, los consejeros y otros altos personajes, en silla de mano; los hidalgos de más pergaminos que rentas contentábanse con una mula; los vecinos más pobres se resignaban a recorrer a pie el largo camino de empinadas cuestas, y las gentes alegres de los barrios populares solían organizar alborozadas cabalgatas sobre sendos pollinos.

(1) Obra cit., cap. «Santiago el Verde en Madrid».

(2) Zabaleta.—Obra cit.

(3) *Historia de la antigüedad, nobleza y grandeza de la Villa de Madrid*, pág. 377.

La asistencia del rey consta en documentos de la época con referencia a 1623.

«Día de Santiago, 1 de mayo, por la tarde, salió su majestad, por el parque con sus coches, por la ribera del Manzanares, hasta entrar en el sotillo de *Santiago el Verde*, que es un sitio muy agradable y de grande entretenimiento aquel día, por concurrir allí toda la corte a pie, y a caballo, y en coche, con grandes regocijos, bailes, burlas y fiestas, donde su majestad, y el príncipe y los infantes, y los señores que los acompañaban, se holgaron infinito» (1).

Durante esa fiesta el monarca solía estar en Aranjuez, y, a veces, volvía un momento de allá, daba una vuelta por la romería y retornaba al real sitio sin haber entrado en Madrid. Al paso del soberano parábase todo el mundo, descubriéndose las mujeres, y las carrozas echaban sus cortinillas por respeto (2).

Pero la romería era, sobre todo, una ocasión para que las mujeres bonitas, o que presumían de serlo, luciesen sus perifollos primaverales, y para que sus cortejos demostraran su galantería y su esplendor, proporcionándoles el vehículo que la distancia hacía inevitable. A ellas y a ellos, por motivos distintos, daba la proximidad de *Santiago el Verde* motivo de preocupaciones, esperanzas e inquietudes. «Un mes antes del día del *Sotillo* está pensando la dama que ha de ocupar aquella tarde estribo en coche qué gala sacará que embelese los otros coches. Piensa mil boberías de varios colores; comunicála con el galán que le ha de dar el coche y la gala... Llega la noche del último día de abril y no duerme a derechas el galán que ha de dar coche a su dama el día siguiente, téngale propio o no le tenga. El que le tiene propio hizo herrar las mulas aquella tarde; acostóse temiendo no le hubiesen clavado alguna, y durmió cojeando. El que no le tiene propio, sino ofrecido, se acuesta temblando de tantos accidentes como se llevan una palabra, y el ruido que hace el coche en su dueño le despierta aquella noche treinta veces» (3).

Eran generales en todo tiempo el frenesí de las damas por pasear en coche y el afán de sus rondadores o amantes por darles ese gusto en prenda de los que de ellas esperaban o recibían. Pero en ninguna ocasión era el compromiso de los galanes tan grave como en la fiesta de *Santiago el Verde*. Zabaleta refiere el caso de un mayorazgo de Burgos, que había ofrecido su carruaje para tal solemnidad a cierta bella, a quien galanteaba. Su tío, que era corregidor de Madrid, necesitó aquel vehículo la tarde del mismo día, con tales apremios, que el mancebo no se le pudo negar. Fué entonces a la plazuela del Angel, donde solía haber coches, y encontró allí «uno con cédula, señal de que se vendía». «El dueño del coche conoció la enfermedad al burgalés, y pensó en vendérselo como si le vendiera la salud.» Tuvo que pagar por él 700 ducados al contado, lo cual le obligó a empeñar sus joyas. Cumplió con su dama, y la festejó aquella tarde. Pero amaneció el día 2 de mayo y hallóse

(1) *Cartas de Andrés de Almansa*.—Carta undécima.

(2) Brunel.—*Voyage d'Espagne*, cap. XIII.

(3) Zabaleta.—Obra cit.

con dos coches y sin blanca. «Tuvo que vender en la Puerta de Guadalajara el mismo coche que había comprado el día anterior, y también pagó su apuro, entregándole por mucho menos que valía. ¡Díolo en 250 ducados! ¡Oh, gallardía española! ¡Dar por el alquiler de un coche en una sola tarde 4.950 reales!» (1).

La muchedumbre empezaba a bajar a las tres de la tarde por las puertas de Atocha, Toledo o Valencia, adonde acudían para ver los desfiles muchos peatones, a quienes lo apartado del santuario privaba de llegar hasta él.

Todos los contemporáneos convienen en que la nota fundamental de la fiesta la daba el bello sexo, que se acicalaba y adobaba con especial fruición para el caso.

Lope, en la comedia que dedica a esta romería, hace decir a un personaje:

«Bien pareceis forastero,
pues no sabéis que se llama
Santiago el Verde este día,
en que las hermosas damas
y las que no son hermosas
van con espantosas galas
al Soto de Manzanares.» (2)

Zabaleta dice de una dama, que bajaba a la romería al estribo de un coche para hacerse lo más visible, «flechando a su parecer con los ojos todos los vientos y los corazones. Llevaba fuera del estribo media vara de guardainfante cubierto con una basquiña de chamelote de aguas; que es muy dificultosa de recoger la vanidad. Cuando ofrece al pueblo la espalda, es una sierra de nieve; cuando ofrece el rostro, una aurora. Pues no ha cuatro horas que ni era nieve su espalda ni aurora su rostro; pero no hay mejor colorido en España que el de sus botes» (3).

El retrato más conciso y detallado de la fiesta le debemos a otro testigo presencial: el francés Brunel. Oigamos algunos de sus párrafos:

«La galantería de esa fiesta consiste principalmente en la afluencia de mujeres que se preparan para mostrarse allí deslumbradoras: para eso llevan sus más hermosos vestidos, y no olvidan ni el bermellón ni el albayalde, en los que buscan todos sus atractivos.

»Se las ve en diversas posturas en las carrozas de sus enamorados. Unas no se muestran allí sino a medias, y aparecen, o medio tapadas, o con las cortinas bajas, o hacen ostentación de sus vestidos y de su belleza. Las que no tienen galanes que puedan o quieran darles carrozas, se mantienen en dirección de la romería, y bordean las calles o caminos que a ellas conducen.

»No se debe hablar a las que llevan hombres consigo; a las demás se las

(1) Obra cit.

(2) Act. II, esc. II.

(3) Obra cit., cap. XIII.

puede decir cuanto se quiera de dulce, atrevido y libre sin que se ofendan. Es aquí parte de su libertad o libertinaje el pedir indiferentemente a quienes las acomoda, que las paguen limoncillos, barquillos, pastillas u otras golosinas, que se lleva para la romería. Lo envían a decir con las vendedoras, y es una descortesía no responder que tomen lo que gusten y se las pagará; después, la mercancía que vale cinco sueldos, suele costar un escudo de plata. Se ve, además, en esa fiesta, muchos caballos que lucen hermosas sillas y cintas con las que ese día se las ha adornado el lomo y la cola. Quiénes las montan son, o galanes de las damas a las que han prestado sus carrozas, o personas que van a caballo a gozar de la romería, por no tener carroza. Después que se han dado varias vueltas y se han recorrido todas las filas de carrozas, como llega la noche, se empieza a detenerse y a comer en ellas, donde hay en general provisiones. No es sólo en tal fiesta donde se hace eso, pues casi todos los días, sobre todo los domingos, no se ven sino colaciones y meriendas. Los españoles se complacen tanto en comisquear en el campo, aunque no sea más que una cebolla, una ensalada, un poco de jamón o algún huevo duro, porque suelen hacer muy malas comidas.

»Se ven también algunas mujeres honradas que van con sus maridos, o algunas galantes que van con sus enamorados; pero, estando así bajo su mirada, se conducen tan modosamente, que apenas se atreven a mirar a nadie, ni aun a devolver el saludo.

»El modesto burgués aparece diseminado por los campos del contorno, donde, o a orillas del río, o en algún rinconcillo de pradera o de verde trigo, merienda cualquier cosa, con mucha majestad y alegría, en compañía de su mujer y familia, o de alguna amiga.»

«La plebe infinita—añade Zabaleta—, desgranada por aquellos suelos, ya se junta en ranchos, ya se aparta en pendencias, ya se muele en bailes, ya se apelmaza en tragos» (1).

VI.—*San Isidro.*

La romería de San Isidro—única superviviente actual de las que se celebraban en el siglo XVII—se hacía en la misma fecha y en idéntico lugar que hoy, aunque la clásica pradera, completamente pelada ahora, mereciese entonces mejor su nombre, por tener alguna hierba que ofrecía blando asiento a los romeros. Pero su importancia no debía de ser comparable a la de Santiago el Verde, cuando costumbristas y viajeros se fijan en esta última y pasan por alto la del patrón de Madrid.

No obstante, verificábase la tal fiesta en forma análoga a la anterior, y aunque la santidad oficial de San Isidro era cosa reciente, pues no fué decretada por la iglesia hasta 1622 (el segundo año que reinó Felipe IV), los

(1) Obra y cap. cit.

hijos de Madrid, que le habían santificado en su corazón desde mucho tiempo atrás, festejábanle como a su Santo predilecto. Así ponderaba Quintana, en 1629, «la devoción que tienen al glorioso San Isidro, patrón de este lugar, y a su milagrosa fuente, que está en un cerro alto de la otra parte del río, cuyas cristalinas corrientes le bañan, dividiéndole de un soto que tiene al pie» (1).

Y la romería en honor del Santo labriego, si menos resonante y aristocrática que otras, no era menos popular.

Concurrían allí, como al Sotillo, gentes de todas las clases sociales en el vehículo que estaba a su alcance, o un pie tras otro; consumíanse dulces y chucherías; se almorzaba o merendaba sobre el césped; la licencia entre los romeros era mayor que hoy; abundaban las borracheras, y, su natural derivación, las riñas, no siendo raros los homicidios.

Quevedo escribió respecto a esta fiesta:

«Lo verde de San Isidro
dulces y coches me cuesta;
para mí *verde* es el Santo,
pero la salida *negra*.»

Apenas alboreaba el 15 de mayo, cuando el santero de la ermita—construida por la emperatriz Isabel un siglo antes—, un labrador con ribetes de clérigo, abría la puerta del santuario, donde se decía una misa de alba. Ya aguardaban algunos mandaderos de conventos de monjas, que llevaban sendas botellas para recoger el agua hecha brotar en una roca, según la tradición, por la *ahijada peregrina*, que encomian los ramplones versos grabados aún en una fuente para testificar el milagro. Entonces, como ahora, los romeros castizos habían de beber aquella agua santa, preservadora de la fiebre. Y a probar el cristalino líquido y a rezar al Santo, a la vez que a pasar un día de jolgorio, se dirigían desde las primeras horas de la mañana los habitantes de la Villa en honor de su patrono celeste. Iban como vanguardia devotas madrugadoras, soldados con licencia, hampones y ociosos, a la husma de convites o merodeos, y frailes mendicantes, pedigüeños de limosnas, cabalgando sobre jumentos. De ocho a nueve de la mañana bajaban por la cuesta de la Vega, en sus carrozas o sillas de manos, las damas elegantes, escoltadas por los lindos, que las servían, a guisa de escuderos, a caballo. Aprovechando la afluencia del concurso, los innumerables mendigos, cojos, mancos, ciegos, tullidos o simplemente simuladores de estas desgracias, colocábanse a un lado y otro del camino, exhibiendo sus lacerías, y atronando los oídos de los paseantes con sus voces estentóreas o planideras, para pregonar sus achaques o impetrar la caridad de los que pasaban.

En modestos tenderetes de lona se expendían variados comestibles, tales como conejos o cabritos asados, *ropa vieja* a la castellana, perdices escabe-

(1). *Historia de la antigüedad, nobleza y grandeza de la Villa de Madrid*, pág. 377.

chadas, las ricas empanadas de ternera, de cubilete y de picadillo de almendra, que fabricaba con manos de ángel el afamado pastelero del Mesón de Paredes, y la ensalada de lechuga con cebolla y huevos duros, que encabezaba invariablemente el almuerzo, comida o merienda; manjares que rociaban con peleón de Arganda, *ratafia* o *hipocrás*, acompañándoles con tal cual golosina. En aquel regocijo popular holgaban los melindres, y los romeros se acomodaban para comer sobre el santo suelo, distribuyéndose en animados corrillos; y, terminada la refacción, bailaban al son de guitarras o bandurrias, acompañándose con repiqueteo de castañuelas. Las graves campanadas del Angelus, que sonaban en el no muy lejano Convento de San Francisco, interrumpían momentáneamente el jolgorio, y todos, rindiendo culto a las prácticas piadosas de la época, que ni el tumulto de la fiesta les hacía olvidar, se descubrían devotamente y rezaban su oración... Lo cual no les impedía andar después a cuchilladas, si llegaba el caso. Y al toque de oración, santiguándose los concurrentes, emprendían el retorno a Madrid, alegres unos, mustios y rendidos los más, maltrechos no pocos (1).

VII.—*La fiesta de San Juan.*

Grato esparcimiento, especialmente campestre, ofrecía la festividad de San Juan.

Celebrar la fiesta de San Juan Bautista, el 24 de junio, era en España uso antiquísimo, pues ya los moros festejaban aquel día con luminarias, juegos de cañas, sortijas y otros esparcimientos.

La noche anterior, que llamaban víspera de *San Juan el Verde*, había en toda la nación algazara y regocijo, encendíanse hogueras en las alturas, resonaban por doquier gritos de júbilo, y en ciudades, campos y aldeas la gente moza se entregaba a la expansión en grupos bulliciosos, cantando, bailando o retozando. Era la noche de libertad general, en que todo estaba permitido; noche de alegría, de amor y de aventura, por la cual suspiraba la juventud desde muchos meses antes; noche sagrada y bruja, de ilusión y de misterio.

Los jóvenes—en Madrid, como en la mayoría de las ciudades—, después de encender luminarias, iban al campo en busca de matas, haciendo sonar gaitas, guitarras y panderos, y daban serenata a sus novias, adornando sus rejas y los umbrales de sus casas con cañas verdes, palmas y guirnaldas de flores.

Había enamorados tímidos que festoneaban en silencio las ventanas de la mujer querida, y otros que, para vengar agravios, desdenes de coquetas o esquivas, revestían sus umbrales con cuernos, ortigas y jaramagos. El poeta Vargas decía así:

«Por gozar de la alborada,
Petra salió de mañana,
y encontróse en la ventana
de cuernos una enramada.»

(1) V. Ricardo Sepúlveda. — *Madrid Viejo*, cap. «La romería de San Isidro», págs. 329 a 32.

En muchas casas se preparaban la noche anterior a San Juan grandes y costosos altares, y músicos que detrás de ellos tocaban y cantaban. Invitábase a esta fiesta a las personas amigas, agasajándolas con dulces, sorbetes y aguas de guinda o limón.

A las doce terminaba el concierto, y las jóvenes solteras se apresuraban a salir a su balcón o reja, preguntando en aquel preciso momento:

«Señor San Juan, ¿me casaré bien y presto?»

Los mozos, alegres, que rondaban las calles cantando picarescas seguidillas, acompañados por la guitarra, solían responder a las preguntonas, en lugar del Santo, palabras tales como

«Aun no es tiempo. Mañana será otro día.»

o cosas análogas, si no más fuertes.

Con frecuencia, las doncellas se ponían a media noche en las rejas o en los balcones de sus casas con el cabello suelto y el pie izquierdo dentro de una bacia llena de agua, para averiguar si había de casarse o no. Si alguno que por allí pasaba decía un nombre, dábanle una cinta para poderle reconocer a la siguiente mañana; y si por acaso topaban en ella el que había recibido tal señal, reputábanle como futuro marido que el Santo las preparaba, y no vacilaban en concederle, como a tal, honestos favores.

Otras jóvenes sacaban a media noche a los patios de sus viviendas calderos llenos de agua, con la convicción de que en ella verían retratada la imagen de sus futuros esposos. Algunas muchachas en estado de merecer, ponían un huevo fresco de gallina negra en un vaso lleno de agua, y de ciertas señales que creían ver deducían si su destino las iba a otorgar o no amores felices y boda.

Quiñones de Benavente nos da en su entremés *Los Mariones* la caricatura de las jóvenes que en la noche de San Juan hacían preparativos tradicionales, como conjuro para atraer pretendientes, mostrando a dos mancebos afe-minados, que hacen lo propio en busca de novia, y resume cuáles eran aquellos requisitos en el siguiente diálogo:

*«¿Has prevenido el agua, el sahumerio,
las hierbas y el altar?*

—No falta nada.»

Apenas clareaba el alba en la mañana de San Juan, marchaban al campo las doncellas en bulliciosa comitiva. Allí cantaban y bailaban al son de guitarras y panderos, y tejíanse coronas de rosas y claveles, que ponían en sus cabezas, regresando a su hogar cuando avanzaba la mañana (1).

(1) V. Castro Rossi (D. Adolfo). - *Olivares y Felipe IV*.

En Madrid se festejaba la verbena de San Juan con excursiones nocturnas a la vega del Manzanares o cenas en el Prado, haciendo uso de carruaje quien podía, como en la rúa de la tarde.

Así comienza un entremés de Benavente:

MARÍA »¡Oh noche de San Juan, alegre noche
 en que anda desvelado todo coche!

FRANCISCA. ¡Oh noche de San Juan alegre y fresca,
 que en el río das caza más que pesca» (1).

A la mañana siguiente continuaban las giras al campo, donde se verificaba el almuerzo; y ambas ocasiones las aprovechaba la grey juvenil para el retozo, el baile, la broma, el bullicio y el galanteo.

Así los refleja un poeta de aquella época:

«¡Qué bien bailan las serranas,
día de San Juan el Verde,
en el Val del Manzanares
cuando el sol claro amanece!

Dejan el Sotillo todas,
llevando sobre las frentes
guirnaldas entretejidas
de rosas y de claveles.

Con gran fiesta y regocijo
hacia el Sotillo se vuelven,
por la puente segoviana,
cantando de aquesta suerte:

No me los ame nadie
a los mis amores, ¡eh!
No me los ame nadie,
que yo me los amaré.»

Esparcimientos análogos, aunque menos sonados, solemnizaban la víspera y el día de San Pedro.

Como de costumbre, bajo capa de piedad, se deslizaban las consabidas escenas de tapadas, y los nocturnos o matinales idilios, donde el amoroso ardor de los galanes y la dulce debilidad de las damas hacían que se rindiese a Cupido el culto que se aparentaba consagrar a los apóstoles.

Veamos cómo perpetuaba tan escabrosas escenas la musa popular, por boca del poeta Vargas:

«Tapadas y sin tapar
andaban por el Sotillo,
en la noche de San Juan
por las riberas del río;

(1) *Los Mariones.*

niñas cual blancas palomas
que huyen del halcón maligno,
deseando que el halcón
estrechara más el sitio.

Entre la espesa arboleda,
a ésta cojo y a ésta pillo,
en la noche de San Pedro
anda el diablo divertido.

Y no asusta a las muchachas
su rabo largo y negrizco,
ni los cuernos que le afean,
ni su bocaza y sus grifos;
por el contrario, en el uno
hallan diversión y alivio,
en los grifos defensión,
y en los cuernos pingüe oficio;
y juran, si son casadas,
regalar a sus maridos
una corona preciosa
que acredite su ejercicio.»

La licencia que aquella fiesta autorizaba, fué ocasión de escándalos, pendencias, robos y homicidios, hasta punto tal, que el Poder público hubo de intervenir. En 23 de junio de 1642 se ordenó por pregón general «que nadie bajase al río, bajo pena de 300 ducados y vergüenza pública, para evitar las desgracias que suelen suceder en la noche de San Juan» (1).

Aunque esta fiesta era genuinamente popular, celebrábanla a veces personajes del mas alto copete.

Entre los divertimientos cortesanos que en esa noche hubieron de celebrarse, fué de excepcional memoria el que el año 1631 dispuso el conde-duque en honor del monarca, en los jardines contiguos que tenían en el Prado el conde de Monterrey, el duque de Maqueda y D. Luis Méndez de Carrión. Encargó para el caso obras *ad hoc* al arquitecto Juan Bautista Crescenci, el cual levantó un artístico cenador central para las personas reales, otros a los lados para las damas de la grandeza, un teatro enfrente engalanado con farolillos y flores, y varios tablados para los músicos y los caballeros. En los jardines formáronse galerías de guirnaldas con luces. Componíase el festejo de músicas, dos comedias, bailes preparados por Quiñones de Benavente, mascarada y espléndida refacción. La primera de las comedias escribiéronla en colaboración Quevedo y Hurtado de Mendoza; se tituló *Quien más miente, medra más*. La segunda la compuso Lope, con el título, muy de circunstancias, *La noche de San Juan*, relatando en ella «las alegrías, licencias, travesuras y sucesos de la misma noche», como dice el relato que de tal festividad se compuso.

(1) Altamira.—*Historia de España*, tomo III, pág. 721.

Según éste, apenas llegaron el rey y sus hermanos, les sirvieron «unas banderillas colchadas de ámbar, y, con agua de la misma, unos pomos o frasquitos de cristal, y lienzos (pañuelos) olorosos, ramilletes y búcaros; y a la reina, lo mismo, y, en vez de banderilla, un avano (abanico) de Italia; y a las damas y señoritas de honor, avanos y lienzos mojados en agua de ámbar, búcaros y ramilletes. Sirviéronse cinco viandas, poniéndose en cada cenador una mesa y junto a ella un escaparate en que estaban frascos de diferentes aguas de limonadas, búcaros y vidrios, principios y postres; el bufete o mesa de su majestad y sus altezas, en alto; las mesas de las damas, bajas, con los mismos aparadores» (1).

Terminó el festejo con una alegre rúa de coches por el Prado, en la que intervinieron los reyes y toda la concurrencia.

* * *

La primavera madrileña ofrecía, pues, un rosario interminable de regocijos y esparcimientos, estímulos para la alegría, acicates del amor, sirtes peligrosas para la honestidad femenina, amenaza grave para las bolsas, saneadas rentas para mercaderes y especuladores en negocios más o menos turbios, busconas y celestinas; ocasión incomparable para todos los *pescadores en río revuelto*, y motivo general de huelga, jolgorio y bullanga.

JOSÉ DELEITO Y PIÑUELA.

Universidad de Valencia.

(1) Pellicer. — *Origen y progresos de la comedia, etc.*, tomo I, págs. 174 a 81.

En el apéndice de esta obra (págs. 167 a 190 del tomo II) se inserta íntegra la *Relación* de aquella fiesta.

UN CURIOSO MANUSCRITO INÉDITO

LA AUTOBIOGRAFÍA DE DON JOSÉ ÁLVAREZ GUERRA

Mi bisabuelo D. José Álvarez Guerra—el padre de mi abuela paterna—fué un hombre modesto y sencillo; pero, en realidad, todo un hombre. Su vida participó por igual y en alto grado de la acción y de la reflexión. En el terreno de los sentimientos y en el de las ideas su actividad fué grande, extraordinaria. Es decir, que no vivió sólo para sí y para los suyos, sino para la Patria y para la Humanidad.

Como patriota, cuando la invasión francesa de 1808 vino a interrumpir sus estudios, no se contentó con dejar las letras por las armas y hacerse soldado como uno de tantos. En unión de sus dos hermanos, Andrés y Juan—el que luego fué con Mendizábal ministro de la Gobernación—fundó, equipó y mantuvo a su costa el batallón de Cazadores de Zafra. Fué un buen oficial de Estado Mayor durante toda la guerra de la Independencia, en la cual realizó verdaderas proezas como la cosa más natural del mundo.

Este brillante principio de una gloriosa carrera militar no le impidió, una vez terminada la guerra y completamente limpio de invasores el suelo de España, abandonar las armas para dedicarse de nuevo al estudio, alternado con la política durante los «mal llamados años» del 20 al 22, lo que le valió el consiguiente destierro. Vuelto a España para entregarse definitivamente a las especulaciones científicas e intelectuales no se conforma con menos de crear todo un sistema filosófico y moral originalísimo, y que por maravilla de adivinadora intuición contiene en germen la base de las teorías filosóficas alemanas desarrolladas luego por aquellos grandes pensadores. Titúlase la obra de Álvarez Guerra «*La Unidad simbólica y Destino del hombre en la Tierra o Filosofía de la Razón, por un amigo del Hombre*».

De ella dice Menéndez y Pelayo en la pág. 107 del tomo III de su *Historia de los Heterodoxos Españoles*, que es una «muestra originalísima del talento audaz e inventivo que tenemos los españoles, abandonados... a nuestra propia espontaneidad racional para ponernos de un salto, *sin libros, en propia conciencia*, y como por adivinación y ciencia infusa al nivel de los más adelantados desvaríos intelectuales de otras naciones y hasta de la propia Alemania.

«*La Unidad simbólica*—sigue diciendo Pelayo—se imprimió en 1837, cuando apenas ningún español había oído el nombre de Kant y menos el de Fichte, el de Schelling ni el de Hegel; cuando nadie sabía de filosofía alema-

na, ni de metafísica transcendental, ni de sistemas de identidad ni de racionalismos armónicos.»

Y, resumiendo el sentido de *La Unidad simbólica*, añade el insigne polígrafo en la página 109 de su citada obra:

«El sistema es, pues, una especie de armonismo krausista, y eso que Alvarez Guerra no tenía el menor barrunto de la existencia de un hombre llamado Krause».

Los ejemplares de *La Unidad simbólica* han devenido rarísimos. En vano he buscado en nuestra riquísima Biblioteca Nacional los tres primeros tomos en 8.º de unas doscientas páginas cada uno que conoció Menéndez y Pelayo y que yo recuerdo haber visto, de niño, en casa de mis abuelos, admirablemente encuadrados por mano del propio autor y publicados los dos primeros en Madrid, imprenta de Calero, en 1837, y el tercero en Sevilla en 1857. De los varios opúsculos o folletos sobre el mismo tema que Alvarez Guerra continuó añadiendo a la obra hasta 1860 tampoco he podido hallar rastro.

Solamente ha venido a parar en mi poder un cuaderno autógrafo de mi bisabuelo que en sus primeros folios, del 1 al 20, contiene el *Libro noveno manuscrito* de «*La Unidad simbólica*», fechado en Sevilla a 28 de mayo de 1860.

Y precisamente, a seguida de esos folios, en el mismo cuaderno hay otras nueve hojas que contienen las notas autobiográficas de Alvarez Guerra, cuya reproducción es el único objeto de este artículo, y que dicen así:

«*Biografía del autor de «La Unidad simbólica»*»

»Concluída la obra, dada la demostración matemática de la verdad divino universal y divino humana, debo presentar algunos rasgos característicos de mi vida desde mi niñez, porque pueden ser para la observadora meditación un hilo conductor que descubra la causa o el por qué, de mi vida tan singular, que me haya arrojado a componer una obra de varios tomos contra la sanción, creencia y opinión de todo el mundo, sin exceptuar ni un solo individuo. Aunque en el tomo primero, y tanto en su prólogo, como en su fin, me explico en este sentido, también me he dejado la explicación de muchos y esenciales rasgos de mi vida que presentan este cuadro a su verdadera luz.

»En mi niñez, desde que mi inteligencia puede tomar noción de sí misma, es decir, desde los cuatro a cinco años de edad, me ví poseedor de un sueño tan profundo a las horas de dormir, que era un imposible absoluto despertarme en el centro de mi sueño. Una noche me caí de mi catre (entonces no se gastaban esteras), di con las narices en los ladrillos, eché un lago de sangre y no desperté. Mi padre nos llamó a siete hermanos otra noche a la salita chica que estaba adornada con taburetes de baqueta de Moscovia, de brazos y grandes; yo el más pequeño puse los pies en la traviesa y me dormí en el sermón y me caí de cabeza. Al ruido del golpe mi padre se volvió y dijo a mi madre: Ana que se lleven ese niño a la cama. No desperté pero al día siguiente tuve un fuerte dolor del pescuezo, pues milagrosamente no me había desnucado. Quando nos mandaban

acostar nunca tenía tiempo de acabar de desnudarme y me dejaba caer en el cofre dormido, y mi madre al registro nocturno de los hijos; ya está José, decía, en el cofre y me desnudaba y acostaba. Ya se cansó una noche y quiso que se las pagase todas dando pellizcos de monja; pero fueron tales los codazos con que me desquitaba dormido que tuvo a bien desnudarme todas las noches. Cuando ya aflojaba la intensidad de mi sueño, bastaba decirme mui quedito al oído, Pepe, y respondía en el mismo tono como si hubiese estado completamente despierto; pero no despertaba al ruido de una tambora. Basta de sueño por ahora.

»Seguí mi vida sin novedad particular y mis estudios. Estudié Lógica, Física y Metafísica, en un convento de Franciscanos observantes, y determinaron mis padres pedir al Consejo dispensa del curso de filosofía moral que la concedió el Consejo; pero llega a la Secretaría de Salamanca cuando estaba aprobada en la misma Secretaría un curso falso de Filosofía fraguado a solicitud de un tío mío mui entrometido. Entonces el cancelario, muy amigo de mi tío, me llamó y dijo que no se me inquietaría; pero no podría ganar curso y por esto no compré libros ni asistí a Cátedra. Y sin embargo conseguí cédula de haber ganado curso por empeños. Al año siguiente me matriculé en segundo año por lo mismo que el primero, sin libros ni asistencia y costó mucho trabajo obtener la cédula de curso; al fin de este año 1797, D. Francisco Cantero, Bibliotecario mayor de la Universidad, amigo de toda mi familia me dijo que estaba perdiendo mi carrera, que él reuniría al Claustro para rehabilitarme como pudiese lograrlo. Le rogué lo hiciese así, y él obtuvo que estudiase Filosofía moral al año siguiente y que se me pasasen los dos años de Leyes estudiados, y quedé hábil para pasar al tercero de Leyes después de la Filosofía moral. A pocos días de matriculado en tercero de Leyes, recibí una carta de mi hermano Juan el mayor, diciéndome, que si me graduaba a Claustro pleno en aquel año, me iría con él a Madrid pues le hacía falta para la traducción del *Diccionario de Agricultura* del Abate Rozier. Mi compañero de posada Ladrón de Guevara se admiró de verme tan pensativo con la carta y me preguntó. Yo me levanté y dije lleno de entusiasmo: ya estoy graduado: me creyó loco: no estoy graduado, repetí; pero lo estaré dentro de ocho meses, y salí al punto por libros, pasantes y todos los auxilios. Graduado a los ocho meses. Estudié en ellos los cuatro años de Leyes y salí a trece horas diarias de estudio. Y mi tío el que había fingido o hecho fingir el curso de Filosofía moral tomó un coche por temporada y llegó por mí a Salamanca la víspera de mi grado en que hubo la particularidad de votarse tres veces a instancia del Bibliotecario mayor que no quería conformarse con dos erres entre 19 examinadores; pero era porque no sabía los antecedentes. El año antes se había graduado Ladrón de Guevara mi compañero y dos enemigos llamados Laso y Gutiérrez le echaron dos erres, y yo imprudentemente reñí a poco con Gutiérrez por su injusticia y me la guardaron para entonces (1). Pasé a Madrid donde trabajé con gusto y contento los cinco años que duró la obra. Estudié Matemáticas en San Fernando con D. Antonio Baras y D. Magín Vallespinosa.

»Concluida la traducción la Junta de Comercio, moneda y minas pidió a mi hermano su parecer acerca de una Memoria de curtidos de cuyas resultas qui-

(1) Es curioso el cuadro que aquí se transparenta de la vida académica y estudiantina de Salamanca a fines del siglo XVIII y principios del XIX, no por que nos revele nada desconocido, sino por lo vivo de la pintura.

sieron que pusiese una fábrica con los fondos de la piedra lápiz; pero mi hermano dijo que él tenía fondos para ponerla, y la pusimos en efecto; pero la abandonamos con pérdida de unos 80.000 reales cuando entraron los franceses.

El día 2 de mayo me quisieron matar dos veces en la Puerta del Sol y en la calle del Arenal; pero me salvó el librero Alonso arrancándome el cuchillo que llevaba que si doi tres pasos más, me cuesta la vida como él mismo dijo después a mi madre. En la calle del Arenal un soldado al tiempo de ir a darme un bayonetazo vino otro que conocí porque le había socorrido con pan en la plaza y le separó, pues había tenido compasión de ellos. Aquella tarde devolví a un Capitán su sable, recogido por mí porque el pueblo no lo matase en mi misma calle de la Encomienda, junto a la del Mesón de Paredes y me entretuve en poner 12 proclamas a provincias escogidas encendiendo el patriotismo de los españoles con la relación de las crueldades de los franceses (1). Mi hermano estaba en Extremadura; pero pude escapar con una hermanita a los quince días de Madrid y llegué a mi pueblo de Zafra donde mi hermano Andrés conmigo levantamos un batallón *cazadores de Zafra* siendo él nombrado Coronel y yo Capitán de la primera compañía. A poco tiempo pedí a la Junta Suprema que me permitiese salir con mi compañía hasta donde encontrase a los franceses; no sólo me lo permitió, sino que me reforzó con 48 Dragones de Cáceres. Cinco veces le remití prisioneros y cuando volvimos nos hicieron poner en la manga un escudo que decía se *distinguió en Carmonita*. Permanecimos de guarnición en Badajoz hasta el sitio de la plaza; pero una orden del General Castaños durante el sitio, de que los Oficiales que hubiesen estudiado Matemáticas y tuviesen conocimiento de Lenguas se presentasen de Adictos al Estado Mayor, me arrancó de mi compañía la que lo sintió porque su Capitán la estuvo manteniendo más de dos meses en que nada absolutamente percibió. Entregada la plaza pasé de Adicto a Valencia de Alcántara con el Estado Mayor siendo mi Jefe de Estado Mayor el General D. Martín de la Carrera. Un día en conversación con éste, me dijo: ¿Es V. también de los tontos que creen en la Taquigrafía? Y de los que la ejecutan, le respondí. ¿Conque podrá V. escribir lo que le diga o le lea? Hace ya cuatro años que la he dejado y no puedo estar tan al corriente. Necesito ahora ir repitiendo lo que V. me lea o hable al mismo paso para que note V. mi velocidad taquigráfica. Pues vamos allá: tomó un libro y me leyó como una hoja. Le ocurrió la dificultad de que me la hubiese aprendido de memoria; pues léame V. de otra parte o de otro libro, y dígame cuál de ellas quiere V. que le ponga en castellano. Hízolo así, y guardando debajo de su brazo el libro me dijo lo que debía ponerle en castellano: puesto que fué como lo deseaba, soltó el libro y puestas las manos sobre la cabeza exclamó: ¡Qué brutos somos en no aprender una cosa tan útil!

»La Regencia nos mandó en seguida de Jefe del Estado Mayor a D. Pedro Agustín Girón, Duque de Ahumada después; llegó con severidad y nos encargó formar una Memoria a cada uno del ramo de que estuviese encargado: yo de las guerrillas con el nombre de escuadrones francos; cuando vió mis trabajos me

(1) Adelantóse en esto, o coincidió al menos con el famoso alcalde de Móstoles, tan justamente glorificado. Y es muy cierto que el ejercicio de escribir proclamas en el mismo Madrid la noche del 2 de mayo y enviarlas a provincias «encendiendo el patriotismo de los españoles con la relación de las crueldades de los franceses», pudo costarle un disgusto tan serio como el que le hubiera ocasionado la tenencia del cuchillo que tan a tiempo le arrebató el buen Alonso.

tomó mucha amistad aconsejándome que solicitase entrar de efectivo en Estado Mayor lo que hice y me vino el nombramiento.

»Al poco tiempo llegaron dos abogados de la Mancha, con una representación vertiendo sangre contra las guerrillas. El general puso al margen un decreto de destrucción contra tales excesos, y lo mandó a su sobrino, D. Pedro Agustín; éste, al punto, me llamó. Entérese usted — me dijo —, y póngame por escrito su parecer. Sabía yo en globo la substancia del memorial, y me presumía la decisión del general, y respondí a mi jefe: y si por acaso no coincide mi opinión con la del general, yo le ordeno a usted que me dé su parecer limpio y neto. En ese caso necesito antes verme con esos dos abogados. Vaya usted a su casa, que allá están dentro de un cuarto de hora. Tuvimos nuestra conferencia, y llevé a mi jefe el parecer que me pedía. Tomarlo y tomar la pluma para apoyarlo y desacer todo lo que habían fraguado, todo fué uno. El general me mandó un ayudante convidándome a comer; pero no acepté porque estaba con tercianas, y desde entonces todos los domingos que íbamos juntos a misa venía a saber de mi salud con mucho cariño.

»Una partida que se formó en Hornachos me ordenó mi jefe regimientarla en cuerpo franco, y hecho lo que se mandaba, dijo que se hiciese sin discrepar de como yo lo proponía.

»Recibí orden después de pasar al Puerto de Santa María a formar el ejército de reserva de Andalucía, y allí me reuní con mis compañeros nuevos y brillantes; y después de algunos meses de instrucción vinimos a Sevilla, y a mí me tocaba formar la batalla en Tablada, y en dos líneas, hasta que un día me llamó a San Juan de Aznalfarache para que saliese al siguiente a hacer el itinerario para el ejército en tres direcciones distintas, remitiéndole todos los días con un dragón del 12 los trabajos del anterior. Le hice presente que no llevaba tropa suficiente, y me respondió: *Ab impossibilia nemo tenetur*; mándelo usted cada tercer día. El itinerario es desde Sevilla al Tajo, donde están poniendo los ingleses un puente de cuerdas.

»Salí a mi expedición, y en la Puebla del Maestre nos llovió toda la noche, y me tocaba vadear el río Vendobal. Todos los labradores se volvían a la mañana a sus casas, pues iba el río por cima de los molinos; pero yo no podía menos de enviar a Sevilla el trabajo de aquel día, aunque todos los labradores, a su vuelta, me decían que era en vano querer pasar el río, que llevaba diez varas de fondo. Llego al río en silencio, y le digo a mi caballo «entra»; entró, y empezó a nadar con mucho vigor; cuando llegué a la orilla opuesta volví la vista y ví tan sólo cuatro dragones; los demás, con mi secretario puesto de rodillas, se habían quedado temiendo ahogarse porque iba en un mulo; les dije que se volbiesen al pueblo que yo volvería dentro de tres días, y tomé por el puerto de Jabato a salir a Santa Olaya.

»Seguí sin novedad aunque con detenciones por los malos caminos y las direcciones múltiples y en la Serena me encontré a D. Ventura Escario, otro ayudante de Estado Mayor, enfermo, aunque encargado del itinerario del Ejército desde el Tajo en adelante y seguí hasta Trujillo y el Tajo. Estaban echando los ingleses el puente de cuerdas en forma de rombos: lo dibujé y se lo remití al general conde del Avisal que acababa de llegar a Trujillo y me llamó al día siguiente para darme las gracias por mi desempeño de la comisión, y seguí con el Ejército. En Santa María de Cubo una legua de Pancorbo me mandó el general recorrer pueblos pidiendo sábanas para hacer salchichones para baterías contra

Pancorbo. A la noche de este día, en que recorrí veinte pueblos, me dijo el general que ya habían empezado a entrar los socorros. Al día siguiente, se dispuso que las compañías de Granaderos y Cazadores a las órdenes de Arco Agüero y un comandante Ruiz atacasen el fuerte de Santa Marta dependiente de Pancorbo. Nunca quiso valerse del Estado Mayor para cosa en que pudiese lucirse, porque lo odiaba de muerte. A las tres de la mañana, me ordenó pasase a advertir a las compañías de ataque que avansasen con precaución para evitar sorpresas; estando ya próximo al pueblo [sonó] una descarga de todas las compañías. Atacaron, dije, y a galope. ¿Donde está el comandante del puesto? Presente. ¿Por donde voi al fuerte atacado? Por esa callejuela, pero viene mui cruzada por las balas, y bajaban un herido diciendo: ellos me han dado un balazo; pero yo dejo muertos tres o cuatro. Llego al ataque y animo a la tropa. Traen un hacha del pueblo y a hachazos rómpese la débil barrera y sacamos treinta y nueve enemigos presos. Pregunto por los dos comandantes. Preséntanse éstos y les doi la orden como la recibí, propósito firme en mí. Está tomado el fuerte, me contestan. Lo veo y he contribuido al éxito. Lo haremos presente con mucho gusto. Vuelvo volando. Mi general hemos tomado el fuerte. Ya iba yo a dar la orden de atacar. Bien, mui bien. Llega el parte con elogios del ayudante de Estado Mayor que suprimió el general cuando llevó al Gobierno la noticia, y supresión que pareció mui mal a D. Pedro Agustín Girón cuando lo supo. Al día siguiente se rindió Pancorbo, y marchamos al sitio de Pamplona en donde tuvimos la gran batalla de Sorauren en compañía del ejército de lord Wellington. Duró tres días y vencimos a Soult que no pudo sacar la guarnición de Pamplona y el general Girón (mandado por el Gobierno a causa de haberse dicho mui enfermo de su antigua herida el conde del Avisbal por odio a lord Wellington) me mandó a Pamplona a imprimir esta gran batalla. En seguida pasamos al valle de Bastan y yo al Estado Mayor de Madrid, y de aquí a Sevilla en donde residía mi prometida (1), con quien me casé en 4 de mayo de 1814.

»Vino Fernando, VII y abolió mi cuerpo de Estado Mayor por liberal y yo me retiré del servicio. Y me fuí a cuidar del cortijo de casa *San Jorge del Algarvejo* en Utrera. Tenía dos niños de dos y tres años en 1818 y estando en el paseo de la carretera con el marqués de Casa Ulloa, D. Simón Gibaja, y otros amigos, llegaron mis niños con su institutor francés y el más pequeño se puso a jugar con un perrillo faldero del marqués, y de pronto dió un grito diciendo papá *Je lui ai mis la main à la bouche et il ne m'a pas mordu*, y lo dijo con gran contento. Preguntáronme qué había dicho el niño, se lo expliqué, y quedaron admirados de que niños de dos y tres años hablaran en francés.

»El año de 1820 D. Agustín Argüelles me destinó a gefe político de Salamanca interino, y el 21 gefe político de la provincia de Palencia en propiedad. En 1822 gefe político de la provincia de Cáceres. Después me fuí con mi familia a Francia donde permanecí más de dos años, y me acabé de convencer que sumados males y bienes, es mui preferible la sociedad española por su mismo atraso intelectual, o por su mayor inocencia a todas las conocidas.

»En España el hombre prudente y ordenado, tiene una vida segura; pero no así en el extranjero; el más inocente no está seguro. Yo pacífico, cargado con siete niños el mayor de nueve años y con una esposa, ignorantes todos de las

(1) Doña Cipriana Durán, hermana del famoso D. Agustín, el sabio colector del Romancero.

costumbres extranjeras, me hubiera visto expuesto a desgracias sin culpa mía, si hubiera estado suelto. Pero la Providencia siempre ha velado por mí. Hechos pasaron en la ciudad de Rennes que por su refinada malicia demuestran la exacta verdad de cuanto llevo manifestado.

»Mis dos hijos mayores de cuarenta y cuatro y cuarenta y cinco años, están hoy 15 de octubre de 1860 en Zafra y Llerena. Abogado este primogénito, y de médico aquél sin ejercerlo porque no lo necesita. Ambos están bien y con cuatro y seis hijos en dos haciendas considerables de sus padres. Cipriana, la hija menor, de treinta y dos años, casada con D. Antonio Machado (1), decano en Filosofía e Historia Natural en la Universidad de Sevilla y médico-cirujano sin ejercicio, tiene un solo hijo (2) de catorce años sobresaliente en los exámenes; y mi hijo Pepe defectuoso de inteligencia con treinta y ocho años y con sentimientos excelentes, y la obligación de pasearse todo el día de Dios; y por último yo con ochenta y dos años y siete meses, dando 6.000 reales de mi clasificación anuales a mi esposa desde que no puedo cuidar si no de mí mismo, desde la Riada de 1856.

»Sevilla, a 15 de octubre de 1860. — José Alvarez Guerra (rubricado).»

* * *

Esta somera autobiografía, tan llena de ingenua sencillez y aun de esa segunda infantilidad irremediable en que suelen caer las senectudes más provecas, tiene, sin embargo, a mi juicio, un interés real, no sólo para los aficionados a esta clase de lecturas tan atrayente—cartas, memorias, confesiones, viajes, impresiones personales—por desgracia harto raras en España, sino para los investigadores y cronistas de una época tan importante, tan crítica, tan significativa en los anales de nuestra vida nacional, por referirse constantemente a hombres y a sucesos de alta significación en nuestra Historia.

Pero la principal razón que me ha movido a publicarla, lo que le da legítima cabida en las páginas de esta REVISTA, es la frecuente alusión a cosas y personas de Madrid en aquella época. El simple y sobrio relato de lo que ocurrió al autobiografiado el día 2 de mayo de 1808—fecha que vista desde aquí alcanza cuan otro relieve histórico magnífico—tiene un sabor de realidad y de vida verdaderamente impagable.

MANUEL MACHADO.

(1) D. Antonio Machado y Núñez, después rector muchos años de la Universidad de Sevilla; naturalista e iniciador en España, con del Prado y Vilanova, de los estudios de prehistoria.

(2) D. Antonio Machado y Alvarez, jurisconsulto, escritor y fundador del Folk-lore español.

CASA DE CAMPO Y HEREDAMIENTO DE LA FLORIDA Y MONTAÑA DEL PRÍNCIPE PÍO

En las afueras de la villa de Madrid, pero cercana al centro de la misma en el siglo xvi, existía una heredad que en 2 de agosto de 1613, perteneciendo al marqués de Auñón, vendióse para pagar sus acreedores a D. Bernardo de Sandoval y Roxas, cardenal y arzobispo de Toledo, quien la cedió por donación en 17 de mayo de 1617 a su sobrino el duque de Lerma y marqués de Denia «para que la pudiera dar y aplicar a cualquiera obra pía de su voluntad».

En efecto, el duque cardenal, por otra escritura, fecha 27 de octubre de 1624, «dió y aplicó la Huerta de la Florida, por título de donación irrevocable, a la Casa profesa de la Compañía de Jesús, de esta villa, con ciertas condiciones y gravámenes». En 20 de junio de 1625, en nombre de la mencionada Casa profesa, el P. Gonzalo de Albornoz, como Prepósito de la misma, la vendió en 16.700 ducados a D. Gabriel Ortiz de Sotomayor, obispo de Badajoz, el cual hizo lo propio en la cantidad de 12.250 ducados de a once reales, a D. Diego de los Cobos y Luna, III marqués de Camarasa. Muerto éste en diciembre de 1645, dejando por heredero al convento del Angel de la ciudad de Granada de Religiosas Descalzas de la Orden de San Francisco, de que era abadesa su hija Sor María de las Llagas, pasaron sus bienes por cesión del convento a D. Manuel Sarmiento de los Cobos y Luna, marqués de Camarasa, conde de Ricla y de Ribadavia, sin duda hermano de D. Diego. Por último, este señor, adelantado mayor del Reino de Galicia, cedía esta finca, libre de todo vínculo o mayorazgo, en 14.000 ducados, el 10 de mayo de 1647, a D. Francisco de Moura y Corte-Real, entonces conde de Lumiares, primogénito del marqués de Castel-Rodrigo y esposo de doña Ana María Moncada de Aragón y de la Cerda.

La finca se componía de una casa principal, huerta, jardines y palomar, y el nuevo propietario se dedicó a embellecerla y agrandarla comprando en 1657, siendo ya marqués de Castel-Rodrigo, otra casa y huerta lindantes con la suya llamada de la Salceda o de la Buitrera a D. Luis Muriel Salcedo y Valdivieso, caballero de la Orden de Alcántara; en 1669, a D. Pedro González de Mendoza y Vozmediano, señor de las villas de Cubas y Griñón, una casa y huerta cercana a las fuentes de Leganitos, conocida por el nombre de «Huerta de la Duquesa de Villahermosa»; pocos meses después adquiría de D. Cristóbal de Aguilera y de doña Gabriela de Angulo su mujer y otros interesados, una casa, huerta y lavadero con sus estanques y agua encima de los caños del puente de Leganitos, en el precio de 64.000 reales; en 1673 dos tierras de sembradura a diferentes personas; en 1674 a doña Teresa González

de Mendoza, viuda de D. Gabriel Pérez de Carrión, por 13.000 ducados, las tierras y huertas llamadas de las «Minas», en el arroyo de Leganitos y parte de la Montaña, y al siguiente año, en 5.000 ducados, a Marcos de Sabogal, una huerta cercada «en la calle que va de Leganitos al convento de San Bernardino, frente al de San Joaquín». Es decir, que en unos diez y ocho años la primitiva heredad de la Florida fué convertida en una posesión magnífica.

El conde Fernando Buenaventura de Harrach, nacido en Praga en 1636, en su diario de viaje por España, hecho en los años de 1673 y 1674, publicado en Viena en 1913, nos habla de dos visitas al marqués de Castel-Rodrigo en su palacio de la Florida que paulatinamente había hermoseado, adornando sus jardines con fuentes, grutas, escalinatas y estatuas de mármol. En 7 de febrero de 1674, escribe: «Esta tarde he visitado al marqués de Castel-Rodrigo en la Florida. Aún trabaja en la casa y en el jardín, que son muy hermosos y aquélla muy bien amueblada; tiene cinco o seis cuartos en fila con tapices flamencos y cuadros. Al final una alcoba con dos gabinetes dispuestos de manera que se ven cuatro grandes puertas dobles con cristales venecianos y grandes marcos de talla. En estos cuartos tiene cuadros flamencos con marcos dorados, mesas de mármol con patas talladas y doradas y unos moros de madera dorada y plateada, sosteniendo tazas de plata; sillones y cortinas de terciopelo rojo con franjas de seda y oro. Desde esta habitación se descubre aún una gran fila de cuartos, pero en los cuales no entré.

»Ha obsequiado a mis gentiles hombres y pages dándoles dulces, toda clase de vinos y agua. Este jardín y esta casa se hallan a orilla del río Manzanares, de manera que en verano puede ver desde sus habitaciones todo el paseo. Se dice que aquí el aire es muy malsano, lo que aparece en él, pues siempre está enfermo».

El 4 de mayo del mismo año añade:

«Esta mañana me quedé en casa, por la tarde fuí en coche a la Florida. Me llevaron al principio a las habitaciones del piso bajo, que está dispuesto de tal modo que del lado del río está alto y del del jardín al nivel de éste, de modo de poderse pasear por él directamente, ahora está haciendo una entrada que le permitirá pasar desde el coche a sus habitaciones sin tener necesidad de subir escalera alguna. Estas habitaciones hasta el dormitorio están colgadas con tapices flamencos, de tamaño mediano; tiene un cuarto con cortinas flamencas con sus armas y una grande con su árbol genealógico, lo cual hace muy buen efecto. Los demás cuartos se hallan adornados con cuadros que no son muy de mi gusto. Aunque me enseñaron uno como de Van Dick y otros de Rubens no acabaron de convencerme.

»Los cuartos de arriba son muy alegres, especialmente aquel donde ha colocado su cama, pues puede ver sin salir de ella el jardín, el río y las capillas. Estas habitaciones no están tan bien amuebladas como las del piso bajo, aunque una mitad está decorada de cuadros y la otra de damasco de mala clase. El jardín se halla hasta la fecha dividido en dos partes; delante de la casa hay un *parterre* cuadrangular, con gran cantidad de diferentes flores, alrededor del cual un pequeño espaldar con perales chiquitos y árboles enanos

con buenas frutas; entre ellos varios naranjos. Al final de este *parterre* se encuentra una gruta muy bien hecha, cuyo interior representa el Monte Parnaso y está lleno de cascadas y de surtidores. Sobre esta pared, así como en la doble rampa que conduce al otro jardín, hay estatuas de mármol como se hacen en Massa, cerca de Génova. Este jardín es también de forma cuadrangular y tiene, en vez de flores, gran surtido de legumbres. Una gran parte de la montaña también es suya y en ella ha mandado construir una gruta de rocalla y tiene la intención de desmontar un trozo grande de su montaña».

En 21 de noviembre de 1675, hallándose en su palacio de la Florida, hizo testamento el marqués de Castel-Rodrigo, dejando por su universal heredera a la mayor de sus dos hijas, doña Leonor, condesa de Lumiares, casada entonces con D. Anelo de Guzmán, hijo del duque de Medina de las Torres y nieto del conde duque de Olivares, a quien como primogénita, a más de los mayorazgos de la Casa de Castel-Rodrigo, el feudo del ducado de Nochera y la renta de 100.000 florines de que S. M. Cesárea la había hecho merced, con facultad de poder disponer de ellos, dejó la Florida valuada en 4.395.821 reales pues se componía esta finca de 132 fanegas y 7 celemines cercados de tapia y otras 13 fanegas y 3 celemines y cuartillo de sembradura fuera de dicho cercado.

Ni de D. Anelo ni de su segundo marido, el marqués de Almonacid, le sobrevivieron hijos a doña Leonor, heredándola su hermana doña Juana, casada con el príncipe Pío de Saboya, en virtud de testamento cerrado, que se abrió en Madrid a 28 de noviembre de 1706. A doña Juana sucedió su hijo D. Francisco, sexto marqués de Castel-Rodrigo, el cual vivió en el palacio de sus mayores en unión de su esposa, doña Juana Spínola-Colonna y de la Cerda, hija del duque de Sexto, hasta que de modo trágico perdió la vida en la noche del 15 de septiembre de 1723. Según parece por noticias de la época y las que escribió el día 18 del mismo mes a doña Margarita Pío de Saboya, esposa del procurador de San Marcos, Pedro Zeno, y hermana del príncipe, que se hallaba en Italia, Juan Bautista Bardi, administrador en Madrid de la Casa de Castel-Rodrigo, ese día 15 era el cumpleaños del duque de la Mirandola; y estando reunidos en tertulia varios amigos en el piso bajo de la casa jardín del conde de Baños, en el Prado de Recoletos, donde había ido a vivir una temporada de dos meses por capricho de la duquesa, estalló una horrorosa tormenta a eso de las diez de la noche. Cerradas las puertas y ventanas, esperaban a que ésta pasara, cuando, repentinamente, un torrente de agua rompió las tapias de la finca, inundó el jardín y derribando las puertas invadió el cuarto, donde subió más de tres varas. Lograron unos salir a la calle, se salvaron otros agarrándose a los hierros de las rejas o encaramándose a los coches que estaban en el patio, siendo algunos auxiliados por los frailes Recoletos del convento frontero; pero perecieron la duquesa de la Mirandola y una de sus criadas, que se habían refugiado en un oratorio, D. Tiberio Caraffa y el príncipe Pío, D. Francisco, a quien para mayor dolor no pudo encontrársele hasta el día siguiente, por haberle arrastrado la corriente a tres leguas de Madrid. Entre los escapados con vida, aunque maltrechos, se citan el duque:

de Liria, el abate Grimaldo, el duque de Giovenazzo y el embajador de Venecia.

Por muerte tan inesperada, vino en ser propietario del heredamiento de la Florida, así como de la montaña llamada ya del Príncipe Pío, su primogénito D. Gisberto, en unión de los estados y mayorazgos de su casa, en octubre de 1723, en virtud del auto del Sr. D. José de Pasamonte, teniente corregidor de la Villa de Madrid, y a instancia de su madre y curadora.

En 1776 falleció sin descendencia el príncipe Gisberto, y heredó sus estados su hermana mayor, doña Isabel María Pío de Saboya Spínola de la Cerda, casada en primeras nupcias con D. Manuel de Velasco López de Ayala y Cárdenas, conde de Fuensalida y de Barajas, marqués de la Alameda, del que no tuvo sucesión; y entonces, unida con su segundo marido, D. Antonio Rodríguez de Valcárcel y Pérez Pastor, de la Orden de Santiago, alcaide perpetuo del castillo y fortaleza de Hellín y señor de los mayorazgos de los Valcárcel.

Según la *Guía de Madrid* de Fernández de los Ríos publicada en 1876, Carlos IV mandó llamar, en 1776, al sucesor del príncipe Pío, que hacía mucho residía en Cerdeña; y como excusase el regreso, le amenazó con secuestrarle el palacio, y se mandó destinarlo a cuartel de Guardias españolas. De esto no hay noticia en los archivos del actual portador del título, pues los datos amablemente facilitados por el mismo sólo dicen que siguieron siendo propiedad de doña Isabel hasta el año 1792, en que todo lo vendió en 1.900.000 reales de vellón al rey Carlos IV, que lo deseaba para recreo de su real persona.

El Heredamiento de la Florida se componía, según expresaba la escritura; de la Casa-palacio de Campo, jardines, huertas, tierras de regadío y de secano, palomar, plantas, árboles frutales y silvestres, estanques, norias, aguas, obras de fontanería, encañados, fuentes, estatuas, cerca, todas sus tapias y demás, pero no comprendiéndose las casas principales de la plazuela de los Afligidos, su jardín y huerta ni la capilla pública de Nuestra Señora de la Concepción, unida a ella, pues esto quedaba para el mayorazgo. Los linderos eran por la parte del Manzanares con el camino de El Pardo, Puerta de San Vicente y subida del Prado nuevo, hasta encontrar con el terreno que fué del propio heredamiento, y compró S. M. para el Real Cuartel de Caballería, en construcción entonces, y le dividía un murallón y tapia que seguía hasta encontrar el pedazo de huerta de las Minas, el que lindaba con tapias y cocheras del duque de Osuna, de donde seguía la línea hasta enfrente de la entrada de la casa del duque de Liria y desde aquí lindando con ella y calle de San Bernardino hasta la puerta de este nombre, de donde continuaba a la huerta llamada de la Pajarera o de las Bacas, que antes fué de los Regulares expulsados, y haciendo un ángulo volvía a tomar la dirección para unirse con el citado camino de El Pardo.

Desde ese año de 1792, poco permaneció de la Florida en la descendencia de D. Francisco de Moura: las casas de la plazuela de los Afligidos, la capilla de Nuestra Señora de la Concepción, conocida vulgarmente por la de

la Cara de Dios por la venerada reliquia que allí se conserva, y un lavadero a orilla del Manzanares, situado entre la iglesia de San Antonio de la Florida y la antigua fuente del Abanico. Aquél se vendió en 1853 por el XIII marqués de Castel-Rodrigo y príncipe Pío de Saboya D. Juan Falcó y Valcárcel; las casas fueron: unas, enajenadas a mediados del pasado siglo, y otras, pasaron a ser propiedad del duque de Fernán-Núñez, como coheredero de su padre e mencionado príncipe. Tan sólo la capilla, con su patronato y memoria de misas, continúan aún perteneciendo a la representación primogénita de sus primeros patronos, y como amenazase ruina fué reconstruida en los años de 1889 a 1891 por D. Juan Falcó y Trivulcio, príncipe Pío y XV marqués de Castel-Rodrigo.

Reinando Fernando VII continuaba esta magnífica posesión perteneciendo al Real Patrimonio, designándola con el nombre de Real Florida en su fusión con otras varias adquiridas posteriormente, y fué cedida en usufructo a su hermano el infante D. Francisco de Paula, quien convirtió aquel sitio, abandonado e inculto durante la invasión francesa, en precioso parque, huertas y jardines que franqueaba al público. Este supo apreciar tan encantador paseo, teniendo predilección por una arboleda muy amena y cuidada en la base de la montaña, una senda bordeada de espinos y sombreada de acacias y una fuente-cilla llamada de la Salud, entoldada de enredaderas y cercada de bancos, donde la gente madrugadora acudía durante la primavera y el verano a gozar de la vista del valle del Manzanares y del paisaje que tiene por límite los lejanos puertos.

Del antiguo palacio, jardines y parte de la montaña tal y como lo poseyó D. Francisco de Moura y Corte-Real y lo visitó el conde de Harrach, existe un cuadro al óleo de gran tamaño que proviene del palacio de Cusano, pueblo cercano a Milán, y que, con título de señorío, pertenecía a los príncipes Pío, como herederos de la familia milanese de los Homodey, marqueses de Almonacid. Debió decorar el palacio de la Florida cuando se pintó; pero en un inventario de muebles, hecho en 28 de noviembre de 1765 de orden del príncipe D. Gisberto, figuraba en Cusano con un marco negro y friso dorado, haciendo pareja a otro cuadro representando el paseo del Prado en tiempos de Carlos II. En la actualidad se conservan ambos en el palacio de Mombello, en Italia, propiedad del príncipe Pío, y de ellos se exhibirán copias mandadas sacar por el Ayuntamiento, gracias a la amabilidad de dicho prócer, en la Exposición que del antiguo Madrid está organizando la Sociedad Española de Amigos del Arte.

JOAQUÍN EZQUERRA DEL BAYO.

Sociedad Española de Amigos del Arte.

ALREDEDOR DEL CERVANTÓFOBO DON VALENTÍN DE FORONDA

Don Julián Apráiz, en la primera y segunda edición de su obra *Cervantes Vascófilo* (1), dijónos quién era D. Valentín de Foronda y en qué consistió la cervantofobia de éste, con las limitaciones propias o ajenas a toda investigación.

(1) *Cervantes vascófilo, o sea vindicación de Cervantes, respecto a su supuesto antivizcainismo*. Vitoria, establecimiento tipográfico de Domingo Sar, 1881, en 4.º (21 X 13,6 centímetros), tela, 117 páginas e índice. Véase el número 124 del tomo II de la *Bibliografía crítica de las obras de Miguel de Cervantes Saavedra*, de Leopoldo Rius y Llostellas. Refiérese a la segunda edición: *Cervantes vascófilo, o sea Cervantes vindicado de su supuesto antivizcainismo*, por Julián Apráiz y Sáenz del Burgo, natural de Vitoria y vizcaíno, alavés y guipuzcoano por todos sus abolengos. Nueva edición considerablemente aumentada. Vitoria, establecimiento tipográfico de Domingo Sar, 1895, en 4.º (21 X 13,7 centímetros), tela, 284 págs. más tres de índice. En «las páginas 139 a 155, resumen de los documentos de Navarrete, Morán y Asensio, acerca de los cargos de Cervantes en Andalucía, y publicación de dos nuevos documentos». En la página 159 y siguientes y en la 249 (*) y siguientes, hace el autor un estudio de los cervantóforos y un esbozo biográfico, acompañado de la partida de bautismo de Foronda. Muy en su punto está el encomio de D. Leopoldo Rius: *Avaloran el eruditísimo libro del Sr. Apráiz una porción de noticias cervánticas y de juiciosas disertaciones acerca de los antiquilistas y anticervantistas especialmente en el vitoriano D. Valentín de Foronda* (pág. 76 del tomo II de la obra citada). Todavía publicó Apráiz una tercera edición: *Cervantes vascófilo, refutación de los errores propalados por Pellicer, Clemencín, Fernández Guerra, etc., acerca de la supuesta ojeriza de Cervantes contra la Euzcal-erria*. Vitoria, establecimiento tipográfico de Domingo Sar, 1899, en 4.º (30 X 13,4 centímetros), tela, 287 págs. Según Rius (pág. 75 del tomo citado) y la crítica cervantista quedó claramente demostrado que andaban descaminados los críticos a que en la obra se hace alusión, y, aunque no nos proponemos, en lo más mínimo, herir la susceptibilidad del Sr. Apráiz por relacionarse con que cada uno de los lectores del *Quijote* halla un rico filón de interpretaciones, según la expresión de D. Bartolomé José Gallardo, no estará de más reproducir estas palabras del insigne polígrafo D. Marcelino Menéndez y Pelayo en las páginas 402 a 412 de la *Historia de las Ideas Estéticas en España*, tomo II, volumen II, advertencia para críticos de pacotilla:

«Entre las varias y extravagantes formas que en estos últimos tiempos ha tomado el *fetiquismo cervantista*, que a muchos dispensa de leer al admirable autor a quien dicen honrar con sus comentarios, y se junta en otras muchas con un completo desconocimiento de todas las cosas de España en el siglo xvi, debe contarse por una de las más risibles la de atribuir al autor del *Quijote*, singulares idas científicas, y estudio positivo de todas ciencias y artes, liberales y mecánicas, claras y oscuras, con muchas trascendencias [por ejemplo: ser vizcainista, entusiasta del color verde. Perdón, ¡oh manes del doctor Thebnssem!], y marañas fisiológicas [Cervantes revolucionario] que a ser ciertas, convertirían el *Quijote*, de libro tan terso y tan llano como es, en la más enojosa de las enciclopedias. En vano se les dice y predica a los inventores de tales novedades que las ideas científicas de Cervantes, si es que tal nombre merece, casi nunca traspasan los límites del buen sentido, ni se elevan un punto sobre el nivel (ciertamente muy alto) de la cultura en el siglo xvi, como puede probarse por innumerables libros anteriores a él y de contemporáneos suyos, en los cuales están dichas las mismas cosas con mejor orden y método; con más trabazón científica, y de una manera más profunda y radical. En vano se les pone delante de los ojos que Cervantes es grande, por ser un gran novelista, o, lo que es lo mismo, un gran poeta, un gran artífice de obras de imaginación, y que no necesita más que esto para que su obra llene el mundo; es más: que esta gloria sufriría no leve detrimento y menoscabo si se apoyase en la trascendencia dogmática de la obra, puesto que de tal

(*) Estos documentos figuran en nuestra obra *Rodríguez Marín, documentador cervantino*. (Madrid, 11 de mayo de 1916), con los números 257 y 269 (Apráiz); 262 (Pérez Gredilla); 268 (Asensio), y 277 (Morán). Págs. 31, 32, 59, 60 y 61 de la citada obra.

Uno a uno, hízonos la presentación de los cervantófobos anteriores, transcribiendo de D. Marcelino Menéndez y Pelayo que «el mal coplero D. Juan Maruján, en un romanzón interminable destinado contra Nasarre, la emprende también contra

aparato docente había de resentirse por fuerza la concepción artística torpemente afeada por alegorías, enigmas e interpretaciones simbólicas. Ellos erre que erre en sostener que Cervantes es grande, no por artista (cualidad que sin duda les parece de poca monta), sino por teólogo, jurisperito, médico, geógrafo, y no sé cuantas cosas más. Como andan por el mundo tantos hombres, *muy doctos en sus respectivas artes y ciencias, pero completamente negados para la contemplación desinteresada de lo bello*, [nos permitimos subrayar las frases precedentes por ser aplicables a don Valentín de Foronda, de gran cultura e instrucción, pero por su meticulosidad ajeno a la emoción estética del arte puro sin recovecos filológicos y sin posibles rectificaciones literarias], y como estos hombres se ven forzados a la admiración general a leer, siquiera una vez en su vida, las obras poéticas e inmortales, y como al leerlas no sienten el placer estético, que es goce vedado a su naturaleza, quieren, si no son soberbios y tratan de cumplir con su conciencia, quieren con razones sutiles justificar de su admiración al género humano, pero que ellos no comprenderán nunca, es a saber la perfección de la obra artística.

•Es cierto que los grandes ingenios poseen el don de ver con claridad y en una intuición rápida lo que los otros hombres no alcanzarán sino por un laborioso esfuerzo intelectual. Pero esto es verdad de todos los genios, no sólo de los genios literarios, y solamente es verdad de cada cual en aquel arte o ciencia para el cual Dios le infundió extraordinaria virtualidad. Quiero decir que la intuición que el artista tiene no es la intuición de altas verdades científicas, a lo menos como tales verdades, sino sólo la intuición de la forma, que es el mundo intelectual en que él vive; y cuando alcanza la intuición de la idea, va velada y envuelta en la forma. La intuición de la verdad pura, si tal intuición fuera posible, sería propia del genio filosófico, en ninguna manera del genio artístico, cuyo dominio son las formas. Es una aprensión absurda, y que importa desarraigar, la de que la ciencia puede adquirirse por otro camino que por los procedimientos de la ciencia misma. Dante y Goethe eran a la vez poetas y hombres de ciencia [como nuestro genial Echegaray], de los mayores de su respectivo tiempo; pero no eran poetas por su ciencia, ni científicos por su poesía, sino que en ellos, por raro caso, se habían juntado dos aptitudes distintas que se ayudaban maravillosamente. Pero Cervantes era poeta, y sólo poeta, *ingenio lego*, como en su tiempo se decía. Sus nociones científicas no podían ser otras que las de la sociedad en que vivía. Y aun dentro de ésto, no podían ser las más peregrinas, las más adelantadas, las del menor número, sino las del número mayor, las *ideas oficiales*, digámoslo así, puesto que no había tenido tiempo ni afición para formarse otras.

•*Más espedioso parece convertir a Cervantes en maestro de preceptiva literaria* [también subrayamos las anteriores frases para endosárselas a D. Valentín de Foronda], porque al fin había practicado la literatura toda su vida y es cosa cierta que siempre merecen consideración las ideas de los artistas sobre su arte, mucho más que las ideas de los profanos. Pero entre los profanos y los artistas están los críticos, los cuales es conveniente que practiquen el arte y se eduquen en sus conocimientos, y casi siempre lo hacen, aunque muy rara vez posean la inspiración genial. Estos, pues, por un trabajo reflexivo y verdaderamente científico, reconstruyen la obra del artista, y formulan las leyes de su arte con mucha más claridad y precisión que el mismo que las ha ejecutado. Claro es que una producción tan noble no ha podido ser nunca irracional o reflexiva, ni es, como hoy se dice, un producto de *cerebración inconsciente*; pero la iluminación estética es tan rápida, que la mayor parte de los artistas no sabrían explicarla que todavía no han sorprendido los ojos de los mortales. Sólo el genio científico unido al genio artístico, en Goethe, llegó a vislumbrar algo.

•Pero los tiempos de Goethe no eran los de Cervantes, afortunadamente para la frescura de su inspiración. Cervantes tenía doctrinas literarias; pero oso decir que estas doctrinas sobre nada nuevas, tampoco eran adquiridas por esfuerzo propio, ni descendían de propias observaciones sobre sus libros, sino que eran las mismas, exactamente las mismas que enseñaba cualquiera Poética de entonces, la de Cascales o la del Ticiano, así como sus ideas platónicas expuestas en *La Galatea* eran las mismas, exactamente las mismas, que constituían el fondo común del misticismo y de la poesía erótica de su tiempo. Lo que salva del olvido algunos de estos preceptos de Cervantes es la viveza, la gallardía, la hermosura con que están expresados. Por algo viven en la memoria de todos.
«y no las esparcidas indicaciones de Cervantes, que sólo deben su mayor realce y perdurable vida a la prosa inmortal en que se hallan.»

Cervantes, calificando el *Quijote* de obra funesta que había destruido el espíritu caballeresco de la nación, dando armas a los extranjeros para vilipendiarnos, pues sólo en este concepto lo reimprimen y aplauden» (1), y que D. Tomás de Erauso y Zavaleta, «abundando en las mismas ideas, opinaba que el *Quijote* no sólo era deshonra y borrón de España, sino que Cervantes era una medianía, su estilo áspero, pobre y desmazelado y que su obra estaba desnuda de erudición, amenidad y enseñanza» (2). Hízonos ver Apráiz, con ligeras citas, que D. Valentín de Foronda fué «el antiquijotista más empedernido y temible, por lo mismo que se presentó más mesurado y en terreno más concreto; y el más desconocido de todos, al propio tiempo, ya porque tuvo la modestia de ocultar su nombre bajo dos iniciales [T. E.], extrañas a las suyas, ya porque es sino de los vascongados el que nadie descubra sus patrias». Apráiz, imparcialmente, colocó en un platillo de la balanza de la diosa Themis la relevante personalidad del vitoriano D. Valentín, que, «alucinado por su educación enteramente francesa y adoctrinado por las sensiblerías enciclopedistas, estudió exclusivamente el *Quijote*, sin haber tenido tiempo u ocasión de leer las admirables obras cervantinas», y en el otro platillo colocó la mayor parte, pues alguno se le pasó por alto, de los sendos palmetazos administrados por Diego Clemencín a las once cartas cervantóforas contenidas en el folleto, de 74 páginas, en cuarto, titulado *Observaciones sobre algunos puntos de la obra de Don Quixote*, impreso en Londres, en 1807 (3). Finalmente, Apráiz aventuró «una tímida observación respecto a la de que sea algo peligroso el poner el *Quijote* en manos de los jóvenes y mucho más de las jóvenes, como sostiene Foronda», sacando a colada la opinión análoga de D. Alberto Lista, en el prólogo de su *Colección de trozos selectos* (4), y de D. Fernando de Castro, en su *Quijote para todos*, como asimismo dos conferencias del propio Apráiz «acerca de lo inmoral y de lo indecente» en la novela innaccesible (5). Adujo el

(1) Menéndez y Pelayo. — *Historia de las Ideas Estéticas en España*, tomo III, vol. I, páginas 180 (*).

(2) Ramón León Máinez. — *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra* [Cádiz, tipografía «La Mercantil» de D. José R. y Rodríguez, Sacramento, 39, 1876, 4.º (20 X 12 centímetros), 399 páginas y erratas]. Pág. 127.

(3) Pasan de seis, pero en la mayoría no se cita el nombre de D. Valentín de Foronda, sino sus injustificadas aseveraciones. Además de esto, Clemencín anotó más de cien citas del encubierto cervantóforo y en alguna de ellas asestó algún remoquete de olvidadizo y descuidado al autor de *El Ingenioso Hidalgo*. En nuestra transcripción de la obra de Foronda las daremos a conocer con otras de varios anotadores más, barajadas con algunas curiosidades del propio Foronda.

(4) Reproducamos algo de lo citado por Apráiz, puesto en boca de Lista: «Entre nuestros escritores clásicos antiguos sólo hay un libro que por su variedad pudiera fijar la inquietud de la niñez, y es el *Quijote*. Todo este preámbulo servía de base para elogiar *El Quijote para todos*, abreviado y anotado por un entusiasta del autor.

(5) Discurso sobre *El enfemismo y el Quijote*, leído en la velada literario-musical consagrada por el Ateneo de Vitoria el 23 de abril de 1890, CCLXX aniversario de la muerte de Cervantes. (*Memoria de fin de año*. Vitoria, establecimiento tipográfico de Domingo Sar, 1890). *Decimación contra los intérpretes del Quijote*, fechada en Barcelona a 15 de abril de 1894, en el CCLXXVIII aniversario. (*Memoria*. Vitoria, establecimiento tipográfico de Domingo Sar, año 1895, 100 pág.)

(*) Don Marcelino Menéndez y Pelayo se ocupó también de rebatir a Clemencín en los cargos que éste formulara en las págs. XXII, XXIII, XXVII, XXXII, XXXIII y XXXIV del tomo I de sus anotaciones al *Quijote*. *Historia de las Ideas Estéticas en España*, tomo III, parte primera. pág. 303). Así como también se refiere a la «Apología de Miguel de Cervantes sobre los yerros que se le han notado en el *Quijote*», de Antonio Eximeno. (Madrid, 1805) en la misma *Historia de las Ideas Estéticas*, tomo III, parte segunda, págs. 130 y 131.

criterio de Samaniego contra *El apretón*, poema joco-serio, de D. Tomás Iriarte, y, por cuenta propia, resumió todas sus consideraciones y disculpas en esta noble admonición a Foronda: «Si no queremos incurrir en la nota de nimios o ridículos, no debemos examinar las obras del Genio con el escalpelo del anatómico, ni valiéndonos del microscopio del bacteriólogo, sino con el telescopio con que el astrónomo sondea la inmensidad del espacio, o cuando menos con la generosa contemplación con que se admira la hermosura...» (1).

Nada hay que reprocharle a D. Julián Apráiz, primer biógrafo de D. Valentín de Foronda (2), salvo que juzgare a éste no haber leído las obras cervantinas. Don Valentín, a pesar de que «debió educarse en Francia», según aquél nos dice, fué hombre de muchas lecturas nacionales y extranjeras, y si muestra predilección por las últimas, bien se trate de obras científicas, económicas, sociológicas, filosóficas o literarias, es porque creía de buena fe que superaban a las nuestras en doctrina, método, claridad, precisión y belleza (3); pero realmente se hallaba incorporado a las corrientes literarias de su época. El análisis de D. Vicente de los Ríos acerca del *Quijote* estaba en todo su auge, y asimismo disquisiciones cervánticas, tanto en *El Censor* (4), donde Foronda colaboró, como en *El Memorial*

(1) Página 172 de *Cervantes Vascófilo*, segunda ed.

(2) Apráiz lo ha biografiado también en las páginas 130 a la 134 de la *Colección de Discursos y Artículos*, tomo III. (Vitoria, establecimiento tipográfico de Domingo Sar, 1898, 195 páginas, 4.º, 21,5 X 14 centímetros). Que nosotros sepamos, únicamente biografió a Foronda el *Diccionario Enciclopédico*, de Montaner, en las páginas 1.067 y 1068 del tomo XXIV (Barcelona). El de Espasa ha dicho recientemente que Valentín de Foronda era el seudónimo de un economista alemán.

(3) En la página 3 del tomo I de las *Cartas sobre los asuntos más exquisitos de la Economía Política y sobre las leyes criminales*, dice D. Valentín de Foronda: «Desde ahora le prevengo que si encuentra algo bueno en mis cartas, no me lo atribuya. Hago ánimo de vomitar trozos enteros de mis libros, tan íntegros como vomité la ballena a Jonás a los campos de Nínive.» Y en la página 54 del mismo tomo I, corrobora su satisfacción: «emprenda su lectura sin temor, y embóquesela sin dejar una gota, pues verá en ella cosas excelentes que he copiado a la letra de la nueva Enciclopedia, en la que he encontrado reunida la quinta esencia de todos los extractos que hice, cuando leí la *Historia de los intereses del comercio de Europa*, las *Notas al hombre de Estado* y las obras de Mirabeau, Bielfeld, Nicols y de otros muchos autores políticos de la primera reputación, que tengo en mi librería».

(4) Sobre Cervantes y el análisis de D. Vicente de los Ríos se habló en el *Discurso XXXII de El Censor*, tomo II, págs. 508 a 511, sobre el análisis de los Ríos y la locura de Don Quijote en el *Discurso LXVIII* del mismo periódico, tomo IV, págs. 1 a 19, de cuyo discurso trató D. Cayetano Alberto de la Barrera en la *Crónica de los Cervantistas*, tomo I, pág. 47, citado por Rius en su *Bibliografía crítica*, tomo II, pág. 152. También trató *El Censor* de las palabras de que entonces se abusaba en el *Discurso LXXXIV*, tomo IV, págs. 111 y siguientes. Hubo quien con donaire se burló en el *Discurso LXXX*, págs. 236 y 237, de los sambenitos que colgaban a Cervantes en esta forma: «Finalmente, atento a que la *Historia del famoso Don Quijote de la Mancha*, aquella obra tan celebrada y aplaudida hasta aquí por los hombres más sabios de todas las naciones, y que ha merecido ser traducida a todos los idiomas de los pueblos cultos: aquella obra que doctos e indoctos leían hasta ahora tantas veces, y con un deleite siempre nuevo: aquella obra, en fin, de la qual decía San Euvremond (aunque *Transpirenaico*, y enemigo por consiguiente de la literatura española) quisiera más haber sido Autor, que de quantas había leído en toda su vida; atento, digo, se ha descubierto ahora últimamente haber sido escrita muy de prisa, y haber el envidioso Cervantes atendido en ella más a desahogar sus sentimientos particulares, que a la instrucción de sus Lectores: y respecto es preciso que este no esperado descubrimiento, deshaciendo la ilusión de que tantos hombres grandes se dexaron llegar, haga un vacío terrible en la gloria literaria de la Nación Española: por lo que es de esperar que, según es el zelo de que está animado por el lustre de su patria el inmortal Autor de semejante descubrimiento, quiera llenar este vacío escribiendo otra *Historia* más

Literario, en el *Espíritu de los Mejores Diarios*, que publica la *Europa*, que por más tiempo honró con su firma, y en otros periódicos (1).

Dentro de este ambiente, digamos enrarecido, poseedor de un buen mayoreazgo (2), ilustrado por dilatados viajes por casi toda la Europa, sin ocios, amante del estudio, con suelta pluma, con fina percepción, con hondas reflexiones, siguiendo paso a paso las huellas enciclopedistas, menos en lo religioso, e inspirándose en las normas del abate Batteux, profesor real de la Academia Francesa y de la de Inscripciones y Bellas Letras de Burdeos, en su célebre obra *Principes de la Littérature* (3) donde aquél refundió las *Beaux Arts réduits a un même principe* (impresa por primera vez en 1746), los *Cours de Belles-Lettres* (publicada poco después) y la *Construction Oratoire* (dada a luz en 1763), no cabe sorpren-

despacio y desapasionadamente; fué también resuelto proponer a Vm. una suscripción para la magnífica edición que de ella debe hacerse, luego que esté concluida.

(Tanto a la Hemeroteca Municipal y a D. Antonio Asenjo, que la regenta, como a la Biblioteca Nacional, a D. Gabriel Martín de los Ríos, jefe, y a D. Julio Amarillas, bibliotecario de la sección de Raros, donde aquel periódico figura con los números 16.766 al 73, debemos expresar nuestra gratitud por las facilidades que nos ha prestado en nuestras investigaciones. Aprovechamos esta coyuntura para expresar igualmente nuestro profundo reconocimiento al difunto D. Ricardo Fuente, a D. Manuel Machado, director de la Biblioteca Municipal; a D. Jerónimo Becker, PP. Agustinos de «España y América», D. Francisco Rodríguez Marín, D. José Lupiani, D. Joaquín González, jefe del Archivo Histórico Nacional; D. José del Castillo y Soriano, Sres. Quetcuti, Spotorno, Liñán y Heredia, jefe del Archivo del Ministerio de Estado; doña Victoria, D. Pedro y D. Francisco Vindel, D. José L. Darriba y Sr. Quadra y Salcedo.)

(1) Don Valentín de Foronda publicó 27 artículos en este último periódico y uno solo en el anterior. Su muy celebrada *Carta sobre los Intendentes* la dirigió al «Espíritu de los mejores diarios» desde Vergara, como todas las demás, el 5 de julio de 1789. (Signaturas de la Biblioteca Nacional, de este periódico y del anterior: piso quinto, números 595 y 3.424.)

(2) Su padre, D. Luis Antonio de Foronda, fué tesorero de la Santa Cruzada del Obispado de la Paz en el reino del Perú y caballero de la Orden de Santiago; su abuelo materno, D. Domingo González de Echavarri, secretario del Consejo de S. M. Don Valentín fué el único hijo varón, llamándose de segundo nombre Tadeo. Tuvo cinco hermanas: María Josefa Tadea, María Juliana, María Micaela, Francisca Luisa y María de la Concepción. En otro trabajo, pues el actual resulta muy extenso, daremos más antecedentes de los que hemos hallado en el Archivo Histórico Nacional y en el del Ministerio de Estado.

(3) Son cinco tomos, París, Chez Desaint & Saillant, rue S. Jean de Beauvais, 1764, en 8.º, (17 X 10 centímetros), tomo I, XXIV más 366 págs.; II, XIV más 404; III, 463; IV, 429, V, 539 páginas. El III comparte, de cierta forma, lo que dijo el barón de Bielfeld, después de Lord Byron: «casi no se dan a luz en España otros Libros buenos, sino los que critican la ridiculez de las costumbres nacionales.» Don Valentín dijo en la nota b de la pág. 69. de su traducción de las *Instituciones Políticas* de aquel escritor alemán, que él tradujo del francés: «Nuestro Autor, sin duda, habla de la Obra de *Don Quixote*, y de algunas otras que se han propuesto el mismo designio que ésta. ¡Qué sensible! ¡Qué doloroso es para un Español leer una proposición tan indecorosa y no poderla impugnar de un modo que sea sólido! Yo me lleno de rubor; pero, sin embargo, no puedo menos de confesar que es casi cierta esta aserción denigrativa, si atendemos a los pocos libros eruditos que salen en España a reserva de los Teológicos, Ascéticos y Juristas. Yo veo que se conjuran contra mí quantos lean esta proposición, que me saca la verdad a pesar de todo mi corazón; que me llenan de todos los dicterios, oprobios e inyectivas que les dictará su rabia y pundonor; y que me dicen que lea la Biblioteca de D. Nicolás Antonio, la Obra de Lampilla, y otra multitud de Libros, en que se prueba con razones nerviosas la literatura Española; pero yo les responderé, que jamás ha habido en España más Academias que en la actualidad, pues no hay un rincón en la Península, en que no se haya establecido una Sociedad Literaria, y que, sin embargo, nunca salen menos Libros que en el día; siendo una prueba de esta verdad las *Gazetas*, en las que por un milagro se anuncia un Libro que no sea, o traducido del Francés, o de los tres asuntos arriba insinuados. Díganme, pues, ahora: ¿Tiene o no razón de hablar en este tono Bielfeld? ¿Por qué no hemos de hacer una confesión ingénua de que hay mucha pobreza literaria en España, y que quando haya bastan-

derse se dispusiera a volcar sobre sus cuartillas todo lo que juzgase útil de aquellos cinco tomos y de otros que cita en su folleto cervantófobo (1).

Así es que, en contacto con el conde de Floridablanca, con D. Pedro Ceballos, con el príncipe de la Paz y con otros influyentes personajes de las tres cortes que conociera (2); habiendo pertenecido a la Real Compañía, de Caracas; a la Real Compañía, de Filipinas; al Banco de San Carlos, a la Real Renta del Tabaco, a la Caja de Amortización (3); siendo miembro, con intermitencias, de la Real Sociedad Vascongada de Amigos del País, de Vitoria; constantemente, de las Reales Sociedades de Zaragoza, Valladolid y Barcelona; académico de la de Ciencias, Bellas Artes e Inscripciones, de Burdeos; uno de los quince fundadores de la Casa de Misericordia, en Vitoria; concejal en su país, maestrante de Ronda, caballero de la Orden de Carlos III, periodista de materias económicas en Madrid, sin contar con que fué después intendente honorario del Ejército, cónsul de Venecia, cónsul general y ministro de España en los Estados Unidos de la América del Norte,

tes literatos, son nuestros sabios tan avaros de su ciencia, que no quieren hacernos partícipes de ella a sus Compatriotas? ¿Por qué nos hemos de empeñar en defender una cosa, que sólo se puede sostener, a mi corto entender, por razones especiosas? Señores, vemos claro: lo que nos importa es dexas a un lado este falso pundonor, y manifestar por las Obras a todos los sabios de la Europa, que no somos tan bozales, como lo creen, y que siempre produce el suelo de España aquellos talentos divinos del siglo xv y xvi, que por su grande sabiduría y profunda erudición fueron el objeto de admiración de toda la Europa Literaria. No solamente dice lo dicho, sino que agrega otro rasguño de cervantofobia: la nota b de la página 94, coincidiendo otros malos interpretadores de la médula espiritual cervantina. Varias razones apunta Biefeld sobre la escasez de habitantes en España, replicando Foronda que en la segunda de aquellas «tiene mucho menos razón el Autor, pues ya el espíritu de Caballería, que fué la brillante locura de los siglos anteriores, se ha disipado de modo que ya no se encuentran en nuestra patria aquellos Caballeros Andantes, de que tanto se burló el célebre Cervantes Saavedra». ¿No significa suscribir punzantemente el pensamiento acertado bajo una sola modalidad artística muy restringida del Abate Batteux? Transcribámosle: «Don Quichotte est ridicule par ses idées de chevalerie, Sancho ne l'est pas moins par ses idées de fortune. Mais il semble que l'auteur se moque de tous deux, & qu'il leur souffle des choses outrées & bizarres pour les rendre ridicules aux autres, & pour se divertir lui-même». (Tomo III, pág. 128 de *Principes*.)

(1) Don Valentín de Foronda dice en la pág. 161, lección XIX de la «segunda Edición de la Lógica de Condillac, puesta en diálogo». (Madrid, por D. Benito Cano, 1800, 201 págs, 8.º, 17,8 X 11 centímetros): «Al tiempo de ir a traducir de la Enciclopedia estas reglas sobre los silogismos, he visto que este literato [D. Vicente Martínez y García, catedrático que fué de Filosofía en la Universidad de Valencia] había ya hecho este trabajo, y que lo había hecho bien; así me he aprovechado de él, pues no quiero tener el estéril gusto de molestarme, sino el de ser útil; por lo que no me detengo jamás cuando escribo (como lo tengo repetido cien veces) en apropiarme las tareas ajenas si me convienen, supuesto que no aspiro a que me tengan por autor original, sino a cumplir con la obligación de un buen patriota y, por consiguiente a emplear menos mal el tiempo que había de pasar en una empalagosa ociosidad».

(2) Foronda nació el 14 de febrero de 1751 y aún vivía el 20 de junio de 1820. Conoció, pues, a Carlos III, Carlos IV y a Fernando VII; no decimos a José Napoleón porque se hallaba en Filadelfia D. Valentín. Por su correspondencia como cónsul de España en los Estados Unidos, y por la dedicatoria a Ceballos de uno de sus libros, *Cartas sobre la Policía*. (Madrid, imprenta de Cano, 1801, 214 págs. 8.º, 15,3 X 10,4 centímetros), sabemos la intimidad que existía entre don Pedro Ceballos y el príncipe de la Paz con Foronda, así como por sus obras anteriores, la que mediaba con el conde de Floridablanca.

(3) En el *Discurso sobre la utilidad de la Compañía de Filipinas* D. Valentín declaraba que pertenecía a la de Caracas; en una *Relación de méritos de don Valentín de Foronda* mencionábase que pertenecía a las dos últimas entidades; en un «Memorial», dirigido a D. Pedro Ceballos, secretario de Estado, manifestaba su esposa (en súplica de la libertad de su marido, por aquella época en prisión), que no cobraban nada de la Compañía de Filipinas y del Banco de San Carlos.

individuo de la Sociedad Filosófica, de Filadelfia; jefe de la censura de Prensa en La Coruña, ministro del Tribunal especial de Guerra y Marina (1); habiendo probado al Estado qué ventajas reporta a la nación el comercio, la Compañía de Filipinas y el Banco de San Carlos, y a la Academia de Ciencias y Artes, de Barcelona, los errores físicos, químicos y matemáticos de la obra del P. Feijóo, *El Cervantes de las preocupaciones vulgares* (2); a *El Censor* y a sus lectores, las excelencias del Seminario de Vergara, donde fué profesor; establecido, en la Junta general de la Real Sociedad Vascongada de Amigos del País, de Vergara, en 1779, el paralelo de la Casa de Misericordia, de Vitoria, con la Sociedad caritativa de San Sulpicio, de París, y los beneficios de la purificación de la platina; qué deslices había tenido en su obra *Instituciones Políticas* el barón de Bielfeld; cuál era el modo de construir hospitales sanos y cómodos, que mereció la aprobación de los médicos del Hospital general, de Madrid; cuál su idea sobre los seguros concernientes al Banco de San Carlos, que se aprobó; cuáles los medios para atajar las calamidades de la peste; cómo debían manejarse los intendentes (3); qué prescripciones debían observarse en la policía de ciudades y pueblos, en la administración de Fábricas y Loterías (4), estos dos informes aprobados por los ministros de Hacienda, no cabe sorprenderse que, desde Vitoria, donde a la sazón se encontrara, y mucho antes que *El Setabiense*, con su *Anti-Quijote*, publicado en 1809, con fecha 2 de julio de 1799, contando cuarenta y ocho años cumplidos, escribiera la primera de sus once epístolas malhadadas, que a este molde rígido y severo se ajustaba:

«Vm. Desea caro Amigo que su hijo aprenda a escribir con gala, y arreglado a las Leyes del buen gusto, sin cuya circunstancia no hay escrito, que merezca los aplausos de los Literatos.

»Vm. cree según los elogios, que se prodigan a la obra de *Don Quixote*, que no se puede ofrecer un dechado mejor a su hijo para completar sus intenciones; mas habiendo llegado a saber, que yo encuentro muchos defectos (5) en este portento de nuestra literatura (según Vm. la llama) me suplica le haga presente algu-

(1) Día llegará en que nos extendamos en consideraciones acerca de todo lo que fué y hemos podido averiguar del autor de *Observaciones sobre algunos puntos de la obra de Don Quijote*.

(2) Así le llama Foronda. Tanto para este estudio como para todos los demás que se citan a continuación y anteriormente, léase: «Miscelánea o colección de varios discursos en que se tratan los asuntos siguientes: 1.º, Lo honrosa que es la profesión del comercio; 2.º, Utilidad de la Compañía de Filipinas; 3.º, Necesidad de enmendar los errores físicos, químicos y matemáticos de la obra de Feijóo; 4.º, Paralelo de la Casa de Misericordia de Vitoria con la Sociedad caritativa de San Sulpicio de París; 5.º, Descripción del Seminario de Vergara y de sus exámenes trimestrales; 6.º, Cartas sobre el Banco de San Carlos, y 7.º, Ventajas para la España de la purificación de la Platina. Por el Maestrante de Ronda, de la Academia de Ciencias de Burdeos y de la Sociedad de Valladolid». Madrid, imprenta de Benito Cano, 1787, en 8.º, (16 X 10 centímetros), XVI; 40, 34, 24, 32, 20, 92, 32; 290 en conjunto; segunda edición. Madrid, imprenta de Manuel González, 1793, 4.º (20,6 X 13,8 centímetros), tres hojas de prólogo sin número, 236 págs. y un estado plegable.

Signaturas de la Biblioteca Nacional: piso 2.º, número 15.581; piso 3.º, número 3.799.

Signaturas de la Biblioteca Municipal: 2.º, 15.581; 3.º, 3.799.

(3) Ya está citado en la nota 11.

(4) Se hace constar en la *Relación de méritos de don Valentín de Foronda* (2 hojas sin año [1801]).

(5) Por estas frases deducimos que en escritos o en conversaciones particulares Foronda hubo de explayarse como cervantófono.

nas de mis observaciones con el fin de mudar de idea en caso de que las halle justas.

»Es cierto amigo mío que encuentro muchas faltas imperdonables en la obra de *Don Quixote*, y que creo, que su lectura es *mucho más perjudicial, que útil para un joven, que en vez de tener a su lado a un maestro, que le vaya haciendo notar sus defectos*, la emprende persuadido a que siendo la Enciclopedia de las perfecciones, debe copiarla al pie de la letra, si quiere escribir con corrección, elegancia, nobleza, gracia y buen gusto.

»Conozco que mi aserción es terrible; pero no por eso es menos cierta; pues reposa sobre la basa, que en esta obra contada entre las maravillas literarias hay muchas cosas *soeces, groseras, asquerosas, y por consiguiente contrarias al decoro, y al buen gusto; muchas incorrecciones de estilo; defectos gramaticales monstruosos; varias locuciones ásperas, mal torneadas, y duras; frases obscuras; redundancias fastidiosas; repeticiones empalagosas de palabras; retruécaillos, sonsonetes, y equivoquillos pueriles; conjunciones violentas, y arrastradas, y un molesto uso de pronombres, que sirven de hacer perezoso, y arrastrado el estilo* (1): de modo que los primores de que está dotada la obra se hallan confundidos entre defectos muy notables.

»Todos estos asertos son constantes; sin embargo, no tengo la insultante impudencia de pretender que me crea Vm. sobre mi palabra. No,... dulce Amigo:... no... Jamás saldrá de mi boca aquella blasfemia Filosófica:

»Quiconque osse penser n'est pas né pour me croire
Obeir en silence est votre seule gloire.

»Pero tampoco quiero me digan los ponderadores, los Panegiristas de Cervantes:

»Loin de nous les mortels assez audacieux,
Pour juger par eux même et pour voir par leur yeux.

»Lo que se trata es de demostrar las proposiciones, que aventuro, evitando todo género de sofismas, y quanto pueda dañar a la hermosa Verdad. Vm. es despreocupado: Vm. me consulta (2); así espero que antes de condenarme tendrá a bien oír mi defensa sin descargar el golpe de su desaprobación; por tanto me atrevo a decirle *escucha, y después sacúdeme* y no, *sacúdeme, pero escucha* como Temístocles dixo a un General Lacedemonio, que en pleno Senado levantó la mano para darle un bofetón pocos días después de la batalla de Salamina.

»En este supuesto, me prometo de los sugetos, que lean nuestra correspondencia, y a quienes se dirigen (3) también todas mis reflexiones, que no se olvidarán de que la cuestión, que se controvierte, no es *si Cervantes es acreedor a la estimación pública, y a las letras*, de lo que no dudo (4), sino, *si en su obra se encuentran muchas faltas que pueden perjudicar a la instrucción de un joven a*

(1) Muchos reparos, más de ciento, la mayor parte insulsos, han sido rebatidos por Clemencin y el actual Director de la Biblioteca Nacional.

(2) La consulta nos pone sobre aviso del espíritu de rebeldía contra Cervantes en el círculo de amistades de D. Valentín de Foronda.

(3) Nos remitimos a la nota anterior.

(4) Esta salvedad, en forma de inciso, solamente aparece dos o tres veces en el contexto de las cartas cervantóforas.

quien ponen en las manos semejante libro como el non plus ultra del buen gusto, y de la perfección del estilo; por consiguiente todo lo que sea salirse de aquí, es querer evadirse de la dificultad; y quejarse de que ofendo la memoria de Cervantes es un Coco, que sólo puede amedrentar a los niños, y preocupados. Este sabio ya no existe; conque no se le puede ofender; pues como Vm. sabe, ofender, quiere decir, disminuir algún tanto la felicidad de otro, afligirle, privarle de alguna cosa, hacerle experimentar un sentimiento doloroso; y Vm. ve que mis expresiones no pueden rebaxar un átomo la tranquilidad de un muerto (1); que no pueden alterar su felicidad, que no pueden influir en su desgracia.

»Es preciso que los lectores no incidan en el sofisma, Elenco (2); es necesario que no separen de la cuestión. Si uno se propusiera probar que cierta Dama es tuerta, ¿sería buena lógica responderle para embrollar la cuestión, *que es amable, que tiene buenos ojos, lindas manos?*... así yo les suplico que se ciñan estrictamente a la aserción sentada, y a sus pruebas; y que en caso de que sean erradas, las rectifiquen, sin responderme con las gracias, con las excelencias de la obra de *Don Quixote*, de que no se trata, y a que yo no me opongo.

»Es cosa terrible, que en punto a *literatura* no hemos de llegar a aquellos felices tiempos de Trajano de pensar libremente, y de decir con libertad lo que se piensa, y que yo diría pensar *como la razón lo dicta, y de hablar como la verdad lo exige*.

»Yo bien sé que el consentimiento general está en favor *del todo* de la obra de *Don Quixote*; pero también sé que el consentimiento general de los hombres sobre una cosa no es una prueba de su verdad; particularmente si no la han analizado, si la creen baxo de la palabra de otro, si se han dexado arrastrar del torrente, y no se han detenido a examinarla con ojos reflexivos. Fuera de que si la verdad se buscasse calculando el número de individuos, que cuenta una opinión, la Ley Mahometana, cuyos groseros errores tiene adoptados una gran parte del Africa, y Asia sería la que debíamos abrazar. A Vm. no se le oculta que la autoridad como no sea en las cosas sagradas no aumenta un átomo en la balanza de la razón. No se olvide Vm. de que dice Cano. Cum vero in reliquis Disciplinis omnibus, primum locum ratio teneat postremum auctoritas: at theologia tamen una est in que non tan rationis indisputando quam auctoritatis momenta querenda sut. (Lib. I de Locis, cap. 2.) (3). Conviene tener presente que quando se trata de averiguar una cosa, no se trata de averiguar lo que se ha pensado sobre ella, sino de inquirir las razones que hay en pro, o en contra.

(1) No estamos conformes: hasta por consideración personal se prodigan alabanzas a los muertos que en vida tuvieron defectos u otras particularidades. Claro está que entre escritores, alguna vez que otra se lleva a la acción lo de «a moro muerto, gran lanzada»; pero aun no experimentando el muerto ni frío ni calor, los vivos censuran ácremente tan torpe acción. Más vituperable ha de ser encararse injustamente con quien por méritos propios pasó a la posteridad con su nombre resplandeciente de luz.

(2) Después de la titular del folleto cervantóforo y de las iniciales T. E. del autor, éste inserta como lema, digámoslo así, el siguiente párrafo: «Llaman los Lógicos Elenco, a aquel Sofisma, que consiste en querer probar contra su adversario otra cosa diferente de la que se trata, o que no se le niega, o todo lo que es ageno a la cuestión, que se contravierte. Lectores!... no hay que olvidar esta advertencia». En la página 183 de la «segunda Edición de la Lógica de Condillac, puesta en diálogo, se reproduce íntegro el párrafo copiado, a excepción de la coletilla final. Es de suponer que también apareciera en la edición primera, de 1794, cinco años antes de las cartas cervantóforas.

(3) Esta cita la reprodujo Foronda de la página 193 de la obra citada en la nota anterior.

»Convendrá recordarse, quando se lean las cartas siguientes lo que nos dicen los Lógicos que nuestras pasiones nos inducen al error, porque fijando nuestra atención sobre el único lado del objeto, que nos ofrecen no nos permiten considerarle baxo de todos sus aspectos.

»No hay que olvidarse de que nos gritan los Filósofos que nos engañamos en nuestros juicios, porque queremos juzgar del objeto entero no examinándole sino por un lado: y que nos engañamos quando nos erigimos en jueces de una materia, careciendo nuestra memoria, y entendimiento de todos los datos de comparación, de que pende la exactitud de nuestras decisiones. Es menester tener presente que no es quantioso el número de los que han estudiado nuestra gramática con cuidado; de los que han hecho reflexiones, sobre la melodía, gracia, armonía, claridad, elegancia, energía de las locuciones: de los que se han detenido a analizar, a examinar, a comparar los varios estilos; de los que conocen las leyes del buen gusto; pero que son muchísimos los que no desconfiándose de su ignorancia creen neciamente ver en un objeto, todo lo que encierra (1); así se figuran, que no hay que ver en la obra de *Don Quixote*, sino lo que ven sus ojos acataratados (2).

»Seamos pues de buena fe Amigo mío, presentémonos delante del Sagrado Tribunal de la Razón: examinemos este asunto a la luz de la sana crítica; pénsese mis observaciones, examínense mis razonamientos; no tiremos a oscurecer la Verdad; pues no se trata de querer salir uno con la suya, de alimentar una fatua vanidad: de querer ostentar el futil talento de defender una mala causa. Me parece que la question literaria, que despierto es digna de un severo examen: Si Amigo; neutralicemos pues los vapores letárgicos de un falso puntillo de honor, en que un orgullo fatuo nos tiene sumergidos, y véamos, si esta obra contiene los defectos que supongo, y que me propongo demostrar en las cartas siguientes. Tal vez será una ilusión; acaso me equivocaré: El tiempo lo dirá; pero sea lo que fuere espero no reñiremos. Vm. es indulgente: Vm. sabe que amo mucho la verdad, que detesto el error, y que tendré una particular complacencia en que se me hagan ver mis equivocaciones: finalmente acuérdesese Vm. de que doy mi parecer como dice Montagne *no como bueno si no como mío.*»

«Dixi... Vale,

T. [adeo] E. [chavarri]» (3).

(1) Con ligeras variantes fijó Foronda lo mismo en la página 30 de la obra que venimos citando.

(2) También con mayores variantes apela Foronda al mismo simil. Así dice: «y a la verdad, lo que nos conviene es desterrar del mundo esta causa universal de la ignorancia y del error, lo que se lograría si examinase cada uno de buena fe sus preocupaciones, sin meterse en las de los demás; pues el que no cumplan mis conciudadanos con esta obligación, no muda mis errores, en verdades, ni porque los otros estén contentos con sus cataratas, dexaré de batir las mías por seguir su exemplo». (Pág. 197 de la obra citada). En el prólogo de la «Miscelánea o colección de varios discursos», después de manifestar que no huye del trabajo, que mira con horror a la inacción, que no quieren «aumentar la suma de los hombres que no hacen sino gravitar sobre el globo», que los discursos contenidos en esta obra «no tienen el mérito de ser originales ni filósofos», que con su aplicación no quiere captarse la tolerancia de sus lectores. agrega que desea que le critiquen y le analicen sus asuntos, «aunque vengan los desengaños envueltos en desverguenzas y personalidades», pues anhela de todo corazón quitarse las cataratas, operación dolorosa que sufriría «contento por lograr ver la luz».

En la Carta III, pág. 32 de *Observaciones...* torna a hablar de los ojos acataratados.

(3) Páginas 1 a 4 de *Observaciones sobre algunos puntos de la obra de Don Quijote*. Londres [Filadelfia], 1807, 74 págs., 4.º (21 × 13,2 centímetros).

Dentro de la medida característica en D. Valentín de Foronda, siempre halla medio de asestar fieros mandobles al inmortal Cervantes, asendereado en vida y en muerte. No es nuestro propósito copiar y transcribir dichos pasajes; pero no podemos por menos de reproducir uno de éstos: «todo lo respetamos sin examen alguno desde el punto que se nos dice que la persona que habla es un sabio, sucediéndonos lo que a los Tártaros con el Gran Lama a quien veneran de tal modo, que creen un gran honor llevar pendiente del cuello en una caxita como reliquia los excrementos (1) de aquel gran impostor. Del mismo modo muchos Españoles, habiendo oído *celebrar con razón* a Cervantes, les impone tal respeto su autoridad, que sacan la errada consecuencia, que todo lo de este escritor es excelente; así no se desdeñan de adornarse como los Tártaros con las más viles inmundicias de dicho Autor» (2).

Don Valentín de Foronda resulta en todo, a veces con sus propios conceptos y con sus mismas frases vueltas del revés, *un cazador, cazado*. Traduce la obra del *Belisario* y, siendo religioso, la Inquisición se la censura (3); enmienda los errores del P. Feijóo y no llega a publicar la obra; hace la propaganda de la Real Compañía de Filipinas, y del Banco de San Carlos y viene la guerra de nuestra independencia a malograr todos sus ensueños; vierte del francés *Instituciones Políticas* y pone paño al púlpito en pro de nuestra armonía con Francia, desunión de Inglaterra, en cuyo suelo ve brillar otras bayonetas europeas, y anexión de Portugal (4), sin que nada nos anexionemos, sin que los galos nos favorezcan en nada y recurriendo en todo a las bayonetas de la Gran Bretaña...

¿Quién se acuerda ya de los informes remitidos a los ministros de Hacienda? ¿Quién para mientes en que todos los entendimientos son iguales? (5). ¿Quién ha de solazar sus ocios con un folleto cervantófobo, que es rarísimo, en el que al primer papirotazo se lee: «Yo estoy muy lejos de conocer el idioma Castellano como Cervantes? (6).

A la segunda morisqueta surge en los trazos de la pluma forondesca Balteaux, diciendo: «La segunda calidad esencial tanto del pensamiento, como de la expresión es la verdad: quiero decir, que las cosas se representen como son. Yo me represento el sol como un cuerpo luminoso; en este caso mi pensamiento será verdadero; pero no lo será si me lo represento como un cuerpo oscuro; y la expresión será verdadera, quando trasmite a otros los pensamientos que tene-

(1) En cambio, el Sr Foronda *echa pestes* al analizar la escena que motivara a Don Quijote a decirle gangosamente a Sancho: En que ahora más que *nunca hueles*, y no *a ambar*. Decía que no se podían leer «semejantes Diálogos sin escupir de asco». (Carta II, pág. 7 de *Observaciones*...) ¿Es que lo equivalente al miedo del despavorido Sancho Panza, encerrado en una cajita, aunque sea de sándalo e incrustada en piedras preciosas es menos escatológico y más humorista?

(2) Carta IX, pág. 63 de *Observaciones*...

(3) Así lo manifiesta en el párrafo de su *Miscelánea*.

(4) Notas de las págs. 123, 147, 149 y 156 de las *Instituciones Políticas* del barón de Bieinfeld, cuya traducción hizo. Remachó el clavo respecto a la gran Bretaña con la *Carta sobre algunas Ideas Equivocadas que tienen muchas personas en favor de la Inglaterra*. Vitoria. Baltasar Manteli, 1801, 16 págs. en 8.º

(5) Véase *Memorial Literario o Biblioteca Periódica de Ciencias y Artes*, año I, tomo I, págs. 58 y 59 (Madrid, 1801).

(6) Carta III, pág. 23 de *Observaciones*...

mos como los tenemos, y no lo será si no los trasmite, o si los trasmite de otro modo del que los tenemos.» (1).

Y a la tercera mamola Condillac, que es quien más rumbo derrocha en el folleto cervantóforo, dicta al bueno de D. Valentín de Foronda esta larga parrafada, repetición de la enésima repetición:

«Quantas veces al leer mi crítica; al palpar los defectos de la obra de Cervantes se habrá quejado Vm. de nuestra pésima educación, de nuestra pereza de no aprender una buena lógica; de los malos hábitos contraídos en nuestra juventud sobre ver las cosas en globo, en vez de examinarlas parte por parte, y por todos sus aspectos ¡quantas veces se habrá Vm. quejado de aquella perniciosa tendencia (efecto de la pereza) a pasar por todo lo que nos digan otros, sin tomarse uno la molestia de pesar las cosas en la balanza de la razón! Sí Amigo... Sí... un hombre meditabundo como Vm. no puede menos de haber hecho semejantes reflexiones, y concluído que estas son las causas de que tantas gentes no fixen la atención sobre los defectos de la obra de *Don Quixote*, y por lo concerniente a los literatos, desde luego conocerá Vm. que quando hablan de este romance es porque sólo le han mirado por su parte hermosa; pues a las obras literarias les sucede lo que a una estatua aislada expuesta a la vista de los Artistas: cada uno la mira por cierto aspecto; pero ninguno por todos: he llegado yo en la clase de aprendiz de literatura; felizmente la he observado por otro punto de vista, que los demás, y ha querido la casualidad, que haya descubierto defectos que tal vez no han visto otros; o que quando los hayan notado, no los han querido publicar, ya por hallarse ocupados en otros objetos más útiles; ya por no haber juzgado conveniente perder su tiempo en esta clase de trabajo; o ya porque no se han atrevido a intentar desfacer este tuerto literario, previendo que iban a concitarse toda la ojeriza de los ignorantes y de los semiliteratos; pero a mí no me arrendran estos Fantasma racion-cidas; tengo bastante coraje para aguantar que me traten de Bachiller, Mentecato, Fanfarrón, y me atrevo a plantar el Estandarte de la crítica sobre varios puntos de la obra *Don Quixote*, como Buona-parte plantó el de Francia en el Puente de Arcol, y esperar la metralla de insultos, vaciedades, ineptias, absurdos y personalidades, que dispararán contra mí la indigestión de las preocupaciones literarias» (2).

Ahora bien: D. Valentín de Foronda, con todas sus equivocaciones, merece un puesto de honor, aun tomando de los demás cuantas ideas juzgaba de interés para su patria, y hemos de reconocer que, fracasado o no, su lema era la sinceridad, su escudo el trabajo y su acometividad el altruismo.

Es digno de pasar a la posteridad todo el conjunto de sus nobles afanes, odiseas y epopeyas, especialmente aquel prospecto que con profusión se repartió en 1801 por las calles de Madrid y se dirigió a todos los hogares pudientes, diciendo así:

«A los Españoles amigos de los hombres:

»Si los diarios de Artes, de Literatura, de Ciencias son admitidos con gusto por los Españoles que piensan; con quanto placer no abrazarán mis sensibles

(1) Carta VI, pág. 39 de *Observaciones...* Balteux habla de esto en el capítulo IV del tomo V de su obra *Principes de la Littérature*, pág. 44 a la 64. También trata en el capítulo III del tomo I, pág. 28 a la 35, que el *Genio nunca debe imitar a la Naturaleza más que como es en sí*.

(2) Carta VIII, págs. 53 y 54 de *Observaciones...*

compatriotas el Diario o por mejor decir Telégrafo de Humanidad, de Beneficencia que tengo la honra de ofrecerles; pues transmitirá con la velocidad de esta preciosa máquina a los Angulos más alejados de la península todo lo que puede conducir al alivio de los pobres. ¡Con quanta satisfacción no verán comenzar el siglo por una obra propia a dar a la ilustrada Europa una idea brillante a nuestra honrada, pundonorosa y fiel Nación.

»Yo sé muy bien que hay hombres que tienen entrañas de bronce, que jamás les han arrancado un suspiro los prolongados y sordos gemidos de un corazón comprimido, que miran con ojos enjutos, las aflicciones, las desgracias de sus semejantes; que nunca han experimentado sus pechos aquellas dulces ondulaciones que producen el ejercicio de socorrer las miserias humanas; que sólo se regocijan de lo que aumenta su ambición, su codicia, sus placeres; en una palabra, que los hombres sólo merecen sus miradas en quanto pueden contribuir a sus delicias, y que nunca han hecho consistir su felicidad en la prosperidad ajena. Pero también sé que hay un gran número de mis compatriotas sensibles a los males del género humano. Sí... los hay, los conozco, los respeto y abrazo cariñosamente. A vosotros, pues, que estais dotados de almas generosas para hacer el bien dirijo este Diario; a vosotros que gozais de aquellas deliciosas palpitaciones que experimentan los caracteres amables quando ver minorar los males de sus semejantes, que os agitaís, que sufrís, que padecéis angustias, que derramáis dulces lágrimas quando no podeis socorrer las aflicciones de los hombres; que jamás podeis fixar vuestros ojos, vuestra memoria en el infortunio sin padecer las convulsiones más atroces, que os alimentáis de la ternura, de la piedad, de la misericordia, de estas virtudes consoladoras que son el bálsamo de nuestras desgracias; a vosotros finalmente que marcaís todas vuestras palabras, todas vuestras acciones con el sello divino de la beneficencia.

»Sí, sí, a vosotros dirijo este Diario, y no dudo que sólo su nombre será una especie de chispa eléctrica que conmoverá a un mismo tiempo dulcemente todos nuestros corazones, y que os apresurareis a subscribir a él para difundirlo por toda la península y ponerlo en las manos de aquellos corazones empedernidos por no haber experimentado la desgracia, o no tenerla a causa de sus riquezas.

»Quizas a fuerza de oír hablar de socorros para los infelices se suavizaran y llegarán a conocer, que menospreciar la miseria, la pobreza, la debilidad, no interesarse en los males de los hombres es hacer un ultrage a la especie humana. Quizas esta lectura les hará reflexionar sobre las obligaciones mutuas de los que vivimos en sociedad y aprenderán que el rango, el nacimiento, las dignidades, las riquezas, lexos de ser títulos para menospreciar a los que no disfrutan de estos beneficios, les imponen la obligación de ser humanos, de socorrer, y de proteger a sus semejantes.

»Este Diario se reducirá a minorar los males de los Españoles que sean desgraciados, suavizar sus penas, socorrer a los indigentes, destruir la mendicidad, mejorar las prisiones, perfeccionar los Hospitales, encadenar muchas enfermedades y extinguir otras, promover las casas de misericordia, y todos los albergues piadosos, ofrecer a los infelices Artesanos, medios baratos de mantenerse, proporcionarles comodidades y ocupaciones lucrosas, aniquilar los Gérmenes de los crímenes ahogando el espíritu de holgazanería, e inspirar el amor al trabajo; en una palabra, mejorar la suerte de mis compatriotas.

»Tendré la particular complacencia de que sirva de cimiento de mi diario

pieza Maestra de sensibilidad de la asociación de caridad de Madrid que corre a cargo de varias Damas llenas de virtudes.

»Para que su lectura sea más gustosa, más variada, más amena ingeriré algunos discursos, algunas reflexiones, sobre aquella parte de la Moral que toca más directamente a hacernos dulces, suaves, indulgentes, compasivos. Igualmente me determinaré a hacer algunas advertencias, algunas reflexiones sobre los mismos reglamentos, cartas y disertaciones que traduzca o transcriba. En una palabra, haré quanto esté de mi parte para satisfacer los deseos humanos, benéficos, caritativos de SS. MM. de los Señores Arzobispos, Obispos y demás clerecía que tanto se distingue por su piedad, y de los Militares, Hacendados, Comerciantes y Artistas sensibles a la suma de calamidades que comprimen al hombre, quien mejorará su suerte si se difunde en nuestra Península el gusto de esta dulce e interesante lectura.

»El precio será de 20 pesetas anuales y de 10 por seis meses franco de porte.

»Se publicarán seis pliegos mensuales de quince en quince días» (1).

Bastante castigo ha sufrido D. Valentín de Foronda con que Clemencín le vapuleara de firme, como hace observar Ríos (2), y bastante tristeza experimentó en vida cuando estuvo preso en La Coruña por su acendrado constitucionalismo (3). Es muy legítimo que otro vascongado (4), analizando las obras (5) de aquel vitoriano ilustre ensalce su memoria. Bien lo merece quien, anticipándose al marqués de Pontejos y a Piqueras, debe ser considerado en la Corte española como una verdadera personalidad madrileña.

AURELIO BAIG BAÑOS.

(1) Expediente de D. Valentín de Foronda.—Archivo del Ministerio de Estado. El 1 de febrero de 1801 se le comunica de Palacio que es muy laudable el proyecto de la fundación de aquel periódico. El 21 del mismo mes y año, en un Memorial pide Foronda al ministro del ramo que al periódico por nacer se le rebajen los portes en atención a su fin benéfico.

(2) *Bibliografía crítica de las obras de Miguel de Cervantes Saavedra*, tomo II, pág. 155.

(3) Aparte de los artículos y folletos varios que dió a la estampa Foronda en Cádiz, Lisboa y Coruña, sin contar sus «Cartas sobre la obra de Rousseau, titulada *Contrato Social*, en las que se vacía todo lo interesante de ella, y se suprime lo que puede herir la Religión Católica Apostólica Romana». (Coruña, oficina de Antonio Rodríguez, 1814, 8.º, 228 págs.) en un folleto titulado *Cuatro Verdades Útiles a la Nación, Extractadas de algunos escritos españoles*, citase su obrita *Apuntes ligeros sobre la nueva Constitución*. (Filadelfia, 1809, 8.º, 15 páginas).

(4) El señor Quadra y Salcedo.

(5) *Miscelánea o colección de varios discursos y Cartas sobre los asuntos más exquisitos de la economía política*.

DATOS PARA LA HISTORIA ECONÓMICA Y SOCIAL DE ESPAÑA

ABASTOS Y TASAS (1800 A 1820)

Si al estudiar cuestiones históricas es factor utilísimo para la conceptualización de la vida de un pueblo, cuanto se refiere a datos económicos, tratándose de la Historia de España es factor imprescindible.

Acuciada por problemas de subsistencias, por asuntos de índole económico, es en muchos casos la eclosión férvida de la actuación nacional. Ello es más palpable en nuestra historia contemporánea. Todo el siglo XIX no es más que una acción y reacción frente a doctrinas y hechos económicos. Desarticulados muchas veces, sin conexión ni enlace; la vida política y social de este período es la plasmación concreta de vicisitudes económicas.

De las medidas financieras dadas por Carlos IV, en 1789, a la actuación económica de las Cortes de Cádiz y de las del año 1823, y hasta la legislación social y la vida de todo el siglo, se advierte un solo y único fenómeno de desorganización económica, salvada en ocasiones por la actuación de políticos y legisladores; impuesta otras veces por convulsiones populares, por imperativos categóricos, imposibles de tergiversar por su fuerza dominadora.

Las puras y desinteresadas doctrinas económicas traspasan pocas veces los límites de la discusión teórica, pues más que la aplicación y adaptación de sus aseveraciones a la realidad viva y circundante preocupó a las gentes el problema de su acoplamiento a los principios confesionales, a los prejuicios sociales, considerados entonces como eternos e inmovibles.

Esta ruina económica y espiritual, palpable fué en todo lo referente a subsistencias, por falta de una técnica y científica política de abastos, que ausente estuvo durante mucho tiempo de la gestión de políticos y gobernantes.

Hecho muy intensamente agravado con la dificultad de comunicaciones que estancaban forzosamente los productos o los hacían llegar tarde y en malas condiciones a los lugares de consumición.

Muy posible es que uno y otro hecho económico-histórico tengan por raíz íntima y única la carencia de preparación científica, precisamente en aquellos momentos en que la ciencia operaba enormes transformaciones económicas en toda Europa, aplicando sus derivaciones infinitas a todos los elementos y recursos de la actividad humana.

La gran industria, con todo su colosal poder, que pujante se inició en Europa en el siglo XIX, llevando al campo económico la «concurrencia» y la «sobreproducción» tardó mucho en llegar a España, siendo muy palpable esta

diferenciación al comenzar el siglo XIX, pues aunque al finalizar este período aún no pueda decirse que España tenga posición directriz en asuntos de producción industrial, se ha salvado ya la enorme depresión científica y económica con que inicia su vida en España el siglo XIX.

El rasgo característico—según Molinari—de la economía en las antiguas sociedades «es la limitación y el aislamiento de los mercados», y por razones de técnica, de actualidad guerrera—que hace difíciles e intermitentes las comunicaciones—y hasta de raza y geográficas, en España se hizo difícil, aislada y dura la relación económica referente a abastos y producción.

El suelo español, rico en variedad de producciones, es difícil para la comunicación, y del mismo modo que una cierta nota tónica de indolencia en la raza, repercutió intensamente en la esfera económica. Uno y otro hecho restringieron la esfera de los cambios, dificultando el equilibrio entre la producción y la consumición.

Claro está que las consecuencias negativas de estas imposiciones étnicas y geográficas se hubieran vencido, por lo menos parcialmente, con una actuación legislativa consciente y seria; pero los gobernantes españoles—ni políticos ni economistas—agravaron el mal con el desacierto de sus disposiciones.

Casi toda la gestión legislativa y económica en materia de subsistencias se refiere a las *tasas*, sin que se viera llegar, como diría Cervantes, «la abundancia de mantenimientos».

Sistema económico que se agrava con el de impuestos que, a juicio de Mounier «no conservaba ninguna relación lógica» y era materia hartamente confusa y delicada.

En las tasas estribaba la eficacia de las leyes de abastos, pues muy pocos economistas fiaban a la libre contratación la justicia natural de los precios.

El siglo XVIII trabajó teóricamente por la libertad de tráfico, y Fernández Navarrete y Martínez de la Mata fueron detractores apasionados de las tasas, pero el establecimiento del libre tráfico interior de granos se hizo en España, como hace constar Colmeiro, merced a la labor de Campomanes y Florida-Blanca, que, como fiscales del Consejo, contribuyeron con su voto a la extinción de la tasa.

Poco tiempo después se pidió su completa abolición por razones de libertad y justicia, y Jovellanos, con tendencia individualista, en su «informe en el expediente de ley agraria», condenó duramente las Ordenanzas municipales, que eran el último refugio de las tasas. «Los manantiales de la abundancia no están en las plazas sino en los campos: sólo puede abrirlos la libertad y dirigirlos a los puntos donde los llama el interés.» «Es en vano esperar la baratura de los precios de otro principio que de la abundancia, y es en vano esperar la abundancia sino de la libre contratación de los frutos.» «Sólo la esperanza del interés puede excitar al cultivador a multiplicarlos y traerlos al mercado.»

Todas estas ideas de Jovellanos son natural expresión de su economía individualista que arrastró tras sí toda la obra legislativa del primer período del siglo XIX, y que imperó victoriosa, aunque controvertida, en las Cortes de Cádiz.

«La experiencia acredita—dice Colmeiro—que nunca las ciudades, las villas y los lugares se vieron mejor surtidos y provistos de mantenimientos que cuando tuvo menos intervención la autoridad en los abastos.»

El sistema intervencionista, que tan decididamente defendió Colbert, y del que eran las tasas una minúscula representación, atravesaba entonces una verdadera crisis conceptual, considerándosele, como concretó Molinari, «un obstáculo que el espíritu de monopolio opone al acrecentamiento del poder productivo del hombre.»

Fijadas ya las características generales del período, con su máxima amplitud, toda vez que la concepción abarca todo el siglo, sigamos ahora paso a paso cuanto se refiere al lapso de tiempo que nos ocupa: 1800 a 1820.

Los datos corresponden en su mayor parte al Archivo Histórico Nacional. Sección 8. Consejos suprimidos. Consejo de Castilla. Matrícula de expedientes correspondientes a usos de Madrid y abastos y Archivo de la Sociedad Económica Matritense y en parte mínima a datos de Prensa, muy principalmente al *Diario Mercantil* que lleva, durante todo este tiempo, el precio al día de los diferentes artículos de contratación y de consumo.

El período debe considerarse abierto para el estudio con la aplicación de una Real cédula publicada por Carlos IV en 1790 y que da las reglas convenientes para evitar todo abuso y monopolio en el comercio de granos.

Realmente durante este tiempo fueron el trigo en particular y los granos en general las cuestiones verdaderamente batallonas, no sólo por su importancia y supremacía indiscutible entre todas las materias de subsistencias, sino por la unión y autoridad de las agrupaciones de panaderos y por la actuación del Pósito.

La carne, el pescado y el carbón comparten con el trigo el máximo interés y con todos se entremezclan, ya que a todos afectan los problemas del transporte y acarreo.

Por desarmonía e imprecisión de los datos pueden darse pocas veces visiones de conjunto.

El siglo XIX se inicia con una fuerte escasez de cereales que obliga a Su Majestad a perdonar el Pósito varias porciones de trigo suministradas de las Encomiendas que goza el señor infante Don Pedro, pues según recibo de 15 de marzo de 1798, la cantidad de trigo es de 88.575 fanegas y seis celemines en Paneras del Pósito, 533.866 fanegas y siete celemines a la Encomienda y 218.708 fanegas y ocho celemines al gran Priorato de San Juan (1).

Este remedio ocasional y transitorio no resuelve la crisis que se agudiza en 1801, y enterado el Consejo por el pliego diario de la Sala de Alcaldes —22 de junio de 1801—promueve un expediente del que dimanó la comisión dada al alcalde D. Ignacio Martínez de Villela «para intervenir la entrada y salida de granos en el Pósito», el acuerdo de una contrata con la compañía de

(1) Legajo 9. Año 1800. Corte. Sisas de Madrid. Consejo de Castilla. Sección 8. Consejos suprimidos. Archivo Histórico Nacional.

panaderos obligándoles a surtir de pan a Madrid y el nombramiento de juez conservador de esta compañía a favor del señor fiscal D. Gabriel de Achútegui.

El expediente es voluminoso y en él se concretan, con certera mira, algunas de las causas de escasez de pan: «la lenta conducción de trigos comprados en Castilla y la Mancha» y la «mala administración del Pósito», pero las resoluciones de la nueva compañía de panaderos y del fiscal Achútegui no responden a esta fijación de causas que en vez de ser evitadas cayeron en olvido y se buscaron remedios en la consabida prodigalidad del Estado y en la carestía del consumo, remedios antieconómicos y de contumacia en el error.

En 12 de noviembre de 1801 se «declara exclusiva la compañía de panaderos para la fabricación del pan», con lo que se facilita el monopolio, con sus secuelas obligadas de fraude y carestía, y se le concede «un auxilio del Gobierno de cuatro millones de reales», parte en moneda metálica y parte en trigo, que «se considera capaz de asegurar en una escasez dimanada de temporales o de otra inesperada concurrencia el surtido necesario del público». A propuesta del Sr. Achútegui se acuerda el alza de dos cuartos en cada clase de pan, «vendiéndose el español a 16 cuartos y el candeal o de flor a 18 y dándose a los panaderos el trigo en el pósito a 77 reales cada fanega».

Estas medidas no resolvieron el problema que, pausada y progresivamente, seguía agravándose, y en 6 de abril de 1802 dió origen a una conmoción popular en «la plazuela del Rastro, de cuyas resultas fueron incendiados y reducidos a cenizas varios cajones de los destinados en la plazuela para la venta del pan» (1).

Todo ello promovió la publicación de una orden circular, dada en 11 de noviembre de 1802, «para cortar los abusos y monopolios en el comercio de granos». Orden que aumentó el caudal legislativo, pero no remedió el mal, pues poco después, en 20 y 21 de agosto de 1803, habiéndose notado falta de pan en los puestos públicos, se acuerda—23 de agosto—el alza de precio: «18 cuartos el español y 20 el candeal».

No sólo la Corte tiene entonces escaso surtimiento, pues en el Archivo Histórico Nacional (2) figura un expediente relatando conmociones populares habidas en Guadalajara por la escasez de pan, donde «un dependiente de las fábricas que, de propia autoridad, prendió a un vecino de Marchamalo una carga de pan y otros desórdenes que a pretexto del fuero cometen los individuos de dichas fábricas».

Como se ve, el problema continúa empeorando la situación general del pueblo y, muy principalmente, la de la clase menesterosa, lo que da origen —con el consiguiente acuciamiento de las revueltas populares—, a dos nuevas cuestiones: una, presentada por D. Manuel Samaniego y el diputado del Común de esta Villa, marqués de Portago, que «piden se les dé intervención en

(1) Legajo 9. Año 1802. Corte. Sisas de Madrid. Consejo de Castilla. Consejos suprimidos. Sección 8. Archivo Histórico Nacional.

(2) Legajo 2.257.

lo concerniente al abasto de pan o en defecto sepa el público que ellos y su corporación no tienen sobre sí en esta parte» (1), y el Sr. Achútegui, en su obligado informe, pide: «se cierre el comercio de granos con Andalucía y que la conducción de ellos sea por carga concejil de pueblo en pueblo... que a los conductores de granos se les facilite alojamiento gratuito, y si quieren echar a prado las caballerías se les facilite lo mismo... y que sería conveniente se hiciera para lo común del pueblo un pan mezclado de cebada y centeno que sería equitativo y saludable».

Para vencer la repugnancia o el asombro de sus contemporáneos, más o menos higienistas o economistas, el Sr. Archútegui encomia su proposición con propias experiencias y una erudición un tanto pintoresca, pues añade «yo le comí en Cataluña, cuando la guerra con Francia, y me supo bien... El pan mezclado, como lo sepan hacer, es muy bueno; los antiguos germanos lo comían de avena y centeno, y en nuestras Américas lo más del pueblo comen de Cazabé, que parece serrín de carpintero, y los más azendados maíz».

Como los remedios propuestos no dan el resultado rápido que el problema exige, se presentan con frecuencia expedientes pidiendo que se evite la excesiva extracción de pan que se hace en Madrid. (Véanse apéndices I y II).

El año 1803 es frecuente en quejas por la escasez de granos, no sólo en Madrid, sino en provincias, lo que aumenta las proposiciones de medidas para evitar esta carestía, pidiendo unas veces «que los labradores no puedan vender sus granos sino para el pueblo a fin de hacer el panadeo»—Alcaldes de Vicálvaro—solicitando la tasa del trigo—Villamanán—o la entrega de los trigos de diezmos.

La desorientación de las disposiciones y las malas cosechas hicieron culminar el problema del trigo en 1804 y de todas partes—Ayllón, Orcajo, Palencia, Pedro Muñoz, Reinosa, Sigüenza, La Seca, Escalona, Ferrol, Illescas, Jaén, Las Rozas—vienen noticias de la escasez de trigo, no sólo para el panadeo sino para la siembra, por lo que el cabildo de la Catedral de Sigüenza pide que se declare «que los vecinos de los pueblos circunvecinos puedan sacar fiado del granero del cabildo cualesquier porción de granos sin que pueda impedirlo la justicia de Sigüenza» y el Ayuntamiento de La Seca «pide se le autorice valerse de cualquier fondo público para hacer un acopio de grano para socorro de los labradores en su sementera». Petición que repite también Escalona.

Indudablemente el problema de la escasez de trigo estaba agravado por la ocultación, por cuanto el Ayuntamiento de «Las Rozas (Madrid) pide que se le permita proceder con todo rigor contra los tenedores de granos o que los entreguen para el panadeo».

En 2 de febrero de 1804 se publica un curioso «bando sobre el alza del pan» fijando las ganancias y el precio de 30 cuartos el pan de flor o candeal (Véase apéndice III).

(1) Legajo 10. Año 1803. Sisas de Madrid. Consejo de Castilla. Consejos suprimidos. Sección 8. Archivo Histórico Nacional.

La crisis es intensísima y ella obliga a que el año 1804 sea de los que más abundan las peticiones de mejora y caridad y las inquietudes populares; índices obligados de la carestía de subsistencias. Bien es verdad que en algunos sitios el problema debió revestir caracteres pavorosos, como lo prueba una curiosa representación del cura párroco de Nava de la Asunción (Segovia) pidiendo la aprobación de tres arbitrios «para hacer un fondo con que se pueda dar a los indigentes a un precio cómodo y de manera que no exceda un pan, que ahora cuesta 38 cuartos, de los de 30, que allí se dan por un jornal».

La comparación de estas dos cifras no puede ser más expresiva y por sí sola justificaría cualquier extralimitación de una multitud.

Dos direcciones se advierten en seguida en este natural descontento de la carestía: una la de los débiles y humildes, que cristaliza en peticiones de mejora y acogimiento a la misericordia y caridad, y otra la de los impulsivos y enérgicos que origina tumultos pidiendo el abaratamiento de los artículos de consumo.

Son más numerosas las incitaciones caritativas, pero unas y otras muy expresivas para la concepción social de este momento histórico.

Casi todas las peticiones sientan—expresa o tácitamente—la premisa de «miseria y escasez de trigo» (véase apéndice III) para cuyo remedio unos acuerdan «la inversión de productos de obras pías en la compra de trigo y ocupación de jornaleros» (Coin) (1), «disponer de los sobrantes de fondos de las reales contribuciones»—Ledesma—(Véase apéndice V) o la autorización para «una corta de pinos», como proponen de «Navas de Oro» y «San Esteban de Pedraza». (Véanse apéndices VI y VII).

Los Ayuntamientos de Torre de Juan Abad y Terzaga piden se les autorice para emprender obras en las que puedan «dar ocupación a jornaleros necesitados» y Plasencia extiende la súplica a «la asistencia y curación de enfermos y ocupación de los de todas las edades y sexos que puedan trabajar» (2).

La previsión de las autoridades sólo se muestran en dos disposiciones: una de fecha 11 de febrero de 1804 declarando el derecho preferente del Pósito en los juicios de acreedores, y la otra, de 25 de enero, disponiendo que ninguna persona está exceptuada de concurrir con sus carros a la conducción de trigo y carbón para el abasto de Madrid.

Los movimientos populares, que son para Sergi expresión exacta «de la mecánica psíquica de las fuerzas externas», casi siempre se concretan en suposiciones económicas; por ello no es de extrañar que paralela a las dificultades de subsistencias, marche la inquietud y que el empobrecimiento y opresión de las muchedumbres las impulse a la desesperación y a la venganza. La vida misma tiene exigencias tan inmediatas e imperativas que por ley natural no admiten dilación.

Como realmente el interés máximo de los gobernantes radica en las gran-

(1) Archivo Histórico Nacional. Sala de Gobierno. Legajo 2.361.

(2) Archivo Histórico Nacional. 1804. Sala de Gobierno. Legajo 2.391.

des urbes, cuyas dificultades de surtimiento son análogas a los peligros de su descontento e inquietud, las primeras revueltas de 1804 fueron encaminadas a protestar del acopio de trigo para el Pósito: «Comoción ocurrida en la ciudad de Segovia, queriendo impedir la saca de trigo para el Pósito de Madrid» (1).

Por carestía y mala calidad del pan se promueven también conmociones en Tembleque, y poco después—enero de 1805—en Leganés y la proximidad de ambos lugares a la urbe hace pensar en que tal vez su descontento arranque del poder de absorción que intranquilizó a Segovia.

La Real Dirección de Abastos promueve un expediente del que resultó, a principio de julio de 1805 la baja del pan—«dos cuartos en cada pan candéal y uno en el español»—, no sin dejar de anotar la referencia de que los Pósitos han perdido, hasta octubre de 1804 la cantidad de «21 millón de reales» (2).

Realmente la administración del Pósito produjo frecuentes quejas, pues según referencias (3) en 2 de octubre 1805 hizo una disminución de jornales y salarios en sus empleados que se elevó a «88.442 reales mensuales»; es decir, que de «115.641 reales empleados con anterioridad se redujo a 27.199».

Toda esta reducción en los gastos, viene, de un lado, de la Real Cédula 8 septiembre 1804 que autoriza la retención de la quinta parte de granos de diezmos, y de otra, del establecimiento de la libertad de contratación y término del monopolio que venían disfrutando la Asociación de Panaderos y el Pósito; hecho del que se lamentan en una curiosa exposición (4), «los ministros comisionados del Pósito sobre que éste han quedado como un particular para la venta de pan».

Esta queja y la reducción de jornales son hechos muy expresivos y las disposiciones que las promovieron, tal vez lo mejor orientado de cuanto se hizo entonces, sobre legislación de abastos.

Corresponde al año 1807 un dato curioso que se conserva en un expediente reservado y que relata lo ocurrido en los días 21 y 22 de junio en orden al surtimiento del pan; «los tahoneros subieron tres cuartos la libra de pan y dejaron sin surtir sus puestos durante dos días (5)».

Este hecho es en aquellos tiempos poco frecuente, pero no el primero, pues en las Memorias manuscritas que la Academia de la Historia conserva del corregidor D. Antonio Armona, se relata, referente a 1776, un hecho semejante y muy picarescamente planteado: «Los panaderos protestaron del mal trigo del Pósito y con falsas argucias se refugiaron en una iglesia diciendo

(1) Archivo Histórico Nacional. Sala de Gobierno. Legajo 2.394.

(2) Archivo Histórico Nacional. Consejo de Castilla. Sisas de Madrid. Consejos suprimidos. Sección 8. Legajo 10. Año 1805.

(3) Legajo 6.783. Abastos. Consejo de Castilla. Sección 8. Consejos suprimidos. Archivo Histórico Nacional.

(4) Legajo 10. 6.783. Consejo de Castilla. Consejos suprimidos. Sección 8. Archivo Histórico Nacional.

(5) Archivo Histórico Nacional. Consejo de Castilla. Consejos suprimidos. Sección 8. Abastos. Coste reservado. Legajo 10. 6.783.

que iban a ser encarcelados, pero con la idea de dejar a Madrid sin pan». De allí los sacó el corregidor ayudado de la tropa.

Ambos sucesos son muy expresivos para la determinación de la historia social de este período.

Hasta 1808 no vuelve a verse expediente alguno de queja por el surtimiento de pan, aunque entonces aparezcan muy frecuentemente los de petición de pena contra «acaparadores de trigo», consecuencia casi lógica de una libertad de contratación mal entendida y de la imperfección de una industria que no regula la competencia.

En un expediente de 1808 vuelve a preocupar la escasez de pan, cuyo precio—según bando de 24 de agosto de 1808—«es de 18 cuartos el pan español y de 20 el candeal» siendo Zamora y Cuenca las primeras y más imperativas en la petición de remedios. Poco después los Ayuntamientos de Cádiz, Málaga, Cartagena, Barcelona, Sevilla, Valencia y Coruña tratan del modo de asegurar el abasto de pan en aquellas ciudades.

Peticiones semejantes en 1809, unidas a una nueva representación del señor Achútegui relativa a la conducción de varias porciones de trigo al pósito y una carencia absoluta de datos hasta 1814.

Solamente se tienen noticias por las obras de Sepúlveda, Mesonero Romanos y otros escritores de la época que describen con doloroso realismo las penalidades y vicisitudes del llamado año del hambre—1811—que produjo en Madrid más de 20.000 víctimas, y que se llegó a vender la fanega de trigo a 540 reales a principios de 1812 en la plaza de la Cebada—Madrid—, lo que daba una proporción de 18 o 20 reales el pan de dos libras.

La falta de cultivo durante los cuatro años de guerra, la interrupción de comunicaciones, la rapiña de uno y otro bando de lucha, esterilizaron las pocas medidas empíricas adoptadas por el Gobierno para luchar con la calamidad.

El peor pan lleno de mezclas se vendió a 20 cuartos.

Los archivos visitados no conservan datos de este período; el vendaval guerrero, que agitó las regiones y los hogares en este tiempo, hizo borrar los vestigios de un problema que la guerra misma agudizó.

Las dos referencias conseguidas en 1814 corresponden a la Prensa periódica: una, de *Gaceta de Madrid*—que de 1 de enero a 11 de mayo de 1814 lleva el nombre de *Gaceta de la Regencia*—, que se refiere a la copia de una circular del Ministerio de Hacienda «Disponiendo que los granos de propiedades regulares no sean devueltos a los frailes sino destinados al ejército, apesar de disponer el decreto de 21 de mayo que les sean devueltas sus propiedades»; y otra, a un artículo del *Diario de Madrid*, en el que se comenta «que el pan sigue vendiéndose a 14 cuartos, aunque ha bajado el precio del trigo un duro en fanega».

La intensidad de las conmociones políticas de este año desvió el interés hacia cuestiones no económicas, aunque ellas siguieran siendo la piedra fundamental de las actuaciones populares.

A 1816 corresponden dos noticias contradictorias: un acuerdo del Ayun-

tamiento de Madrid sobre la baja de dos cuartos en cada clase de pan; y, en 13 de octubre, otro acuerdo de la misma entidad subiendo un cuarto en cada pan de dos libras.

De 1817 a 1820 faltan datos del precio y vicisitudes del trigo, y abundan solicitudes en pro de la libertad de abastos, entre ellas un dictamen muy curioso «del claustro de la Universidad de Salamanca sobre la consulta hecha por los tres estados del reino de Navarra acerca del comercio de granos», que ofrece la categórica conclusión: «Que las Cortes generales y extraordinarias puedan lícitamente suplicar que sea libre el comercio interior de granos, de que generalmente tiene sobrante, revocando las leyes que lo prohíben» (1).

Era el momento en que las teorías económicas de Jovellanos no sólo fundamentaron la obra legislativa, sino que sustentaron la orientación y el interés del comentario público, en el que sus discípulos y continuadores ponían la actividad y el entusiasmo de neófitos que honran al maestro muerto.

OTROS ABASTOS

Son menores y mucho más desorientados los datos de los diferentes abastos: la anotación de los precios de venta faltan en absoluto, y, únicamente, el *Diario mercantil* suele dar, respecto a carnes, el precio de las reses, objeto de contratación, en las ferias y mercados.

Abundan, sin embargo, las quejas por la mala calidad de la mercancía, que se exponen unas veces concretamente y otras silenciosa y veladamente al solicitar vigilancia e inspección en su venta.

En ocasiones, la petición pudiera ser apasionada y encerrar un interés oculto; pues era el momento de anulación y desorganización de los gremios, muchos de sus exclusivismos tenían ardientes partidarios. Así, en un expediente, que corresponde a 1801, sobre «el estado del abasto de carne», el apoderado general del gremio de tablajeros pide se le nombre «celador para indagar la especie y estado de las carnes que se venden por personas particulares» (2).

Más justas y desapasionadas son otras dos peticiones que conserva el Archivo Histórico Nacional, referente una de ellas «al expediente formado con motivo de un acuerdo de la Real Dirección de Abastos de Madrid, en que se inserta una representación del ramo de carnes sobre el miserable estado en que se halla este abasto, que amenaza una falta inmediata del surtido por carecer de existencias de dinero y crédito» (3); y otra, de una enorme importancia sanitaria: «D. Matías M. Sánchez, cirujano titular de la villa de Fuenca-

(1) Biblioteca Nacional. Fernando VII. Paquetes 4 y 76. Año 1817.

(2) Archivo Histórico Nacional. Consejo de Castilla. Consejos suprimidos. Sección 8. Abastos 1.801. Legajo 12. 6.784.

(3) Legajo 13. 6 785 (referencia anterior).

liente, sobre los daños que causa a la salud pública el uso de la carne de cabra, que se mata en el abasto, por estar contagiada de sarna» (1).

Las demás referencias tratan de peticiones de libertad para el abasto de carne, en uno de cuyos expedientes la Dirección de Abastos informa accediendo a lo solicitado; pues «la libertad, arreglada para la compra y venta de géneros con que se abastecen los pueblos, es lo que asegura la abundancia de éstos, su bondad y la equidad proporcionada en los precios... Ella sola es la que puede libertar al Gobierno de graves y pesados cuidados y de pérdidas incalculables». Corresponde este informe a 1803, y es de lo más preciso y razonado que entonces se encuentra.

Las peticiones de libertad de contratación se extienden muchas veces al aceite, jabón y vino.

Respecto al vino, tan sólo noticias de su precio en 1800, según un bando de 1 de diciembre, «cada cuartillo mayor, 11 cuartos, y menor, ocho»; y uno, en 1805, en que por Real orden «se recárgan cuatro maravedises sobre cada cuartillo de vino que se consuma en cualquier paraje del reino por el tiempo que durase la presente guerra, a cuyos gastos se aplica» (2); y otro del Concejo, Junta y Regimiento de Almaguer «sobre que se aprueben los arbitrios de atadero y ramo de tabernas, con destino al alivio de los vecinos contribuyentes al servicio de alojamiento y bagajes» (3).

Los demás datos conseguidos se refieren esporádicamente a los varios géneros de abastos, con petición de libertad de contratación, indicación de repeso, solicitud de una mayor facilidad en los transportes.

La de repeso se refiere al carbón, en febrero de 1801, y «resultó del coitejo que a la pesa de dos libras faltaban siete onzas y media y 14 a la de cuatro» (4). La arroba de carbón se vendía a 48 cuartos.

Con las faltas de peso, la mercancía adquiere un precio bien distinto al de contratación; pero el hábito del fraude debía ser bien general en todo género de abastos, como lo prueba una reclamación, realmente insólita, que se refiere a 1814: «José Yáñez Mauricio, panadero de la villa de Alcobendas, sobre que la justicia no le moleste por la falta de una onza en cada pan» (5).

Muy semejante una reclamación de un tablaiero de la Corte pidiendo «se le devuelvan las multas exigidas por falta de peso en las carnes» (6).

Además de las proposiciones de Achútegui—presentadas a su tiempo (1804)—sobre medidas para facilitar el transporte de trigo, figuran, también referentes a 1804, otras de peticiones y una curiosa negativa de dos conventos de religiosas Carmelitas y de militares que no quieren «aprontar sus carruajes y caballerías para conducción de trigo».

(1) Legajo 2.587.

(2) Legajo 2.487.

(3) Legajo 3.157. Sala de Gobierno del Consejo. Archivo Histórico Nacional.

(4) Legajo 16. 6.796. Consejo de Castilla. Sección 8. Consejo suprimido. Archivo Histórico Nacional.

(5) Archivo Histórico Nacional. Sala de Gobierno del Consejo. Legajo 3.013.

(6) Legajo 2.515. Archivo Histórico Nacional.

Expediente que causó la orden de 22 de enero de 1804 declarando «que nadie está exceptuado en la actual ocasión de carestía de concurrir con sus carruajes a hacer este servicio». Real orden que afirmaba la de 11 de enero de 1802 que disponía: «Se deje en absoluta libertad a los trajineros y demás que vengan a Madrid a vender frutos y comestibles.»

TASAS Y LEGISLACIÓN SOBRE ABASTOS

Como ya se dijo, la actuación oficial durante este tiempo estuvo vinculada a la fijación de tasas; tarea que en muchas ocasiones colocó a la autoridad en la situación de máxima asistencia colectiva, pues son muy frecuentes, numerosas y autorizadas, las solicitudes de tasación de artículos de consumo.

El comercio en general y los elementos de consumición en particular carecían entonces de medios de movilidad, ni facilidad de transporte, ni publicidad en sus contrataciones, ni actuación de intermediarios que agiten los mercados y los centros de consumición con la propaganda de su mercancía.

La producción y el consumo quedan sólo momentáneamente reguladas con la gestión de autoridades, no siempre bien orientadas, que buscan en las tasas el único elemento de guía económica; pero en las tasas, aun cuando salvasen las dificultades de gradación, según los lugares, los productos y el consumo, tienen en sus relaciones con la producción otra fuente de error, que es la variabilidad de los productos, que hace mala hoy la justa tasa de ayer. Exigen del legislador una atención permanente y continuada y una variación casi constante—según la relación entre la producción y el consumo—para que no sea traba económica y ruina social.

La agricultura fué casi siempre la perjudicada por faltar a las tasas la flexibilidad y adaptación que hubiera podido convertirlas de momento en instrumentos económicos y sociales, justos y útiles. En muchas ocasiones las trabas y dificultades impuestas al tráfico interior obligaron al agricultor a vivir en la miseria y con las trojes repletas.

La labor de Jovellanos y la liberación industrial conseguida en las Cortes de Cádiz como reflejo de los aires de libertad que la revolución francesa esparció por Europa, pusieron fin al sistema de las tasas, sin que fueran sustituidas por otras medidas económicas de más fuerte ideación científica.

Aunque la Prensa de aquellos días roza pocas veces los verdaderos asuntos de interés público y mantiene casi siempre su escalpelo en las sublimes regiones de la literatura o la mitología, obligada por los asuntos mismos dió también su opinión en materia de abastos. Parca y pobremente, en todo el período sólo se encontraron dos referencias: una, correspondiente a 1804—*Efemérides de la ilustración de España*—, que se refiere un comentario de la obra publicada en 1568 por Fray Tomás Mercado y donde se alaban las tasas; «pero si posible fuese que se arreglen y modifiquen publicándolas por semanas sin perder de vista las circunstancias que alteran el valor de los géneros»; y otro artículo del periódico *Minerva*, correspondiente a 1818, donde, después

de elogiar la labor de Jovellanos en su *Informe de ley agraria*, se dice: «¿En qué podrá fundarse el sujetar los frutos que la tierra nos ofrece a la ley de tasa y postura mientras gozan de absoluta libertad los productos a que da nueva forma la industria fabril o aquellos que acerca al consumidor la industria mercantil? ¿Cómo puede conciliarse la entera libertad de estas dos y la pesada esclavitud de la agricultura? Aunque las tasas fuesen justas—que no lo son—debería haber en los que decidiesen el precio de las cosas un exacto conocimiento del valor de aquellas que tasaban.»

Según el mismo periódico era muy interesante la obra *Sobre policía y régimen de abastos de la ciudad de Santiago* que publicó en 1806 el Dr. D. P. A. S. U., canónigo de aquella iglesia.

Como puede observarse, los comentarios periódicos son dispares; pero es que a partir de 1810 puede decirse que es general la desconcepción de las tasas que gozan de 1800 a 1808 todo el interés de las autoridades y las preferencias de los consumidores. Son abundantísimas en estos años las peticiones de tasas, en cuyos expedientes se razonan a veces favorablemente y se dan datos sobre el estado económico, que sirve de base a la demanda.

Dos de estos expedientes se refieren a tasas de arrendamientos—Manzanares y Guadalajara, 1801 y 1802—y 14 piden la tasa del trigo y demás granos, sólo en el período 1800 a 1808; tres se refieren a la tasa de carne, uno a la del vino y otro a la del aceite.

A partir de 1803 aparecen algunas peticiones sobre libertad de abastos, y como la crisis cerealista alcanzó en 1804 aterradoras proporciones se dió a este abasto absoluta libertad, hecho que en 1806 produjo abundantes censuras.

Estas fluctuaciones de concepción derivan no solamente del predominio individualista, que juzga y pide por sí sin atemperar su petición a otra guía que el egoísmo, sino también a la desorganización de los mercados y de las disposiciones oficiales.

Muy curiosa es una representación y expediente formados en 1803 a instancia de tres señores fiscales del Consejo «sobre la necesidad de fijar los precios de granos dando una tasa interina»; en ella se dice: «que la inmoderada codicia de los tenedores de granos ha hecho indispensable la providencia de fijar los precios dando una tasa interina hasta que las circunstancias muden y no sea tan ruinoso el abuso de la libertad. En las cosas pertenecientes al lujo y la mayor comodidad es ridículo que el gobierno se introduzca en poner tasas; no es un exceso decir que es una suerte de injusticia, porque cada agricultor esmerado y cada diestro menestral tiene derecho a interesar a su favor el capricho de los ricos, y no es conveniente que el gobierno ponga límites a la industria y aplicación de los unos ni a la autoridad que tienen los otros de comprar a buen precio sus caprichos; pero tratándose de las cosas necesarias para la subsistencia, la autoridad del gobierno debe velar sobre la conducta de los abastecedores, porque allí ya no se trata de industria ni de capricho, sino de refrenar la codicia de los unos y de asegurar la vida de los otros.»

Aquí está realmente la razón de la tasa que los firmantes—Antonio de

·Corta Barrio, en nombre de todos—piden varíe según la clase de granos y según las provincias; proponiendo como tasa general «100 reales vellón la fanega de trigo en la corte; 90 reales hasta la distancia de 20 leguas; 80 reales a la de 30 leguas, y 70 y 60 a mayor distancia...» «mandando se proceda a la confiscación de los que no vendan a los dichos precios u oculten trigo».

A partir de 1808 son frecuentes las peticiones de libertad de venta de abastos, y ello se acentúa en 1814 y 1816 en que se publica—6 agosto 1816—una circular del Ministerio de Hacienda declarando «que la venta de vinos... pagándose los derechos establecidos, debe ser enteramente libre».

Estas varias disposiciones y los expedientes que con ellas concuerdan, muestran una desviación del interés colectivo contraria a las tasas; cambio que coincide con la transformación cultural y económico-social que inicia ya en 1810 la nueva corriente constitucionalista, que para esta fecha se había captado ya una fuerte opinión merced a sus campañas de Prensa; palenque primero y afortunado de sus nuevas orientaciones.

La actuación propiamente legislativa se refiere a restricciones en la exportación y puntualización de tasas, observándose que de 1808 a 1815 faltan absolutamente datos de órdenes y disposiciones y que a 1815- agosto—corresponde, según «Mercurio de España», un edicto «sobre libre introducción y venta de trigo» y a 20 de enero de 1820 una circular muy razonada y extensa «permitiendo la libre extracción de aceites, granos y semillas, pues según el preámbulo de la disposición...:» atendiendo al bajo precio de los granos, a las muchas y repetidas instancias de varios Cuerpos y labradores, a que la contribución general, pesando sobre los frutos de la tierra no es realizable si éstos no tienen un precio proporcionado que puedan cubrir esta carga y los gastos de la labor y su nivelación con los demás efectos que entran en el comercio... S. M. se ha servido permitir la libre extracción de aceite y de toda especie de granos, harinas nacionales y semillas o legumbre... Cuya extracción sea libre de derechos a excepción del aceite que adeudará un cuartillo de real en arroba».

En el campo de la pura teoría económica, la tendencia al libre comercio se había iniciado ya anteriormente y era muy intensa en 1818, en cuyo tiempo Smilh, Say y Tracy gozaron de gran predicamento.

La Sociedad Económica Matritense conserva noticias de un oficio dirigido por D. Pedro Ceballos, ministro de Estado en 1816, a la Sociedad pidiendo «que a fin de desvanecer las prevenciones que se notan en el ánimo de los pueblos contra el libre comercio de los granos... quiere que la Sociedad Económica de la Corte se dedique a trabajar un discurso que pueda insertarse en la *Gaceta*, en que con claridad y copia de naciones se demuestren las ventajas que puedan prometerse de él la Agricultura y el Estado» (1), y la misma Real Sociedad Matritense, correspondiente a 1819, conserva un curioso informe sobre una Memoria manuscrita «en que se manifiesta el error y preocupación

(1) Archivo de la Real Sociedad Económica. Madrid. Legajo 247. Número 19.

en que todavía están muchas personas acerca de la libertad de los abastos de los pueblos; lo pernicioso que es la costumbre de que los regidores pongan precios a los géneros alimenticios y los malos efectos que produce la aversión con que se mira a los revendedores, atravesadores, etc.» (Véase apéndice XII).

Peticiones de orientación económica muy distinta a las sostenidas hasta entonces y que inicia una corriente que imperó victoriosa durante un gran período.

M. CONCEPCIÓN ALFAYA L.

APÉNDICES

APÉNDICE I

Archivo Histórico Nacional. Sección 8. Consejos suprimidos. Consejo de Castilla. Sisas de Madrid. Legajo 10. Año 1803.

«Expediente formado a consecuencia de los acuerdos del Consejo Pleno relativos a evitar la excesiva extracción de pan que se hace de Madrid para los pueblos inmediatos. Recordando providencias de 1797 prohibiendo la extracción y encargando a las Justicias de los pueblos de sus inmediaciones celasen el amasijo de pan a que estaban obligados sus tahoneros o proveedores.»

APÉNDICE II

Archivo Histórico Nacional. Año 1803. Sección 8. Consejos suprimidos. Consejo de Castilla. Abastos. Legajo 10 (6.783).

«Corte: Expediente formado a consecuencia de los acuerdos del Consejo Pleno relativos a evitar la excesiva extracción de pan que se hace de Madrid para los pueblos inmediatos.»

APÉNDICE III

Archivo Histórico Nacional. Libro 1.502 c. Pragmáticas. Reales Cédulas y decretos. 3 febrero 1804.

«Bando sobre el alza del pan. Da como causa la esterilidad de las dos cosechas precedentes... y para evitar la violenta diferencia... de precio entre Madrid y otros pueblos... y los fraudes de ocultaciones, extracciones y reventas injustas con 2, 3 y aun más quartos de exceso en cada pan, y la destrucción del establecimiento de este pósito, que ya se hubiera verificado muchas veces, a no ser tantos y tan frecuentes los auxilios que le ha suministrado la inimitable beneficencia de S. M. y los arbitrios que se ha dignado concederle, no siendo ya suficientes por haberse consumido y contraído además quantiosos empeños en las pérdidas de años anteriores y del presente, se hace natural acudir al natural, racional y justo medio de algún aumento en el precio del pan y deseando conciliarle de modo que este generoso Pueblo, continúe gozando los posibles alivios con menor pérdida del real pósito, su único proveedor en el día, por la imposibilidad absoluta de todos los panaderos que por sí, no compran un solo grano, se ha nivelado, no por todo su coste, y así deseándole el beneficio de más de 6 quartos en cada pan español y de 5 en el candeal. En consideración a todo, se venderá desde mañana el pan español a 20 quartos, con solo dos de aumento, el candeal a 24 y el de flor o de busco a 30, procurándose que en todas estas clases sean cabales las dos libras de su peso y bien acondicionado.»

APÉNDICE IV

Archivo Histórico Nacional. Legajo 2.387. Sala de Gobierno del Consejo. 1804.

«Expediente formado a representación del Procurador síndico de la villa de Piña de Campos, sobre la miseria y enfermedades que padecen los vecinos de aquel pueblo por falta de granos.»

APÉNDICE V

Archivo Histórico Nacional. Legajo 2.375. 1804. Sala de Gobierno.

«Expediente formado a representación de la junta subalterna de socorro y beneficencia; establecida en la villa de Ledesma a virtud de la circular del Gobernador en 26 de diciembre último proponiendo por falta de medios para atender a tantos necesitados que se le permita disponer de los sobrantes del fondo de las Reales contribuciones.»

APÉNDICE VI

Archivo Histórico Nacional. Legajo 2.384. Sala de Gobierno del Consejo. 1804.

«El alcalde del lugar de Navas de Oro sobre que se conceda permiso para la corta de un pinar negral que pertenece al Concejo, destinando sus leñas en beneficio de los labradores pobres y jornaleros para su subsistencia en este invierno.»

APÉNDICE VII

Archivo Histórico Nacional. Legajo 2.392. 1804. Sala de Gobierno del Consejo.

«Expediente formado a representación de D. Esteban de Pedraza, diputado del común de la villa de Robledo de Chavela, en que para ocurrir a la miseria de los vecinos y sustentarlos propone la corta de 2 mil pinos de los propios y arbitrios.»

APÉNDICE VIII

Archivo Histórico Nacional. Legajo 2.409. 1804. Sala de Gobierno.

«Expediente formado con motivo del alboroto ocurrido en la villa de Templeque en el día 23 de mayo de 1804 a pretexto de la carestía del pan.»

APÉNDICE IX

Archivo Histórico Nacional. Sala de Gobierno del Consejo. Legajo 2.459. 1805.

«Expediente formado en virtud de representación del Alcalde Mayor de la villa de Leganés en que dió cuenta de la irregular conducta que se advierte en los tahoneros de ella especialmente la de Bernardo Legazri quien por la mala calidad del pan que vendía dió causa a la conmoción y alboroto del pueblo.»

APÉNDICE X

Archivo Histórico Nacional. Sala de Gobierno del Consejo. Legajo 3.041. 1814.

«El ayuntamiento de la ciudad de Lorca sobre que sin embargo de que haya licitadores para los abastos de carnes, aceite, jabón y vino no se admitan y queden estos en libertad.»

APÉNDICE XI

Archivo Histórico Nacional. Sala de Gobierno del Consejo. Legajo 1.352. 1816.

«Expediente formado a representación de la Real Dirección de Abastos de Madrid sobre que se permita a los comerciantes la venta libre de tocino, aceite y jabón.»

APÉNDICE XII

Archivo de la Real Sociedad Económica Matritense. Legajo 247. Número 19. 25 agosto 1818.

«El Illmo. S.^r Juez de Imprentas del Reyno ha confiado a vuestra R.¹ Sociedad Matritense el examen y censura de un MS; cuyo título es Memoria en que se manifiesta el error y preocupación, en que todavía están muchas personas acerca de la libertad de los abastos de los pueblos; lo pernicioso que es la costumbre de que los Regidores pongan precio a los géneros alimenticios; y los malos efectos, que produce la aversión, con que se mira a los revendedores, atravesadores &c. Escribíala B. O. R. Año de 1818. Y la sociedad se ha servido encargar a esta clase de Comercio que la informe lo que se le ofrezca y parezca sobre la propia Memoria, para lo qual la clase ha querido escuchar el dictamen de la comisión, que suscribe.

»Esta no ha podido menos de dedicarse con gusto al reconocimiento de este Ms, cuyo interesante objeto se haya indicado en su título, y de cuyo mérito hablará la Comisión a la clase, extractando ligeramente su contenido, dando a conocer su estilo, y concluyendo con censurar la obra del modo que considera justo.

»El autor se propone manifestar «quan equivocados están los que por capricho, por rutina, y por no haber consultado su razón, y la larga experiencia de algunas naciones, sostienen que la libertad de abastos es perjudicial y nociva a los pueblos», porque se halla persuadido de la necesidad de demostrar y perseguir esta clase de errores por medio de la prensa,—respecto a que su antigüedad no los liberta de serlo, ni de que, como otros muchos, se vean en la precisión de ceder al imperio de la razón y de las luces.

»Como el más interesante de todos los abastos, principia a tratar la Memoria sobre el del pan, probando primeramente que la tasa de los granos es perjudicial y contraria a los fines, con que en diferentes tiempos fué establecida; y después que nunca es ni ha sido ventajoso para los pueblos el que otro abasto se halle al cuidado de sus gobiernos municipales ni estos tampoco han salido bien con semejante encargo.

»El abasto de carnes, así por cuenta de los ayuntamientos de los pueblos, como puesto en mano de arrendadores: el del aceite: las posturas, tasas y aforos de los géneros alimenticios: la circunstancia de que en algunos pueblos crecidos sólo se permite una posada, y esa mala, y peor servida; finalmente la utilidad de los atravesadores o revendedores de los géneros de subsistencia: son puntos, que después de haber tratado con extensión del comercio de granos y abasto del pan, ocupan al Autor de la Memoria, viniendo a deducir de la doctrina sentada en ella: que es necesario se establezca para siempre y en toda la nación el libre comercio del trigo sin ningún estorbo, leyes, ni reglamentos: que se destierre la mala opinión, en que se ha tenido, y se tiene a los que se han dedicado a este comercio: que todo individuo, sea quien fuese, pueda vender libremente pan, carne, tocino y todo quanto el hombre necesite para su subsistencia y comodidad, con la misma libertad que el comerciante vende en su tienda los paños, lienzos, azúcar, cacao, &c.^a... que no vuelvan a oírse las palabras tasas, precios, aforos, y demás metralla, con que se ha molestado y se molesta a la clase más útil de la nación: que cada uno venda donde quiera, lo que quiera, y como pueda, no oponiéndose

a las leyes que por una sabia policía se hallen sancionadas; y últimamente, que los ayuntamientos abracen y observen aquel luminoso principio económico político: *No hagan nada y dejen que hagan los demás.*

»Tales son las consecuencias tan racionales como exactas, de los principios, que sienta el autor en su Memoria, siguiendo el dictamen de economistas extranjeros y nacionales, tales entre los primeros como Smith y Say, y entre los segundos Larrea, Zabala, Salazar, Arnao y nrá. R.¹ Sociedad en su célebre Informe sobre ley agraria; y estando además otros escritores modernos publicado a favor del libre comercio de granos y de la abolición de las tasas y posturas de los géneros alimenticios, de cuyos escritos uno, bastante reciente, es debido a la ilustración de una de las más florecientes universidades de estos reynos.

»Ni se contenta el autor con este apoyo respetable; busca en su ayuda el de la experiencia dentro y fuera de España, y halla que en varias de las más populosas capitales de Europa, y aun en reynos enteros, la libertad prevee a sus habitantes de todo quanto necesitan: que Madrid está experimentando desde 1805 las ventajas de este sistema benéfico, de que depende la abundancia y el buen surtido de los pueblos: q.^e otras capitales y pueblos de España han seguido tan poderoso exemplo con no menos felices resultados; y que hasta en algunas provincias de la Monarquía no hay por fortuna abastos, ni posturas y sin embargo se hallan tan contentas con este régimen como bien abastecidas.

»Deshace el autor los argumentos que por lo común se oponen y esfuerzan contra los sanos principios que sigue, con particular tino, modestia y erudición; y así es que para rebatir las razones con que el p.^e Mercado alaba la pramática de la tasa de Felipe II, no hace más que copiar la sólida doctrina de Zabala, que concluyentemente las destruye; y sobre la extracción de granos fuera de la península, único punto en que no concuerda con el Informe sobre ley agraria de nrá. R.¹ sociedad, se limita el autor a expresar su opinión ligeramente y a indicar los fundamentos en que estriva; con aquella decente libertad, propia de quien, sólo se propone la instrucción del público, y con que deben ventilarse las cuestiones literarias.

»Por último, en esta memoria interesante no se écha de menos punto alguno de los que pueden conducir al más cabal desempeño de su objeto; siendo convincentísimo el resultado que ofrece nrá. historia económica (y de que se hace mérito copiando a Zabala) por lo que respecto a tasas las quales fueron promulgándose desde D. Alfonso el Sabio, se derogaron tantas veces quantas fueron establecidas y ofieron ocasión a zelosas representaciones de las Cortes de esta monarquía en los decadentes reinados de los dos Felipes 3.^o y 4.^o

»Mas suprimidos los abastos, abolidas esas tasas y posturas, ridícula ocupación del zelo mal entendido de los concejales de los pueblos y qué deberá hacerse para abastecerlos con abundancia y baratura. ¿Quién será capaz dice el autor de tomar sobre sus hombres un encargo, que tantos cuidados, tantos afanes y tantos disgustos ha causado siglos enteros a los gobiernos? El interés particular, continúa el mismo, este, que si en lo humano fuera lícito hacer comparaciones con la Divinidad, no era posible hallar en la naturaleza otro agente que más se le acercase: todo lo ve, todo lo oye, todo lo palpa y casi lo puede todo. Nada teme; todo lo arrostra; y si encuentra dificultades, tiene tesón y constancia para vencerlas. Ni las espantosas olas del Océano le intimidan, ni su inmensa y dilatada extensión le acobarda, y todos los sacrificios le son dulces, quando camina acia el objeto que se ha propuesto. Jamás le detiene en su marcha, ni los calores del ardiente estío; ni los rigores de la helada estación; ni los más recios y destemplados temporales. El horroroso estruendo del cañón, la muerte que vomita por su boca, y todas las calamidades, que lleva consigo la guerra suelen servir para redoblar la actividad en sus empresas. Todo esto y mucho más sabe hacer el interés, pero no el mezquino y sórdido...

»¿Y en qué se ocuparán los ayuntamientos si se les exonera de estas comisiones? Aún les queda, replica el autor en otro lugar, mucho campo en donde pueden exercitar su zelo y patriotismo. El cuidado de la educación pública ¿a quién está encomendado, si no a los padres de la patria? la composición de paseos y caminos, tan desatendida en todas partes; la plantación de árboles, y cuidado de los que se hallen criados ¿a quién pertenece si no a los Regidores?: la policía Urbana de los pueblos; el cuidado de que las Cárceles y Hospitales se

hallen con la limpieza y aseo, que debe haber en los asilos de la humanidad doliente, y muchas veces de la inocencia, ¿a quién toca más inmediatamente que a los representantes de los pueblos? la vigilancia de que los pesos y medidas de los vendedores sean tales como manda la ley ¿a quién está encargada si no a los Ayuntamientos? Los riegos, composiciones de acequias, y otra infinidad de cargos y comisiones, deben estar y están bajo el cuidado de los gobiernos municipales. Si quieren cumplir con todos no haya miedo que jamás les falte ocupación; ocupación que será más grata a los ojos de los hombres sensatos, que la de dar precio a unos generosos, que no conocen.

»Tal es la solución que da el autor a las dificultades de que también echan mano los enemigos de la libertad del tráfico, de aquella libertad, sin la cual en vano es esperar la abundancia y la baratura, como mil veces se ha dicho, y es sin embargo indispensable no dejar de repetir. Tal es también el estilo que por lo común se advierte en esta Memoria, y que considera la Comisión adecuado a la materia de que trata. Por último, tal es como se ha manifestado, en el discurso de este informe, el contenido del propio Ms, y el modo con que se desempeña el asunto a que se dedica.

»La Comisión, en vista de lo expuesto: penetrada de los deseos que animan a la clase y a nrâ. R.¹ Sociedad a favor de la propagación de los conocimientos útiles; y convencida altamente del interés, con que nrô. Paternal Gobierno anhela, no sólo la extensión de las luces, si no que extendidas que sean, se obtenga de sus resultas la felicidad del Estado: entiende que el mérito de la Memoria referida exige se conceda la lic.^a necesaria para su impresión y publicación, porque toda la doctrina económica, que contiene, es sana y conforme a los principios de los mejores autores de esta ciencia, y porque deben experimentarse los mejores efectos de que circule y ande en manos de todos este apreciable escrito, y más particularmente en las de los magistrados, individuos de los ayuntamientos y demás personas, que tengan parte en el gobierno municipal de los pueblos, a cuyo bienestar y prosperidad se encaminan las ideas y el trabajo del autor, que manifiesta un zelo muy ilustrado por la felicidad de su patria.

»En una palabra, la Comisión opina que la obra, que acaba de censurar, además de merecer del Gobierno la licencia ordinaria para la impresión, reclama, digámoslo así, su aprecio y especial protección, como tan interesado en que se difundan los conocimientos económicos, y en que por su medio aquiera la monarquía española aquella riqueza y esplendor, a que la convida la fertilidad del terreno, la dulzura del clima, y las felices disposiciones de los habitantes.

»Este es el dictamen de la Comisión, que desa ver mejorado por la Clase, a cuyas luces le somete para la consecución del acierto. Madrid 25. Agosto. 1818.»

DON BLAS DE LASERNA

UN CAPÍTULO DE LA HISTORIA DEL TEATRO LÍRICO ESPAÑOL VISTO EN LA VIDA DEL ÚLTIMO TONADILLERO

(Conclusión.)

CATÁLOGO

DE LAS OBRAS DE DON BLAS DE LASERNA QUE SE GUARDAN EN LA BIBLIOTECA NACIONAL (SECCIONES DE MANUSCRITOS Y MÚSICA), LA MUNICIPAL DE MADRID Y LA DEL REAL CONSERVATORIO DE MÚSICA Y DECLAMACIÓN

ABREVIATURAS: Ton., tonadilla.—Sain., sainete.—Com., comedia.—Lib., libro.—Mús., música.—B. N., Biblioteca Nacional.—B. M., Biblioteca Municipal.—B. del C., Biblioteca del Conservatorio.

A

- A la escuela, a la escuela.—Ton. a 6. 1779. Mús. B. N. y del C.
A vuestras plantas, queridos.—Ton. a solo. Mús. B. M.
Abate burlado y paje astuto, El.—Ton. a 3. Mús. B. M.
Abate y dama, El.—Ton. a 2. 1781. Mús. B. N. y del C.
Abate y la danza, El.—Ton. a 2. Mús. B. M.
Abate tuno, El.—Ton. a 2. 11 diciembre 1776. Mús. B. M. Lib. B. N.
Abuela y la nieta, La.—Com. Mús. B. M.
Aburrido, El.—Com. Mús. B. M.
Abusos del teatro de la legua, Los.—Ton. a solo. Mús. B. M. Lib. B. N.
Academia, La.—Ton. a solo. 1781. Mús. B. N., M. y del C. Lib. B. N.
Accidente fingido, El.—Ton. a 4. Mús. B. M.
Acerolera, La.—Ton. a 2. 12 septiembre 1779. Mús. B. N., M. y del C.
Lib. B. N.
Acomodos del vicio, Los.—Ton. a solo. 5 diciembre 1783. Mús. B. N., M. y del C. Lib. autógrafo de Laserna, B. N.
Admirada, confusa y pasmada.—Ton. a solo. 1779. Mús. B. N., M. y del C.
Aduar de gitanos, El.—Ton. a 5. Mús. B. N., M. y del C.
Adustos, Los.—Ton. a 4. Mús. B. M.
Afligida, La.—Ton. a 3. 1781. Mús. B. N. y del C.
Agitada de la suerte.—Ton. a solo. 1780. Mús. B. N., M. y del C.
Aguardentera y el volante, La.—Mús. B. M. Lib. autógrafo de Laserna, B. N.
Aguinaldos, Los.—Ton. a solo. 21 diciembre 1786. Mús. B. M. Lib. B. N.
¡Ahora, mosqueteros!—Ton. a solo. Mús. B. M.
Al fin todo se descubre.—Ton. a solo. Mús. B. M.
Al fin vence la mujer.—Ton. a 2. Mús. B. M.
Al primer tapón zurrapas.—Ton. a solo. Mús. B. M.
Albañil, El.—Ton. a 2. 3 abril 1775. Lib. B. N.
Albañil y la maja, El.—Ton. a 2. Mús. B. M.

- Alcalde de Berlinches, El.—Ton. general. Mús. B. M.
 Alcalde lego, El.—Sain. Mús. B. M.
 Alcalde reelecto, El.—Ton. general. 24 diciembre 1792. Mús. B. M. Lib. B. N.
 Aldeanos en la Corte, Los.—Sain. Mús. B. M.
 Alegría, La.—Ton. a solo. 1792. Mús. B. M. Lib. B. N.
 Alejandro en la India.—Com. Mús. B. M.
 Alejandro en Sogdiana.—Com. Mús. B. M.
 Alhajas perdidas, Las.—Ton. a 2. 13 mayo 1780. Mús. B. N., M. y del C. Lib. B. N.
 Alianza de los apasionados, La.—Ton. a 3. Mús. B. M.
 Almacén general, El.—Sain. Mús. B. M.
 Allí va ese disparate.—Com. Mús. B. M.
 Ama, criada y abate.—Ton. a 3. Mús. B. M.
 Ama y la criada, El.—Ton. a 4. 24 noviembre 1777. Mús. B. M. Lib. B. N.
 Amante disfrazado, El.—Sain. Mús. B. M.
 Amante rendido, El.—Ton. a 2. Mús. B. M.
 Amante tímido, El.—Ton. a 2. Mús. B. M.
 Amantes chasqueados, Los.—Ton. a 3. 1779. Mús. B. N., M. y del C.
 Amantes de Teruel, Los.—Com. Mús. B. M.
 Amantes encubiertos, Los.—Ton. a 2. Mús. B. M.
 Amazonas, Las.—Com. Mús. B. M.
 Amiga de moda, La.—Ton. a 3. Mús. B. M.
 Amigo desengañado, El.—Ton. a 3. Mús. B. M.
 Amo burlado, El.—Mús. B. M.
 Amo sorprendido, El.—Ton. a 4. Mús. B. M.
 Amor de la tropa.—Ton. a 3. 7 julio 1784. Mús. B. M. Lib. B. N.
 Amor mal pagado, El.—Ton. a 3. Mús. B. M.
 Amor perdido, El.—Ton. a 4. 1785. Mús. B. N. y del C.
 Amor propio, El.—Ton. a solo. Mús. B. M.
 Anatomía, La.—Ton. a solo. 1784. Mús. B. N. y del C.
 Andalúz embrollón, El.—Ton. a 3. Mús. B. M.
 Anillo de Giges, El (primera parte).—Com. Mús. B. M.
 Anillo de Giges, El (segunda parte).—Com. Mús. B. M.
 Anita.—Ton. a 3. Mús. B. M.
 Antes que todo el Rey.—Com. Mús. B. M.
 Antígona.—Com. Mús. B. M.
 Antonina.—Ton. a solo. Mús. B. M.
 Antusiasmo, El.—Ton. a solo. 22 diciembre 1775. Mús. B. M.
 Año, El.—Ton. a solo. 17 enero 1782. Lib. autógrafo de Laserna, B. N.
 Apariencia engañada, La.—Ton. a 4. Mús. B. M.
 Aplanchadora, La.—Ton. a 5. 11 diciembre 1780. Mús. B. M. Lib. B. N.
 Aplicación y constancia, el modo de agradar son.—Ton. a solo. 13 marzo 1788. Mús. B. M. Lib. B. N.
 Aprensión de las modas, La.—Ton. a 3. Mús. B. M.
 Aprovechar la ocasión.—Ton. a 4. Mús. B. M.
 Apuesta de la sortija, La.—Ton. a 2. Mús. B. M.
 Aquí está de rubor llena.—Ton. a solo. 1781. Mús. B. N., M. y del C.
 Aquí tenéis a la Silva.—Ton. a solo. 24 abril 1778 ó 1779. Mús. B. N., M. y del C. Lib. B. N.
 Aquí tenéis, mosqueteritos.—Ton. a solo. 19 abril 1778 o 1779. Mús. B. N., M. y del C.
 Aquiles en Saro.—Com. Mús. B. M.
 Aragón restaurado.—Com. Mús. B. M.
 Arbol de la advertencia, El.—Ton. a solo. Mús. B. M.
 Arca de Noé, El.—Com. Mús. B. M.
 Asalto de galera, El.—Com. Mús. B. M.
 Astrólogo escarmentado, El.—Ton. a 2. Mús. B. M.
 Astrólogo fingido, El.—Sain. Mús. B. M.
 Astucia del amigo, La.—Ton. a 3. Mús. B. M.
 Asturiano aburrido, El.—Sain. Mús. B. M.
 Asturiano burlado, El.—Ton. a 3. Mús. B. M.

¡Atención, atención!—Ton. a solo. Mús. B. M.
Atención, mosqueteritos.—Ton. a solo. 3 octubre 1776. Lib. B. N.
¡Atención, señores!—Ton. a solo. Mús. B. M.
Atrevidos, Los.—Ton. a 4. Mús. B. M.
Austria en Jerusalén, El.—Com. Mús. B. M.
Autora disgustada, La.—Ton. a solo. 13 abril 1779. Lib. B. N.
Avaricia castigada, La.—Ton. a 4. 31 octubre 1788. Mús. B. M. Lib. B. N.
Azote en la disculpa, El.—Ton. a solo. 5 diciembre 1788. Mús. B. M. Li-
bro B. N.

B

Baile sin mescolanza, El.—Sain. Mús. B. M.
Bandos, Los.—Ton. general. Mús. B. M. Lib. B. N.
Bárbaro oscalonita, El.—Com. Mús. B. M.
Barón del Pinel, El.—Com. Mús. B. M.
Beata y el paje embrollador, La.—Ton. a 3. Mús. B. M.
Bella pastora, La.—Com. Mús. B. M.
Bella serrana, La.—Com. Mús. B. M.
Billetes, Los.—Ton. a 3. Mús. B. M.
Boda de Tadeo, La.—Ton. a dúo. 19 abril 1787. Mús. B. M. Lib. B. N.
Boda del criado, La.—Ton. a 2. 4 octubre 1788. Mús. B. M. Lib. B. N.
Boda por el perrillo, La.—Ton. a 4. Mús. B. M.
Bola de gas, La.—Ton. a solo. Mús. B. M.
Bola de gas, La.—Sain. Mús. B. M.
Bola del mundo, La.—Ton. a solo. Mús. B. M.
Buen amigo, El.—Ton. a 3. Mús. B. M.
Buen letrado, El.—Ton. a 3. Mús. B. M.
Buena madre y mala hija, La.—Ton. a 3. Mús. B. M.
Buhonera, La (primera parte).—Ton. a solo. Mús. B. M.
Burladora burlada, La.—Ton. a 3. Mús. B. M.
Burlas en el amor, Las.—Com. Mús. B. M.
Buscar una y hallar dos. Ton. a 4. Mús. B. M.

C

Caballeritos y madamitas.—Ton. a solo. Mús. B. M.
Caballero majo, El.—Ton. a 2. Mús. B. M.
Caballero y la dama, El.—Ton. a 2. Mús. B. M.
Caballero y la modista, El.—Ton. a 4. 4 diciembre 1792. Mús. B. M. Li-
bro B. N.
Cabo y la maja, El.—Ton. a 2. Mús. B. M.
Cada oveja con su pareja.—Ton. a solo. Mús. B. M.
Cada uno para sí, marido, mujer y cuñada.—Ton. a 3. Mús. B. M.
Café de Barcelona, El.—Ton. a 2. Mús. B. M.
Café de Cádiz, El.—Ton. a 3. 3 noviembre 1786. Mús. B. M. Lib. B. N.
Calesero, El.—Ton. a 2. Mús. B. M.
Calesero vengado, El.—Ton. general. Mús. B. M.
Calesero y la maja, El.—Ton. a 2. 14 octubre 1789. Lib. B. N.
Calipso.—Com. Mús. B. M.
Cambios, Los.—Ton. a solo. Mús. B. M.
Capricho de Querol, El.—Ton. a 2. Mús. B. M.
Capricho humano, El.—Ton. a solo. 26 enero 1788. Lib. B. N.
Caprichos, Los.—Ton. a solo. 3 abril 1780. Mús. B. N., M. y del C. Lib. B. N.
Caprichos, Los.—Ton. a 4. Mús. B. M.
Caprichos de las mujeres, Los.—Ton. a 3. Mús. B. M.
Caprichos encontrados, Los.—Ton. a 3. Mús. B. M.

- Caprichos nuevos, Los.—Ton. a 2. 1781. Mús. B. N. y del C.
 Caprichuda, La.—Ton. a 2. Mús. B. M.
 Careo de los majos, El.—Sain. Mús. B. M.
 Carro de Félix Cubas, El.—Sain. Mús. B. M.
 Carsini y Felipe IV.—Com. Mús. B. M.
 Carta y simplicidad de los payos, La (segunda parte).—Ton. a 3. 1781.
 Mús. B. N. y del C.
 Cartilla, La.—Ton. a solo. 1784. Mús. B. N., M. y del C.
 Casa de locos, La.—Ton. a 4. Mús. B. M.
 Casa de posadas, La.—Ton. a 4. Mús. B. M.
 Casados por poderes, Los.—Ton. a 2. Mús. B. M.
 Casamentero fingido, El.—Ton. a 2. 17 octubre 1779. Mús. B. N., M. y
 del C. Lib. B. N.
 Castigar celos con celos.—Ton. a 3. Mús. B. M.
 Casualidades, Las.—Ton. a solo. 1783. Mús. B. N., M. y del C.
 Caza de la Polonia, La.—Ton. a 2. 16 mayo 1783. Mús. B. N., M. y del C.
 Lib. B. N.
 Cazadora, La.—Ton. a solo. 5 abril 1776. Mús. B. M. Lib. B. N.
 Cazadores, Los.—Ton. a 5. Mús. B. M.
 Cazadores y el payo, Los.—Ton. a 3. 1779. Mús. B. N., M. y del C.
 Cazadores y la peregrina, Los.—Ton. a 4. Mús. B. M.
 Cazuelita de mi vida.—Ton. a solo. Mús. B. N. y del C.
 Cecilia, La.—Com. Mús. B. M.
 Ceder la novia. (Segunda parte del Siglo Ilustrado).—Sain. Mús. B. M.
 Celos casuales, Los.—Ton. a 4. 1786. Mús. B. N. y del C.
 Celos de Paco, Los.—Ton. a 3. Mús. B. M.
 Celos de Tadeo, Los.—Ton. a 3. 1 junio 1782. Mús. B. N., M. y del C.
 Lib. B. N.
 Celos del espejo, Los.—Ton. a 2. 1784. Mús. B. N. y del C.
 Celos del pajarillo, Los.—Ton. a 3. 7 julio 1791. Lib. B. N.
 Celos iguales, Los.—Ton. a 2. 1781. Mús. B. N., M. y del C.
 Celos infundados, Los.—Ton. a 2. 3 octubre 1786. Mús. B. M. Lib. B. N.
 Celos o la mujer convencida, Los.—Ton. a 3. Mús. B. M.
 Celoso, El.—Ton. a 2. Mús. B. M.
 Celoso burlado, El.—Sain. Mús. B. M.
 Celoso castigado, El.—Ton. a 3. Mús. B. M.
 Celoso desengañado, El.—Ton. a 3. Mús. B. M.
 Celosos, Los.—Ton. a 3. Mús. B. M.
 Cerco y ruinas de Numancia.—Com. Mús. B. M.
 Cibeles y el Apolo, La.—Ton. a 2. 23 diciembre 1781. Mús. B. N., M. y
 del C. Lib. autógrafo de Laserna, B. N.
 Ciego con anteojos, El.—Ton. a 3. Mús. B. M.
 Ciego con vista, El.—Ton. a 4. Mús. B. M.
 Ciego fingido, El.—Ton. a 3. Mús. B. M.
 Ciegos y el amolador, Los.—Ton. a 4. 8 septiembre 1779. Mús. B. N., M. y
 del C. Lib. autógrafo de Laserna, B. N.
 Ciencia currutaca, La.—Ton. a solo. Mús. B. M.
 Cierta amiga mía...—Ton. a solo. Mús. B. M.
 Ciro reconocido.—Com. Mús. B. M.
 Cita a ensayo, La.—Ton. a 3. Mús. B. M.
 Cita frustrada, La.—Ton. a 2. 25 julio 1785. Mús. B. M. Lib. B. N.
 Civilización, La.—Ton. a solo. Mús. B. M.
 Civilizados, Los.—Ton. a solo. 1784. Mús. B. N. y del C.
 Clemencia de Tito, La.—Com. Mús. B. M.
 Codiciosos burlados, Los.—Ton. general. Mús. B. M.
 Cofre encantado, El.—Ton. a solo. 4 diciembre 1778. Mús. B. M., N. y
 del C. Lib. B. N.
 Colchonero, El.—Ton. a 3. 7 julio 1751. Mús. B. M. Lib. B. N.
 Comedia casera, La.—Sain. Mús. B. M.
 Comercio del mundo, El.—Ton. a solo. Mús. B. M.
 Cómica nueva, La.—Ton. a 2. 1780. Mús. B. N. y del C.

- Cómica y la operista, La.—Ton. a 3. 7 septiembre 1783. Mús. B. N., M. y del C. Lib. B. N.
- Cómico sincero, El.—Ton. a 2. 12 abril 1786. Mús. B. M. Lib. B. N.
- Cómicos de Méjico, Los.—Ton. a 3. Mús. B. M.
- Cómicos de repente, Los.—Sain. Mús. B. M.
- Cómicos de la Sierra, Los.—Sain. Mús. B. M.
- Como defiende su honor.—Com. Mús. B. M.
- Como juzgan mil modernos.—Ton. a solo. 1792. Mús. B. M. Lib. B. N.
- Comparación de los tiempos, La.—Ton. a 2. 1787. Mús. B. N. y del C.
- Con este ramo de flores.—Ton. a solo. 1779. Mús. B. N., M. y del C.
- Concepto errado, El.—Ton. a solo. Mús. B. M.
- Conde de Alarcos, El.—Com. Mús. B. M.
- Confianza, La.—Ton. a solo. Mús. B. M.
- Confianza burlada, La.—Ton. a 3. Mús. B. M.
- Confitero, El.—Ton. a 3. Mús. B. M.
- Conquista del Perú, La.—Com. Mús. B. M.
- Consejera, La.—Ton. a solo. Mús. B. M.
- Consejos, Los.—Ton. a solo. Mús. B. N. y del C.
- Consejos de la vieja, Los.—Ton. a solo. 30 marzo 1780. Mús. B. M. Libro autógrafo de Laserna, B. N.
- Constancia española, La.—Com. Mús. B. M.
- Constante, La.—Ton. a solo. Mús. B. M.
- Contento, tristeza.—Ton. a solo. 1783. Mús. B. N. y del C.
- Contribución de amor.—Ton. a solo. Mús. B. M.
- Cordero perdido, El.—Ton. a 3. 18 enero 1781. Mús. B. N., M. y del C. Lib. B. N.
- Cordonera y el tuno, La.—Ton. a 2. 16 febrero 1775. Lib. B. N.
- Corralón de los desamparados, El.—Sain. Mús. B. M.
- Corrección del vicio, La.—Ton. a solo. Mús. B. M.
- Cortejante calavera, El, o Pulpillo disfrazada.—Ton. a 2. 25 julio 1791. Mús. B. M. Lib. B. N.
- Cortejo de moda, El.—Ton. a 3. Mús. B. M.
- Cortejos confiados, Los.—Ton. a 3. 16 mayo 1781. Mús. B. N., M. y del C. Lib. B. N.
- Cosas del día.—Ton. a solo. 7 octubre 1778. Mús. B. N., M. y del C. Libro autógrafo de Laserna, B. N.
- Costurera, La.—Uno a solo. Mús. B. M.
- Cotorra, La.—Ton. a 5. Mús. B. M.
- Criada astuta, La.—Ton. a 4. 30 marzo 1793. Mús. B. M. Lib. B. N.
- Criados y el viudo, Los.—Ton. a 3. Mús. B. M.
- Criados y los toros, Los.—Ton. a 2. Mús. B. M.
- Criolla, La.—Ton. general. 12 junio 1780. Mús. B. M. Lib. autógrafo de Laserna, B. N.
- Crítica de la malicia humana.—Ton. a solo. 20 marzo 1788. Mús. B. M. Lib. B. N.
- Crítica de la petimetra, La.—Ton. a solo. 20 marzo 1788. Mús. B. M. Libro autógrafo de Laserna, B. N.
- Crítica del teatro, La.—Ton. a solo. 1783. Mús. B. N. y del C.
- Criticar con disimulo.—Ton. a solo. B. M.
- Criticar con inocencia.—Ton. a solo. 16 abril 1791. Mús. B. M. Lib. autógrafo de Laserna, B. N.
- Criticar lo que apatece.—Ton. a solo. Mús. B. M.
- Crítico granadero, El.—Ton. a solo. Mús. B. M.
- Cuenta sin la huésped, La.—Ton. a solo. Mús. B. M.
- Cuenta sin la huésped, La.—Ton. a 3. 1781. Mús. B. N. y del C.
- Cuento de la calle de la Paloma, El.—Ton. a solo. Mús. B. M.
- Cuento de la doncella con su ama, El.—Ton. a solo. Mús. B. M.
- Cuento del ratón, El.—Ton. a solo. 2 julio 1775. Mús. B. M. Lib. B. N.
- Curiosa, La.—Sain. Mús. B. M.
- Curiosa burlada, La.—Sain. Mús. B. M.
- Curiosa escarmentada, La.—Ton. a 2. Mús. B. M.
- Curiosidad de las mujeres, La.—Ton. a 2. Mús. B. M.

CH

Chasco de la viuda, El.—Ton. general. 1779. Mús. B. N. y del C.
Chasco de las negrillas, El.—Ton. a 6. Mús. B. M.
Chasco del cofre, El.—Ton. general. 21 diciembre 1783. Lib. B. N.
Chasco del confitero, El.—Ton. a 3. 1 junio 1785. Lib. B. N.
Chispero, El.—Sain. Mús. B. M.
Chiste del pajarito, El.—Ton. a solo. 1779. Mús. B. N., M. y del C.

D

Dama curiosa, La.—Ton. a 2. Mús. B. M.
Dama de mal humor, La.—Ton. a 4. 22 mayo 1792. Mús. B. M. Lib. B. N.
Dama desengañada, La.—Ton. a 2. 1786. Mús. B. N., M. y del C.
Dama en la aldea, La.—Ton. a solo. 26 marzo 1785. Lib. B. N.
Dama maja, La.—Ton. a 2. Mús. B. M.
Dama sofocada, La.—Ton. a 3. 1782. Mús. B. N. y del C.
Dama y el cadete, La.—Ton. a 2. 28 enero 1779. Mús. B. N., M. y del C.
Lib. B. N.
Damas de nuevo cuño, Las.—Ton. a solo. Mús. B. M.
Danza de los perritos, La.—Ton. a 6. Mús. B. M.
De qué modo el mundo juzga.—Ton. a solo. Mús. B. M.
Defensa de Gerona, La.—Com. Mús. B. M.
Defensa de las mujeres, La.—Ton. a solo. 28 marzo 1788. Mús. B. M.
Lib. B. N.
Defensa de los hombres, La.—Ton. a solo. Mús. B. M.
Defensa de Sevilla, La.—Com. Mús. B. M.
Defensa de Valencia, La.—Com. Mús. B. M.
Descenso del globo, El.—Sain. Mús. B. M.
Desconfianza de la rivera, La.—Ton. a 3. 1787. Mús. B. N. y del C.
Descontentos, Los.—Ton. a 2. Mús. B. M.
Descripción del verano, La.—Ton. a solo. Mús. B. M.
Desdén, El.—Ton. a 2. Mús. B. M.
Desdén con el desdén, El.—Com. Mús. B. M.
Desdeñosa, La.—Ton. a 3. Mús. B. M.
Desdicha de la voz, La.—Com. Mús. B. M.
Desempeño, El.—Ton. a solo. 1779. Mús. B. N. y del C.
Desengañada, La.—Ton. a solo. Mús. B. M.
Desengañado, El.—Ton. a 3. 27 agosto 1785. Mús. B. M. Lib. B. N.
Desengaño, El.—Ton. a solo. 9 octubre 1776. Lib. B. N.
Desengaño de los amantes, El.—Ton. a 2. 1792. Mús. B. M. Lib. B. N.
Desengaño de los hombres, El.—Ton. a solo. Mús. B. M.
Desengaño de los oficiales, El.—Ton. a 3. 9 noviembre 1788. Mús. B. M.
Lib. B. N.
Desengaño de los quejosos, El.—Ton. a solo. Mús. B. M.
Desengaño del hijo, El.—Ton. a 2. 24 septiembre 1788. Mús. B. M. Lib. B. N.
Deseo de la Pulpillo, El.—Ton. a solo. 1781. B. N., M. y del C. Lib. B. N.
Deseos contrarios, Los.—Ton. a 2. Mús. B. M.
Deserción de la Polonia, La.—Ton. a 2. 2 septiembre 1781. Mús. B. N. y del C. Lib. B. N.
Despedida, La.—Ton. a dúo. 13 febrero 1784. Mús. B. M. Lib. autógrafo de Laserna, B. N.
Despedida, La (segunda parte).—Ton. a 2. 9 abril 1784. Lib. B. N.
Despreciada, La.—Ton. a 3. 1784. Mús. B. N. y del C.
Despreciado, El.—Ton. a 3. 1784. Mús. B. N. y del C.

Destino de la Rafaela, El.—Ton. a solo. 28 marzo 1785. Lib. B. N. (en parte autógrafo de Laserna).

Dí, porque, mudable suerte.—Ton. a solo. 1780. Mús. B. N. y del C.

Día de campo, El.—Sain. Mús. B. M.

Día feliz de España, El.—Com. Mús. B. M.

Diario, El.—Ton. a solo. Mús. B. N. y del C.

Dictámenes opuestos, Los.—Ton. a 4. Lib. B. N.

Dichoso desengaño, El.—Ton. a 2. Mús. B. M.

Disculpa de los necios, La.—Ton. a solo. 6 junio 1783. Mús. B. N., M. y del C. Lib. B. N.

Disculpa que más culpa, La.—Ton. a solo. Mús. B. M.

Discurso y la verdad, El.—Ton. a 3. Mús. B. M.

Disputa de la boda, La.—Ton. a 4. Mús. B. M.

Disputa de los amigos, La.—Ton. a 3. Mús. B. M.

Distracción corregida, La.—Ton. a 2. Mús. B. M.

Distracción enmendada, La.—Ton. a 2. Mús. B. M.

Diversión, La.—Ton. a 4. Mús. B. M.

Diversión sin efecto, La.—Sain. Mús. B. M.

¿Dónde irá, toda turbada?—Ton. a solo. Mús. B. M.

Donde las dan las toman.—Ton. a solo. 9 abril 1789. Lib. B. N.

Donde menos se piensa, salta la liebre.—Ton. a 3. Mús. B. M.

¿Dónde?, Polonia querida.—Ton. general. Mús. B. M.

¿Dónde voy?, ay de mí.—Ton. a solo. Mús. B. M.

¿Dónde voy?, o Gracias a Dios que gozo. Ton. a solo. Mús. B. M.

Doña Inés de Castro.—Com. Mús. B. M.

Dos amantes más finos, Los.—Com. Mús. B. M.

Dos crueles enemigos.—Com. Mús. B. M.

Dos cuñadas, Las.—Ton. a 3. Mús. B. M.

Dos escribanos, Los.—Ton. a 5. Mús. B. M.

Dos libros, Los.—Ton. a solo. Mús. B. M.

Dos novios, Los.—Ton. general. 1780. Mús. B. N., M. y del C.

Dudas de la paya, Las.—Ton. a solo. 1784. Mús. B. N., M. y del C.

Duendes, Los.—Ton. a solo. 16 abril 1791. Mús. B. M. Lib. B. N.

Dueños queridos.—Ton. a solo. 1778. Mús. B. N. y del C.

E

Ecio triunfante en Roma.—Com. Mús. B. M.

Efectos de la aprensión, Los.—Ton. a solo. 16 enero 1788. Mús. B. M. Lib. B. N.

Efectos del amor.—Ton. a solo. 1 octubre 1791. Mús. B. M. Lib. B. N.

Efectos del lujo, Los.—Ton. a 3. 4 febrero 1787. Mús. B. M. Lib. B. N.

Egilona.—Com. Mús. B. M.

Elección de novio, La.—Ton. a 3. Mús. B. M.

Elección de los novios.—Ton. a 3. Mús. B. M.

Elección de oficio.—Ton. a 2. 14 octubre 1788. Mús. B. M. Lib. B. N.

Electrizado el pecho.—Ton. a 3. Mús. B. M.

Elías y Acab.—Com. Mús. B. M.

Embolismadoras, Las.—Ton. a 5. 1783. Mús. B. N. y del C.

Embusteros, Los.—Ton. a 4. 1786. Mús. B. N. y del C.

Empanada, La.—Ton. general. 23 diciembre 1781. Mús. B. M. Lib. autógrafo de Laserna, B. N.

Emporio del orbe.—Ton. a solo. Mús. B. M.

En donde las dan las toman. Ton. a 2. 30 enero 1795. Lib. B. N.

En que lucha tan fuerte.—Ton. a solo. 1779. Mús. B. N., M. y del C.

Enamorar cantando.—Ton. a solo. Lib. autógrafo de Laserna, B. N.

Encantada Melisendra, La.—Com. Mús. B. M.

Encargo de la Rodrigo, El.—Ton. a 2. Mús. B. M.

- Encuentro de la apasionada o los Majos de la Carrera, El.—Ton. a 2. 14 mayo 1786. Mús. B. M. Lib. B. N.
 Encuentro del pastor, El.—Ton. a 3. Mús. B. M.
 Enemigo de las mujeres, El.—Ton. a 2. Mús. B. M.
 Enfado de Mariquita, El.—Ton. a solo. Mús. B. M.
 Enfado de la Rivera, El.—Ton. a solo. 1782. Mús. B. N. y del C.
 Enhorabuena de la Pulpillo, La.—Ton. a 3. 26 marzo 1785. Mús. B. M.
 Enredo de Tadeo, El.—Ton. a 4. Mús. B. N. y del C.
 Ensayo, El.—Sain. Mús. B. M.
 Ensayo, El.—Ton. a 3. Mús. B. M.
 Ensayo para empezar el Sr. Manuel Fernández, El.—Ton. a 4. Mús. B. M.
 Ente, El.—Ton. a solo. Mús. B. M.
 Entre encarnados celajes.—Ton. a solo. Mús. B. M.
 Entretenido, El.—Ton. a 2. Mús. B. N. y M.
 Entretenido y el paje, El.—Ton. a 3. 13 abril 1787. Mús. B. M. Lib. B. N.
 Entusiasmo, El.—Ton. a solo. V. Antusiasmo, El.
 Escarmentado, El.—Ton. a 4. Mús. B. M.
 Escribano enredador, El.—Ton. a 3. Mús. B. M.
 Esfera del teatro, La.—Ton. a solo. 1787. Mús. B. N. y del C.
 España antigua, La.—Ton. a solo. 1784. Mús. B. N., M. y del C.
 España moderna, La.—Ton. a solo. 31 marzo 1785. Mús. B. N., M. y del C. Lib. B. N.
 Esposos descontentos, Los.—Ton. a 3. Mús. B. M.
 Esposos imprudentes, Los.—Ton. a 2. 4 octubre 1791. Mús. B. M. Lib. B. N.
 Esposos perdidos, Los.—Ton. a 3. Mús. B. M.
 Estados mudan costumbres.—Sain. Mús. B. M.
 Estrechos, Los.—Ton. a solo. Mús. B. M.
 Eurídice y Orfeo.—Com. Mús. B. M.
 Examen para el teatro, El.—Ton. a 3. Mús. B. M.

F

- Falsedad descubierta, La.—Ton. a 3. Mús. B. M.
 Fama es la mejor dama, La.—Com. Mús. B. M.
 Fiestas de Aranjuez, Las.—Sain. Mús. B. M.
 Forastero, El.—Sain. Mús. B. M.
 Forastero prudente, El.—Sain. Mús. B. M.
 Fortuna de las niñas, La.—Ton. a solo. 1781. Mús. B. N. y del C.
 Francés, italiano y majos o el Triunfo de las mujeres.—Ton. a 4. Mús. B. M.
 Francesa, La.—Ton. a 2. 2 junio 1786. Mús. B. M. Lib. B. N.
 Frenos trocados, Los.—Ton. a solo. 1783. Mús. B. N. y del C.
 Fuencarralera y el madrileño, La.—Ton. a 2. Mús. B. M.
 Fuente de Santa Cruz, La.—Ton. a 3. Mús. B. M.
 Fuga de la Pulpillo, La.—Ton. a 3. 29 abril 1784. Mús. B. M. Lib. B. N.
 Función de la Raboso, La.—Ton. general. 1779. Mús. y Lib. B. N.
 Función de la Raboso, La.—Sain. Mús. B. M.

G

- Gacetilla, La.—Ton. a solo. 1784. Mús. B. N. y del C.
 Galeote, El.—Com. Mús. B. M.
 Gallega reducida, La.—Ton. a 4. Mús. B. M.
 Gallegas picadas y celosas, Las.—Sain. Mús. B. M.
 Gazmoña embustera, La.—Ton. a 3. Mús. B. M.
 Genio de los hombres, El.—Ton. a solo.—Mús. B. M.
 Genios encontrados, Los.—Ton. a 2. Mús. B. M.

Gitanilla fingida, La.—Opera. V. Gitanilla por amor, La.
 Gitanilla honrada, La.—Sain. Mús. B. M.
 Gitanilla por amor, La.—Opera. Mús. B. M.
 Gitano celoso, El.—Ton. a 2. Mús. B. M.
 Gitano celoso y gitana solitaria, El.—Ton. a 2. Mús. B. M.
 Gitanos tragedistas, Los.—Sain. Mús. B. M.
 Gitanos y el hidalgo, Los.—Ton. a 3. Mús. B. M.
 Godo rey Leovigildo, El.—Com. Mús. B. M.
 Godofredo en Jerusalén.—Com. Mús. B. M.
 Golfo del teatro, El.—Ton. a solo. 1787. Mús. B. N. y del C.
 ¡Gracias a Dios, Madrid mío!—Ton. a solo. 9 abril 1779. Mús. B. N., M. y del C. Lib. B. N.
 Gracias de nuestro siglo, Las.—Ton. a solo. Mús. B. M.
 Gracioso picado, El.—Sain. Mús. B. M.
 Grito de la naturaleza, El.—Com. Mús. B. M.
 Gusto estragado, El.—Ton. a solo. 1781. Mús. B. N., M. y del C.
 Gusto perdido, El.—Ton. a 3. Mús. B. M., N. y del C.

H

Hacer de la oliva laurel.—Com. Mús. B. M.
 Hado y divisa.—Com. Mús. B. M.
 Hasta aquí llegó el sainete.—Sain. Mús. B. M.
 Hay venganza que es demencia.—Com. Mús. B. M.
 Hércules y Deyanira.—Com. Mús. B. M.
 Hermanas contrarias, Las.—Ton. a 4. Mús. B. M.
 Hermano convencido, El.—Ton. a 2. Mús. B. M.
 Héroe del Barquillo, El.—Ton. general. 22 diciembre 1792. Mús. B. M. Lib. B. N.
 Héroe verdadero, El.—Com. Mús. B. M.
 Herrero, El.—Ton. a 2. Mús. B. M.
 Hidalgá en la Corte, La.—Ton. a solo. 1785. Mús. B. M.
 Hidalgo lugareño y la petimetra, El.—Ton. a 2. Mús. B. M.
 Hipócrita.—Ton. a 3. Mús. B. M.
 Hipólita y Narciso.—Ton. a 3. Mús. B. M.
 Honestidad triunfante, La.—Sain. Mús. B. M.
 Hortelana, un usía y un hortelano, Una.—Ton. a 3. Mús. B. M.
 Hortera enredador y el maestro de lenguas, El.—Ton. a 4. Mús. B. M.
 Hospiciano, El.—Ton. general. Mús. B. M.
 Hospiciano y la criada, El.—Ton. a 2. 1782. B. N., M. y del C.
 Hospital del desengaño, El.—Ton. a 3. Mús. B. M.
 Hospital del mundo, El.—Ton. a solo. 13 julio 1783. Mús. B. M. Lib. B. N.
 Hoy, amados polaquitos...—Ton. a solo. 12 mayo 1791. Mús. B. M. Libro B. N.

I

Impulsos del placer, Los.—Sain. Mús. B. M.
 Incógnita, La.—Ton. a 4. Mús. B. M.
 Inconstante, La.—Ton. a 2. Mús. Mús. B. M.
 Indiana, La.—Com. Mús. B. M.
 Indirectas, Las.—Ton. a solo. Mús. B. M.
 Indiscreto burlado, El.—Ton. a 5. 1783. Mús. B. N. y del C.
 Inglés, El.—Ton. a 3. Mús. B. M.
 Ino y Nifile.—Com. Mús. B. M.
 Inocente afortunada, La.—Sain. Mús. B. M.
 Inocente pastorcilla, La.—Ton. a 3. Mús. B. M.

Inspección del amor, La.—Ton. a 5. 17 enero 1782. Lib. autógrafo de Laserna, B. N.

Inspectoría, La.—Ton. a 5. Mús. B. M.

Instrucción del poeta, La.—Ton. a solo. Lib. autógrafo de Laserna, B. N.

Introducción para la tonadilla nueva que ha de cantar la Sra. María Rivera, acompañada de la Sra. Polonia Rochel y Gabriel López Chinita. 1780. Lib. B. N.

Irónica, La.—Ton. a solo. 1786. Mús. B. N. y del C.

Italiana y la andaluza, La.—Ton. a 3. Mús. B. M.

J

Jardín divertido, El.—Sain. Mús. B. M.

Jardinera, La.—Ton. a solo. 23 enero 1777. Mús. B. M. Lib. autógrafo de Laserna, B. N.

Jardinera del amor, La.—Ton. a solo. 19 enero 1784. Mús. B. M. Lib. B. N.

Jardinera y el señorito, La.—Ton. a 3. 1779. Mús. B. M., N. y del C.

Jardineros, Los.—Ton. a 2. Mús. B. M.

Jerusalén destruída.—Com. Mús. B. M.

Judit.—Com. Mús. B. M.

Juego de letras, El.—Sain. Mús. B. M.

Juguete de la boda, El.—Ton. a 2. Mús. B. M.

Juicio del año, El.—Ton. a solo. 19 marzo 1788. Mús. B. M. Lib. B. N.

Juicio lo vence todo, El.—Ton. a 3. Mús. B. M.

Julio César y Catón.—Com. Mús. B. M.

Justina.—Com. Mús. B. M.

Juzgar lo bueno por lo malo.—Ton. a solo. 31 octubre 1788. Mús. B. M. Lib. B. N.

L

Lance de la naranjera.—Ton. a 3. 3 junio 1779. Mús. B. N., M. y del C. Lib. B. N.

Lance del café o el engaño descubierto, El.—Ton. general. 5 enero 1784. Mús. B. M. Lib. en parte autógrafo de Laserna, B. N.

Lección de la Manuela, La.—Ton. a 3. Mús. B. M.

Lección de música y bolero, La.—Ton. a 3. Mús. B. M.

Lente, El.—Ton. a solo. 18 abril 1784. Lib. B. N.

Letrado y la litigante, El.—Ton. a 2. 30 marzo 1793. Mús. B. M. Lib. B. N.

Librito de las habilidades, El.—Ton. general. Mús. B. M.

Lo malo no para en bien.—Ton. a solo. Mús. B. M.

Ló que es pedir peras al olmo.—Ton. a solo. Mús. B. M.

Lo que fuere sonará.—Ton. a solo. Mús. B. M.

Lo que produce la moda.—Ton. a solo. Mús. B. M.

Lo que puede una buena habilidad.—Ton. a solo. 11 abril 1789. Mús. B. M. Lib. B. N.

Loa para acabar, La.—Sain. Mús. B. M.

Locuras y resultas de Carnestolendas (segunda parte de la Cuaresma).—Ton. general. Mús. B. M.

Lotería, La.—Ton. a solo. Mús. B. M.

Luz del desengaño, La.—Ton. a solo. 25 julio 1785. Mús. B. M. Lib. B. N.

LI

Llegar a tiempo.—Com. Mús. B. M.

M

- Maestro de bolero, El.—Ton. a 4. 18 agosto 1791. Mús. B. M. Lib. B. N.
 Maestro de cantar, El.—Ton. a 2. 1 noviembre 1775. Mús. B. M. Lib. B. N.
 Maestro de guitarra, El.—Ton. a 2. Mús. B. M.
 Maestro de ópera, El (o el consuelo de Mintegui).—Ton. a 3. Mús. B. M.
 Lib. B. N.
 Maestro enamorado, El.—Ton. a 2. Mús. B. M.
 Maestro inglés, El.—Ton. a 3. Mús. B. M.
 Maestro y las discípulas, El.—Ton. a 3. Mús. B. M.
 Maestros de la Raboso, Los (conocida por la del Trípili).—Ton. a 3. 1780.
 Mús. B. N., M. y del C.
 Maestros de la Sra. Navarro, Los.—Ton. a solo. 5 abril 1776. Mús. B. M.
 Lib. B. N.
 Magencio y Constantino.—Com. Mús. B. M.
 Mágico de Cataluña, El.—Com. Mús. B. M.
 Mágico de Esivan, El.—Com. Mús. B. M.
 Maja alegre, La.—Ton. a 3. Mús. B. M.
 Maja constante, La.—Ton. a 2. Mús. B. N., M. y del C.
 Maja honrada, La.—Ton. a 3. Mús. B. M.
 Maja y el andaluz, La.—Ton. a 3. Mús. B. M.
 Maja y el berberisco, La.—Ton. a 2. 9 abril 1784. Mús. B. M. Lib. autó-
 grafo de Laserna, B. N.
 Maja y el músico, La.—Ton. a 2. 5 agosto 1781. Mús. B. N., M. y del C.
 Lib. B. N.
 Maja y el sargento, La.—Ton. a 2. Mús. B. M.
 Maja y un hortera, Una.—Ton. a 2. Mús. B. M.
 Majo celoso, El.—Ton. a 2. Mús. B. M.
 Majo escrupuloso El.—Sain. Mús. B. M.
 Majo y la italiana fingida, El.—Ton. a 2. 1779. Mús. B. N., M. y del C.
 Majo y los dos hermanos, El.—Ton. a 3. Mús. B. M.
 Majos celosos, Los.—Ton. a 2. Mús. B. M.
 Majos de los toros.—Ton. a 3. 1780. Mús. B. N., M. y del C.
 Majos del Prado, Los.—Ton. a 2. Mús. B. M.
 Majos descontentos, Los.—Ton. a 2. Mús. B. M.
 Mala etiqueta, La.—Ton. a solo. Mús. B. M.
 Malicia popular, La.—Ton. a solo. 1784. Mús. B. N., M. y del C.
 Malos criados, Los.—Sain. Mús. B. M.
 Malucas, Las.—Com. Mús. B. M.
 Mallorquina y el oficial, La.—Ton. a 3. 16 mayo 1781. Mús. B. N., M. y
 del C. Lib. B. N.
 Maravillas de Dios por el brazo de Josué, Las.—Com. Mús. B. M.
 María Pita.—Com. Mús. B. M.
 Marido chasqueado, El.—Sain. Mús. B. M.
 Marido desdeñoso, El.—Ton. a 2. 30 agosto 1787. Mús. B. M. Lib. B. N.
 Marido hace mujer, El.—Ton. a 3. Mús. B. M.
 Marido honrado, El.—Ton. a 2. 4 octubre 1788. Mús. B. M. Lib. B. N.
 Marido indiscreto, El.—Ton. a 3. Mús. B. M.
 Marido pesado, El.—Ton. a 3. Mús. B. M.
 Marido prudente, El.—Ton. a 2. Mús. B. M. Lib. B. N.
 Marido reconocido, El.—Ton. a 2. 1 mayo 1785. Mús. B. N., M. y del C.
 Lib. autógrafo de Laserna, B. N.
 Marido sagaz, El.—Ton. a 2. 4 mayo 1793. Mús. B. M. Lib. autógrafo
 de Laserna, B. N.
 Marineros de Aranjuez, Los.—Ton. general. 7 julio 1784. Mús. B. N., M.
 y del C. Lib. B. N.
 Mariscal de Virón, El.—Com. Mús. B. M.
 Marqueses regañones, Los.—Ton. a 6. Mús. B. M.

- Más amigo la pega, El.—Sain. Mús. B. M.
 Más no quiero murmurar.—Ton. a solo. Mús. B. M.
 Más perfecta amistad, La.—Com. Mús. B. M.
 Más puede el ejemplo que el consejo.—Ton. a 4. Mús. B. M.
 Matón, El.—Ton. a 3. Mús. B. M.
 Mayorazgo burlado, El.—Ton. a 5. Mús. B. M.
 Mayorazgos necios, Los.—Ton. general. Mús. B. M.
 Mayordomo feliz, El.—Com. Mús. B. M.
 Médico por amor, El.—Ton. a 3. Mús. B. M.
 Médico y los sobrinos, El.—Ton. a 3. Mús. B. M.
 Médicos de moda, Los.—Ton. a 5. Mús. B. M.
 Mejor alcalde, el Rey, El.—Com. Mús. B. M.
 Mejor representante, El.—Com. Mús. B. M.
 Melonero, El.—Ton. a 3. Mús. B. M.
 Memoriales, Los.—Ton. a 3. Mús. B. M.
 Menestral prudente, El.—Ton. a 2. Mús. B. M.
 Menestrales, Los.—Com. Mús. B. M.
 Mercader generoso, El.—Ton. a 3. Mús. B. M.
 Merienda del canal, La.—Ton. general. Mús. B. M.
 Mi poca fortuna, ansina me tiene.—Ton. a 2. Mús. B. M.
 Miedo guarda la viña, El (o Siempre es bueno huir del daño).—Ton. a solo.
 Mús. B. M.
 Misántropos, Los.—Ton. a 3. Mús. B. M.
 Miscelánea.—Ton. a solo. 9 febrero 1776. Mús. B. M. Lib. B. N.
 Miscelánea, La.—Ton. general. Diciembre 1785. Mús. B. N. y del C.
 Moderna educación, La.—Ton. a solo. Mús. B. M.
 Molinera, la pescadora y el pajarero, La.—Ton. a 3. Mús. B. M.
 Molinero vengado, El.—Ton. general. 23 diciembre 1779. Mús. B. M.
 Lib. B. N.
 Molino de Keven, El, y Aventuras de Tequeli.—Com. Mús. B. M.
 Molino y la caza, El.—Ton. general. 5 junio 1778. Mús. B. N., M. y del C.
 Lib. autógrafo de Laserna, B. N.
 Monstruo, El.—Ton. a 2 y coro. 25 septiembre 1784. Mús. B. M. Lib. en
 parte autógrafo de Laserna, B. N.
 Morir por patria y honor.—Com. Mús. B. M.
 Mosqueteritos de mi vida.—Ton. a solo. Mús. B. N., M. y del C.
 Mosqueteritos míos.—Ton. a solo. Mús. B. N., M. y del C.
 Moza de cántaro, La.—Com. Mús. B. M.
 Mudo por su provecho, El.—Sain. Mús. B. M.
 Muerte de Héctor, La.—Com. Mús. B. M.
 Mujer convencida, La.—Ton. a 2. Mús. B. M.
 Mujer disfrazada, La.—Ton. a 3. Mús. B. M.
 Mujer firme, La.—Com. Mús. B. M.
 Mujer impaciente, La.—Ton. a 2. Mús. B. M.
 Mujer insufrible, La.—Ton. a 2. Mús. B. M.
 Mundo al revés, El.—Ton. a solo. 1782. Mús. B. N. y del C.
 Mundo al revés, El.—Ton. a 3. 5 diciembre 1782. Mús. B. M. Lib. B. N.
 Mundo está vuelto, lo de abajo arriba, El.—Ton. a solo. Mús. B. M.
 Muñeca, La.—Ton. general. 1782. Mús. B. N., M. y del C.
 Murmuración, La.—Ton. a solo. Mús. B. M.
 Murmuraciones del Prado, Las.—Ton. a solo. 13 mayo 1779. Mús. B. N.,
 M. y del C. Lib. B. N.
 Murmuradoras, Las, o Nadie juzgue de lo oculto.—Ton. a 5. Mús. B. M.

N

- Nadie fie de su suerte, hasta que llegue la muerte.—Com. Mús. B. M.
 Nadie juzgue por la vista.—Ton. a solo. 23 octubre 1788. Lib. B. N.
 Naranjera y el paseante, La.—Ton. a 2. Mús. B. M.

- Necia confiada, La.—Ton. a 4. Mús. B. M.
 No hallo sosiego.—Ton. a solo. 1779. Mús. B. N., M. y del C.
 No hay con la patria venganza y Temístocles en Persia. Com. Mús. B. M.
 No hay en amor amistad.—Ton. a 3. Mús. B. M.
 No hay nobleza sin virtud.—Ton. a solo. 1787. Mús. B. N., M. y del C.
 No los puedo ver pintados.—Ton. a 3. Mús. B. M.
 No se en que consiste.—Ton. a solo. Mús. B. M.
 No se evita un precipicio, o el Mágico Tineo.—Com. Mús. B. M.
 Nochebuena en la aldea, La.—Sain. Mús. B. M.
 Nochebuena en Pastrana, La.—Sain. Mús. B. M.
 Nombres trocados, Los.—Ton. a solo. 5 abril 1782. Mús. B. M. Lib. B. N.
 Novelero, El.—Sain. Mús. B. M.
 Novia astuta, La.—Ton. a 3. Mús. B. M.
 Novia burlada, La.—Ton. a solo. 1787. Mús. B. N. y del C.
 Novia desdenosa, La.—Ton. a 3. 11 diciembre 1780. Mús. B. M. Lib. B. N.
 Novia porfiada, La.—Ton. a 2. 1783. Mús. B. N., M. y del C.
 Novia sagaz, La.—Ton. a 2. 1782. Mús. B. N. y del C.
 Novia sin novio, La.—Ton. a 2. 1779. Mús. B. N., M. y del C. Lib. autó-
 grafo de Laserna, B. N.
 Novia vengativa, La.—Ton. a 2. 19 abril 1792. Mús. B. M. Lib. B. N.
 Novillo de la tarde de San Isidro, El.—Ton. a 3 y coro. 6 junio 1783. Mú-
 sica B. N. M. y del C. Lib. B. N.
 Novio burlado, El.—Ton. a 6. Mús. B. M.
 Novio cazado, El.—Sain. Mús. B. M.
 Novio discreto, El.—Ton. a 2. 1 octubre 1788. Mús. B. M. Lib. B. N.
 Novio prudente, El.—Ton. a 3. Mús. B. M.
 Novio y las dos hermanas, El.—Ton. a 3. Mús. B. M.
 Novios opuestos, Los.—Ton. a 2. Mús. B. M.
 Nueva en la fonda, La.—Ton. a 3. Mús. B. N. y M.
 Nuevo diccionario, El.—Ton. a solo. Mús. B. M.

O

- Obrador de sastres, El.—Sain. Mús. B. M.
 Obsequio de la Sra. Gamborino, El.—Ton. a 3. Mús. B. M.
 Ocasión hace al ladrón, La.—Ton. a solo. Mús. B. M.
 Oficial alojado, El.—Ton. a 3. 13 noviembre 1788. Mús. B. M. Lib. B. N.
 Oficial despreciado, El.—Ton. a 3. Mús. B. M.
 Oficios, Los.—Ton. a solo. Mús. B. M.
 Oficios despreciados, Los.—Ton. a 4. 18 agosto 1787. Mús. B. M. Lib. B. N.
 ¡Oh, cuánto un pecho sufre!—Ton. a solo. 1777. Mús. B. N. y del C.
 ¡Oh, que penas amargas!, o el motejo de la Corte.—Ton. a solo. 1779.
 Mús. B. N., M. y del C.
 Olimpia y Nicandro.—Com. Mús. B. M.
 Opera supuesta, La.—Sain. Mús. B. M.
 Operista y el cómico, La.—Ton. a 2. 4 diciembre 1784. Mús. B. M.
 Ordenanzas de la moda, Las.—Ton. a solo. 18 mayo 1787. Mús. B. M.
 Lib. B. N.

P

- Padre seducido, El.—Sain. Mús. B. M.
 Paisanitos graciositos.—Ton. a solo. Mús. B. N. y del C.
 Pajarera y los cazadores, La.—Ton. a 3. 1779. Mús. B. N. y del C.
 Paje enredador, El.—Ton. a 6. 18 enero 1781. Mús. B. N., M. y del C.
 Lib. B. N.
 Paje escritor, El.—Ton. a 2. 5 diciembre 1786. Mús. B. M. Lib. B. N.

- Paje mal contento, El.—Ton. a 3. 25 julio 1778. Mús. B. M. Lib. B. N.
 Paje y la doncella, El.—Ton. a 2. Mús. B. M.
 Panadera de Sacedón, La.—Ton. a 3. 27 julio 1793. Mús. B. M. Lib. B. N.
 Para vencer amor saber vencerse.—Ton. a 2. Mús. B. M.
 Parabién, El.—Ton. a 2. 5 abril 1782. Mús. B. N., M. y del C. Lib. B. N.
 Pareceres del teatro, Los.—Ton. a solo. Mús. B. M.
 Pareceres opuestos, Los.—Ton. a 2. Mús. B. M.
 Pastor malicioso, El.—Ton. a 3. Mús. B. M.
 Pastor y pastora.—Ton. a 2. Mús. B. M.
 Pastores, Los.—Ton. a 3. Mús. B. M.
 Pastores amantes y el Escribano criminal, Los.—Ton. a 4. Mús. B. M.
 Pastores amorosos, Los.—Ton. a 2. Mús. B. M.
 Pastores simples, Los.—Ton. a 2. Mús. B. M.
 Pastores y los locos, Los.—Ton. a 4. 30 septiembre 1781. Mús. B. M.
 Lib. B. N.
 Paya astuta, La.—Ton. a 4. Mús. B. N.
 Paya de los pavos, La.—Ton. a 2. 21 junio 1781. Mús. B. M. Lib. B. N.
 Paya inocente, La.—Ton. a 2. Mús. B. M.
 Paya maliciosa, La.—Ton. a solo. M. B. M.
 Paya sagaz, La.—Ton. a 3. Mús. B. M.
 Paya y el cazador, La.—Ton. a 2. Mús. B. M.
 Paya y el petimetre, La.—Ton. a 3. Mús. B. N., M. y del C.
 Payas fisgonas, Las.—Ton. a 4. Mús. B. M.
 Payo cómico, El.—Sain. Mús. B. M.
 Payo crédulo, El.—Ton. general. 3 octubre 1783. Mús. B. M. Lib. B. N.
 Payo encaprichado y efectos de la ignorancia, El.—Ton. a 5. Mús. B. M.
 Payos astutos, Los.—Ton. a 6. 1793. Mús. B. M. Lib. B. N.
 Payos burlados, Los.—Ton. general. Mús. B. M.
 Payos de Trillo, Los.—Sain. Mús. B. M.
 Payos en el Prado, Los.—Ton. a 4. Mús. B. M.
 Payos honrados, Los.—Ton. a 4. Mús. B. M.
 Pedante, El.—Ton. a 3. 4 diciembre 1792. Lib. B. N.
 Peluquero y la criada, El.—Ton. a 2. 20 mayo 1784. Mús. B. M. Lib. B. N.
 Perderla de confiado.—Ton. a 4. Mús. B. M.
 Peregrina adivina, La.—Ton. a solo. 23 junio 1782. Mús. B. N., M. y
 del C. Lib. B. N.
 Peregrina inocente, La.—Ton. a solo. 23 diciembre 1784. Mús. B. N., M.
 y del C. Lib. B. N.
 Peregrina y el pastor sordo, La.—Ton. a 3. Mús. B. M.
 Pero, El.—Ton. a solo. 1784. Mús. B. N. y del C.
 Perseguido, El.—Com. Mús. B. M.
 Pescador cortesano, El.—Ton. a 2. 18 mayo 1788. Mús. B. M. Lib. B. N.
 Pescadora amante, La.—Ton. a 3. Mús. B. M.
 Pescadora y cazador.—Ton. a 2. Mús. B. M.
 Pescadorcita, La.—Ton. a solo. 28 noviembre 1779. Mús. B. N., M. y
 del C. Lib. B. N.
 Peso, El.—Ton. a solo. Mús. B. M.
 Petimetra sin criada, La.—Ton. a 3. Mús. B. M.
 Petimetra supuesta, La.—Ton. a 2. Mús. B. M.
 Petimetre de moda, El.—Ton. a 2. Mús. B. M.
 Petimetre y la patrona, El.—Ton. a 2. Mús. B. M.
 Picarito burlado, El.—Ton. a 2. Mús. B. M.
 Pique, El.—Ton. a 3. 29 abril 1786. Lib. B. N.
 Plagas de Faraón, Las.—Com. Mús. B. M.
 Pobrecito, El.—Ton. a solo. Mús. B. M.
 Poeta, El.—Ton. a 2. 23 abril 1791. Mús. B. M. Lib. B. N.
 Poeta escribiendo un monólogo, El.—6 septiembre 1793. Lib. B. N.
 Poeta y la gallega, El.—Ton. a 2. Mús. B. M. Lib. B. N.
 Poetas cómicos, Los.—Sain. Mús. B. M.
 Policena.—Com. Mús. B. M.
 Polonia y Briñoli, La.—Ton. a 2. Mús. B. M.

- Por la puente Juana.—Com. Mús. B. M.
Porfiados, Los.—Ton. general. Mús. B. M.
Posadera burlada, La.—Ton. a 3. 1779. Mús. B. N.
Posadera y el arriero, La.—Ton. a 5. Mús. B. M.
Posadera y los jugadores, La.—Ton. a 3. 18 febrero 1781. Mús. B. N.,
M. y del C. Lib. B. N.
Potajera, La.—Ton. a solo. 20 abril 1774. Mús. B. M. Lib. B. N.
Premio de la constancia, El.—Zarzuela. Lib. B. N.
Premios, Los.—Ton. a solo. 1786. Mús. B. N. y del C.
Preocupaciones, Las.—Ton. a 3. Mús. B. M.
Preocupaciones, Las.—Ton. a solo. 1787. Mús. B. N. y del C.
Pretendiente a cómico, El.—Ton. a 4. Mús. B. M.
Princesa espigadora, La.—Com. Mús. B. M.
Pronóstico.—Ton. a solo. Mús. B. M.
Protección de Tadeo, La.—Ton. a 2. 1779. Mús. B. N., M. y del C.
Protectora, La.—Ton. a 2. 9 abril 1782. Lib. B. N.
Provincias españolas unidas por el placer, Las.—Sain. Mús. B. M.
Proyecto de la Joaquina, El.—Ton. a 3. Mús. B. M.
Prueba de los cantores, La.—Ton. a 3. 23 diciembre 1815. Lib. B. N.
Prueba de los caracteres, La.—Ton. a 3. Mús. B. M.
Puntillosos, Los.—Ton. a 2. 1782. Mús. B. N., M. y del C.

Q

- ¿Qué buscas?—Ton. a 2. 1785. Mús. B. N., M. y del C.
¡Que letargo inhumano!—Ton. a solo. Mús. B. M.
Queja de la Prado, La.—Ton. a 2. Mús. B. M.
Queja de la Sra. Vicenta, La.—Ton. a 3. Mús. B. M.
Queja de los animales, La.—Ton. a solo. Mús. B. M.
Quejosa, La.—Ton. a 3. Mús. B. M.
Quejosos del teatro, Los.—Ton. a 2. 1785. Mús. B. N., M. y del C.
Lib. B. N.
Quien todo lo quiere, todo lo pierde.—Ton. a 5. Mús. B. M.
Quintos de Somosierra, Los.—Sain. Mús. B. M.
Quisicosa, La.—Ton. a solo. Mús. B. M.
Quisicosas, Las.—Ton. a solo. Mús. B. M.

R

- Ramilletera y el jardinero, La.—Ton. a 2. 11 diciembre 1783. Mús. B. N.,
M. y del C. Lib. B. N.
Rareza de Briñoli, La.—Ton. a 2. 30 mayo 1785. Mús. B. M. Lib. B. N.
Razón y la moda, La.—Ton. a 5. 31 octubre 1789. Mús. B. M. Lib. B. N.
Receta para otro, La.—Ton. a 3. Mús. B. M.
Recetas, Las.—Ton. a solo. Mús. B. M.
Reforma del honor, La.—Sain. Mús. B. M.
Refranes, Los.—Ton. a solo. 6 mayo 1784. Mús. B. N., M. y del C.
Lib. en parte autógrafo de Laserna, B. N.
Remedio de la ausencia, El.—Ton. a 2. 1781. Mús. B. N., M. y del C.
Repreensión del vicio, La.—Ton. a solo. Mús. B. N.
Restauración de Madrid, La.—Com. Mús. B. M.
Resurrección de la tirana, La.—Ton. a 4. 17 diciembre 1781. Mús. B. M.
Lib. autógrafo de Laserna, B. N.
Reto y los títeres, El.—Entremés. Mús. B. M.
Retratos, Los.—Ton. a 2. Mús. B. M.
Robo de Elena, El.—Com. Mús. B. M.
Rómulo y Erisilia.—Com. Mús. B. M.
Rueda de la fortuna, La.—Ton. a solo. 23 diciembre 1784. Mús. B. N., M.
y del C. Lib. B. N.

S

- Sancho Panza en su isla.—Sain. Mús. B. M.
 Sangre sin fuego hierve, La.—Com. Mús. B. M.
 Sansón, o el mayor valor del mundo por una mujer vencido.—Com. Música B. M.
 Santo rey D. Fernando, El.—Com. Mús. B. M.
 Sastre y el fingido abate cojo, El.—Ton. a 4. 21 junio 1781. Mús. B. M.
 Lib. B. N.
 Secretos de la Márquez, Los.—Ton. a solo. Mús. B. M.
 Semejanzas, Las.—Ton. a solo. Mús. B. M.
 Semíramis.—Com. Mús. B. M.
 Sentimiento de la Polonia, El.—Ton. a 5. 1 septiembre 1782. Mús. B. N.,
 M. y del C. Lib. B. N.
 Señores, atención.—Ton. a solo. Mús. B. M.
 Señorita apasionada de la música, La.—Ton. a solo. Mús. B. M.
 Señorita en la aldea y el payo malicioso, La.—Ton. a 4. Mús. B. M.
 Lib. B. N.
 Señorita y el loco, La.—Ton. a 2. 22 mayo 1778. Mús. B. N., M. y del C.
 Lib. autógrafo de Laserna, B. N.
 Señoritos simples, Los.—Ton. a 2. 16 septiembre 1781. Mús. B. M. Lib. B. N.
 Serranos inocentes, Los.—Ton. general. 1780. Mús. B. N. y del C.
 Sevillana, La.—Ton. a solo. 2 mayo 1775. Lib. B. N.
 Si de cuerdas y mujeres, El.—Sain. Mús. B. M.
 Si no tenéis silencio.—Ton. a solo. 1779. Mús. B. N. y del C.
 ¡Silencio por un rato!—Ton. a solo. 1779. Mús. B. N., M. y del C.
 Simplecita, La.—Ton. a solo. 1786. Mús. B. N., M. y del C.
 Sin embargo, caballeros.—Ton. a solo. 1779. Mús. B. N. y del C.
 Sin favor, todos riesgos.—Ton. a solo. Mús. B. M.
 Sinceridad de los payos, La.—Ton. a 3. 18 febrero 1781. Mús. B. M.
 Lib. B. N.
 Sistema de los preocupados, El.—Ton. a solo. 25 abril 1786. Mús. B. N.,
 M. y del C. Lib. B. N.
 Soberbia castigada y mágico peregrino, La.—Sain. Mús. B. M.
 Sobre tantos asientos...—Ton. a solo. Mús. B. M.
 Sochantre y su hija, El.—Ton. a 3. 1778. Mús. B. N. y del C.
 Soldados astutos, Los.—Sain. Mús. B. M.
 Sorpresa, La.—Ton. a 6. Mús. B. M.
 Soy la peregrina.—Ton. a solo. Mús. B. M.
 Súplica de la Angelita, La.—Ton. a 3. 20 junio 1791. Mús. B. M. Lib. B. N.
 Susto del petimetre, El.—Ton. a 3. Mús. B. M.

T

- Tal para cual.—Ton. general. Mús. B. M.
 Tambor, El.—Ton. a 2. 24 abril 1782. Mús. B. M., N. y del C. Lib. B. N.
 Tarde de San Isidro, La.—Ton. a 6. Mús. B. M. Lib. B. N.
 Temerosa, La.—Ton. a 2. 1787. Mús. B. N. y del C.
 Temerosos, Los.—Ton. a 3. Mús. B. M.
 Tercianista, El.—Ton. a 4. Mús. B. M.
 Tertulia extravagante, La.—Sain. Mús. B. M.
 Testamento de la petimetra, El.—Ton. a solo. 1783. Mús. B. N. y del C.
 Testamento de Tadeo, El.—Ton. a 3. 1781. Mús. B. N., M. y del C.
 Lib. B. N.
 Testamento del tiempo, El.—Ton. a solo. 23 octubre 1788. Mús. B. M.
 Lib. B. N.

- Tía burlada, La.—Ton. a 5. Mús. B. M.
 Tienda del mundo, La.—Ton. a solo. Mús. B. M.
 Tildar la murmuración.—Ton. a solo. Mús. B. M.
 Tildar lo que mal parece.—Ton. a solo. Mús. B. M.
 Tildar los vicios del malo. Es más fácil ver que crear.—Ton. a solo. Música B. M.
 Tímida, La.—Ton. a 2. 1799. Mús. B. N.
 Tímido, El.—Ton. a 3. Mús. B. M.
 Tío y el sobrino, El.—Ton. a 3. 13 junio 1792. Mús. B. M. Lib. B. N.
 Tirano Gunderico, El.—Com. Mús. B. M.
 Tirano de Hungría, El.—Com. Mús. B. M.
 Título fingido y el estafador descubierto, El.—Ton. a 4. Mús. B. M.
 Títulos de comedias, Los.—Ton. a solo. 7 noviembre 1782. Mús. B. N., M. y del C. Lib. B. N.
 Todo el interés lo vence.—Ton. a solo. 26 noviembre 1788. Mús. B. M. Lib. B. N.
 Todo es enredo y el sacristán chasqueado.—Ton. a 6. Mús. B. M.
 Todo es mío.—Ton. a 2. Mús. B. M.
 Toma de Milán, La.—Com. Mús. B. M.
 Tonadillas interrumpidas, Las.—Ton. a 2. Mús. B. N., M. y del C. Lib. B. N.
 Tonto alcalde discreto, El.—Sain. Mús. B. M.
 Torero y la maja, El.—Ton. a 3. Mús. B. M.
 Tornaboda de la gallega, La.—Ton. general. 6 noviembre 1783. Mús. B. M., N. y del C. Lib. B. N.
 Tornaboda de moda, La.—Com. Mús. B. M.
 Trabajos de Job, Los.—Com. Mús. B. M.
 Trabajos de Tobías, Los.—Com. Mús. B. M.
 Trajes, Los.—Ton. a solo. 21 octubre 1785. Mús. B. N., M. y del C. Lib. en parte autógrafo de Laserna, B. N.
 Trajes trocados, Los.—Ton. a 2. Mús. B. M.
 Tribunal de las quejas, El.—Ton. a solo. 1782. Mús. B. N., M. y del C.
 Tribunal del gusto, El.—Sain. Mús. B. M.
 Triunfo de las mujeres, El.—Ton. general. 24 abril 1781. Mús. B. N., M. y del C. Lib. B. N.
 Triunfo de las mujeres, El.—Sain. o pieza de música. 25 diciembre 1805. Mús. B. M. Lib. B. N.
 Triunfos de lealtad y amor.—Com. Mús. B. M.
 Triunfos del amor, Los.—Com. Mús. B. M.
 Triunfos del valor de España.—Com. Mús. B. M.
 Triunfos del valor y honor.—Com. Mús. B. M.
 Trueque de los amantes, El.—Ton. a 3. Mús. B. M.
 Trueque de los papeles, El.—Ton. a 3. 10 agosto 1785. Mús. B. M. Lib. B. N.
 Tuno y la calcetera, El.—Ton. a 2. 1782. Mús. B. N. y del C.
 Tuno y la maja, El.—Ton. a 2. Mús. B. M.

U

- Ultimo que llega, El.—Ton. a 3. Mús. B. M.
 Uno paga y otro se lleva la alhaja.—Ton. a 3. Mús. B. M. Lib. B. N.
 Unos por carta de más y otros por carta de menos.—Ton. a solo. Mús. B. M.
 Uso indiscreto, El.—Ton. a 2. 23 diciembre 1785. Mús. B. N., M. y del C. Lib. B. N.

V

- Valenciana, una maja y una petimetra, Una.—Ton. a 3. Mús. B. M.
 Valenciano y la petimetra, El.—Ton. a 2. 7 agosto 1779. Mús. B. N., M. y del C. Lib. B. N.

- Valencianos, Los.—Sain. Mús. B. M.
 Vanidad corregida, La.—Ton. a 2. Mús. B. M.
 Venerable María Ana, La.—Com. Mús. B. M.
 Venida de Muñoz, La.—Ton. a 3. Mús. B. M.
 Venida del majo, La.—Ton. a 2. 24 septiembre 1788. Mús. B. M. Lib. B. N.
 Venida del novio, La.—Ton. a 2. 1 octubre 1787. Mús. B. M. Lib. B. N.
 Venida del soldado, La.—Ton. a 4. Mús. B. M.
 Verdadero heroísmo está en vencerse a sí mismo, El.—Com. Mús. B. M.
 Viajante, El.—Ton. a 2. Mús. B. M.
 Vicio descubierto, El.—Ton. a solo. Mús. B. M.
 Vida cortesana y la aldeana, La.—Ton. a 3. Diciembre 1780. Mús. B. N.
 y del C.
 Vida del pretendiente y novia escrupulosa, La.—Ton. a solo. 14 octubre 1783.
 Mús. B. N., M. y del C. Lib. B. N.
 Vieja castigada, La.—Ton. a 7. Mús. B. M.
 Vieja enamorada, La.—Sain. Mús. B. M.
 Viejo burlado, El.—Ton. a 3. Mús. B. M.
 Viejo desengañado, El.—Ton. a 4. 1783. Mús. B. N. M. y del C.
 Viendo mis queriditos.—Ton. a solo. Mús. B. M.
 Violencia del oído, La.—Com. Mús. B. M.
 Visita, La.—Ton. a 3. Mús. B. M.
 Visita del nuevo, La.—Ton. a 3. Mús. B. M.
 Visita del primo payo, La.—Ton. a 2. Mús. B. M.
 Visitas de las estatuas del Prado, Las.—Ton. a 4. 5 diciembre 1732. Música B. N., M. y del C. Lib. B. N.
 Visitas de los novios, Las.—Ton. a solo. Mús. B. M.
 Vísperas sicilianas, Las.—Com. Mús. B. M.
 Viuda, La.—Ton. a solo. Mús. B. M.
 Viuda, abate y criada, La.—Ton. a 3. Mús. B. N. y del C.
 Viuda y el jardinero, La.—Ton. a 2. Mús. B. M.
 Viudas vengadas, Las.—Ton. a 7. Mús. B. M.
 Viudita y el mancebo, La.—Ton. a 2. Mús. B. M.
 Viudo y las criadas, El.—Ton. a 3. 1782. Mús. B. N. y del C.
 Vizcaína, La.—Ton. a 5. 13 febrero 1784. Mús. B. M. Lib. autógrafa de Laserna, B. N.
 Vizcaína y el cirujano, La.—Ton. a 2. Mús. B. M.
 Volatines, Los.—Sain. Mús. B. M.

Y

- Ya era tiempo, señores.—Ton. a solo. Mús. B. M.
 Ya estoy aquí.—Ton. a solo. 1780. Mús. B. N. y del C.
 Ya pasó el verano.—Ton. a solo. Mús. B. M.
 Ya que mi mala fortuna.—Ton. a 2. 15 septiembre 1774. Mús. B. M. Libro B. N.
 Yo no lo quiero colar.—Ton. a solo. Mús. B. M.
 Yo soy una majota.—Ton. a 2. 30 enero 1780. Mús. B. M. Lib. B. N.
 Yo soy una señorita.—Ton. a solo. Mús. B. N., M. y del C.

TONADILLAS SIN TÍTULO

- Ton. a solo.—Para empezar en el año 1794. Mús. B. M.
 Ton. a solo.—Para empezar la Sra. Porta. Mús. B. M.
 Ton. a solo.—Para la Sra. Nicolasa. Mús. B. M.
 Ton. a solo.—Para la Sra. María del Carmen. Mús. B. M.
 Ton. a solo.—Para empezar en Madrid la Ventura Borde. Mús. B. M.

- Ton. a solo.—De la Santos. Mús. B. M.
Ton. a solo.—Para empezar la Sra. Cortinas. Mús. B. M.
Ton. a solo.—Para la Sra. Manuela Guerrero. Mús. B. M.
Ton. a solo.—Para la Sra. Morales. 12 abril 1774? Mús. B. M. Lib. B. N.
Ton. a solo.—De la Duquesa de Alba. Mús. B. M.
Ton. a solo.—Para empezar temporada la Pacheco. Mús. B. M.
Ton. a 3.—Para empezar la Sra. Selvático. Mús. B. M.
Ton. general.—Para la Sra. Polonia. Mús. B. M.
Sain.—Mús. B. M.
Sain.—Para las funciones de 1803. Mús. B. M.
-

Por ser las tonadillas sin título de difícil identificación, no aumentamos e número de ellas que pudiéramos transcribir.

Este catálogo consta de 868 números.

JULIO GÓMEZ.

Biblioteca del Real Conservatorio de Música.

VARIEDADES

La tonadilla de Garrido

En la villa de Madrid, a 14 de noviembre de 1786, D. José Miguel de Flores, del Consejo de S. M., alcalde de su Real Casa y Corte, estando de oficio en la comedia del Coliseo del Príncipe, intitulada la *Religión española y musulmana nobleza*, advirtió que la tonadilla primera, cantada por el gracioso Miguel Garrido, vestido de mujer, tenía algunas expresiones malsonantes e indecorosas, por lo cual envió al escribano Carlos Fernández Isunza que pasase inmediatamente al vestuario y requiriese al autor Manuel Martínez a que le entregase una copia literal de dicha tonadilla, a efecto de reconocerla su señoría.

El escribano no halló en el teatro a Martínez; pero supo que en su ausencia tenía iguales facultades el galán nombrado Antonio Robles; éste facilitó la copia que se le pedía, y que decía:

TONADILLA A SOLO: «LA HUMORADA DE GARRIDO»

(Después del ritornelo sale Garrido, vestido de mujer, y dice):

GARRIDO. «Señores: Ya sabéis que en todos tiempos el amor, la amistad y otros motivos del Universo a los mayores Héroes ha hecho hacer bajezas y prodigios: La vida al fuego, al hambre y al azero vemos dar por la Patria al Numantino; vemos bajar a Orfeo a los Infiernos, por Euridice: *vemos convertido a Júpiter en toro, por Europa, bien que hoy día es común este prodigio* (1); vemos hilando a Hercules por Yole, con que no será extraño que Garrido, al ver que no hay mujeres de cantado, se transforme en mujer por los *chorizos* (2), ¿y por qué?, por servirlos, por pagarlos los favores que a todos ha debido. Ya soy mujer, bien que no me prometo encontrar como tal vuestros auspicios. Quisiera ser un cisne, mas no puedo, porque Naturaleza grajo me hizo; pero, por complaceros, como pueda, cantaros mi tonada determino.»

(1) Lo subrayado fué tachado del original por la censura.

(2) *Chorizos*: Uno de los partidos teatrales. que defendía las comedias que se representaban en el Coliseo de la Cruz y criticaba las del Coliseo del Príncipe. A él pertenecían García de la Huerta, Zabala, Comella, etc. Los otros dos partidos se llamaban *Polacos* y *Panduros*. (Cfr. Bib. Aut. Esp. t. 62, pág. 216.)

(Canta.)

«Assi que en hembra
me transformé
la Astrología llegué a saver,
la Astrología llegué a saver;
cuanto vale, cuanto vale
en el día ser mujer;
cuanto vale, cuanto vale
en el día ser mujer,
en el día ser mujer,
ser mujer.»

«Luego que este arte
yo profesé
un Almanake sagaz formé,
un Almanake sagaz formé;
cuanto vale, cuanto vale
en el día ser mujer;
cuanto vale, cuanto vale
en el día ser mujer,
ser mujer.»

«Y para que vean
que esto no es ficción,
mi Almanake al punto
a referir voy;
chi chi, atención.»

«Este año de la era libertina
es el ochenta y seis,
es el cuarenta
de la creación del Lujo,
es el cuarenta
del Diluvio
de Burros con casaca,
y el sexto,
en que el desuello
a el hombre ataca.»

«Las vigilijs deajo,
las fiestas también,
y el juicio del año
paso a haceros ver,
chi chi, atender.»

«Será el año venidero
de este siglo corrompido
abundante de Escritores
y muy escaso de Escritos,
y muy escaso de Escritos.»

«Habrà yelos de conciencia
y calores de desbarros,
y aunque en cuaresma se templen,
lo de antaño será ogaño,
lo de antaño será ogaño.»

«También habrá entre casados
tempestades muy furiosas,

en los unos por las faltas,
en los otros por las sobras.»

«Ynfluirán continuamente
los Planetas del descoco,
muchas cojeras de moda
en muchos cojos de modo,
en muchos cojos de modo.»

«Mi Almanake, señores,
¿qué tal se explica?;
quiera Dios que aproveche
a quienes pica,
quiera Dios que aproveche
a quienes pica;
pero, prosigo,
por si con este chiste
logro serviros,
por si con este chiste
logro serviros.»

«La Primavera del vicio
tendrá un aspecto tan grato
que llenará Antón Martín (1)
de vegetales humanos.»

«El Estío del cortejo
ser tan abundante ofrece
que el Orrijo de San Fernando (2)
piensa encerrar muchas mieses,
piensa encerrar muchas mieses.»

«El Otoño del exceso
será tan fértil de todo,
que rebentarán las cubas
del deshonor y *del mosto*» (3).

«El Invierno de los zelos
será tan fresco en algunos
que estarán por no tenerlos
siempre en las mesas de trucos.»

«Mi Almanake, señores,
¿qué tal se explica?,
¿qué tal se explica?;
quiera Dios que aproveche
a quienes pica,
quiera Dios que aproveche
a quienes pica;
pero, remato
con unas seguidillas
por no cansaros,
con unas seguidillas
por no cansaros.»

(1) El célebre hospital de Madrid.

(2) El Hospicio de Madrid.

(3) Corregido: *con descoco*.

Seguidillas (1)

«Aunque ahora por galfina,
aunque ahora por gallina,
gallinas, paso,
a un que ahora por gallina,
gallinas, paso,
gallinas, paso,
gallinas, paso,
de buestro gallinero
ser puedo el gallo,
ser puedo el gallo,
ser puedo el gallo;
gallinitas mias,
si de un buelo arranco
y junto a bosotras
me planto arrriscado
vereis que, aunque de polla,
vereis que, aunque de polla,
las plumas gasto,
soy, si llevo a enfadarme,
gallo y muy gallo,
gallo y muy gallo,
gallo y muy gallo.»

«Gallinas chuscas,
no temais que mala obra
yo haga a ninguna,
yo haga a ninguna.
Que a un que de gallina
tengo visos muchos,
los pollos a gallo
se quedan al punto;
pero, gallinas mias,
pero, gallinas mias,
dejando chanzas,

(1) El original decía

•Desde que femeniles
adornos visto
una aprensión vehemente
siento en mí mismo.

Ya se me figura
que estoy padeciendo
aquellos achaques
que padece el sexo.

•Tengo jaqueca,
me oprime el flato,
y el mal de madre
me está agitando.

•Que no fuera que ahora
el diablo hiciera
que lo que ha sido burlas
pasase de veras.

•Un temor fuerte,
re-eloso en un todo,
mi pecho tiene.

•Ya la voz parece
que se me adelgaza,
y que se me quitan
del todo las barbas.

•Afuera el sombrerillo,
afuera el traje,
y por una humorada,
el chiste pase.

perdonar a Garrido
la extrabagancia,
la extrabagancia,
la extrabagancia.»

El 16 de noviembre el alcalde Flores dictó un auto, después de haber dado cuenta en Sala plena, mandando recoger la tonadilla y encargo a la compañía que no se volviese a cantar en ningún tiempo, y lo mismo cualquiera otra que contuviera expresiones indecorosas y de mal sonido.

Notificado este auto a Manuel Martínez, contestó primero que no podía entregar el original por estar en manos del copiante, y luego, que no podía entregar dicha tonadilla, de que no era dueño, por haber vendido los caudales que eran propios de los autores a Madrid, siendo él solamente un depositario de todas las piezas, así cantadas como representadas; y advirtió que para la entrega debía acudir al corregidor, quien habría de dar la orden al contador del propio de comedias, D. Juan Labi, encargado del archivo.

La Sala, en vista de esta contestación, acordó mandar a Martínez que entregase la tonadilla, con apercibimiento de prisión; disposición que supo el cómico el 18 de noviembre. Al día siguiente, el Manuel Martínez comparecía, a las diez de la mañana, en la posada del señor alcalde Flores, y le hacía entrega, por medio del escribano, de la tonadilla original y de una copia de ella.

Entonces advirtió S. S. que las seguidillas de la copia, cantadas por Garrido, eran distintas de las que había en la original, aprobadas por el vicario eclesiástico, y notó algunas otras variantes. La censura la habían dado Fr. Angel de Pablo Puerta Palanco y D. Ignacio López de Ayala, y la licencia fué concedida por el Dr. Cayetano de la Peña y Granda, vicario eclesiástico de Madrid, y por el corregidor Armona.

Ante tal irregularidad, el alcalde Flores, a 29 de noviembre, proveyó en auto mandando que se hiciese «saber al autor Manuel Martínez que, en lo sucesivo en ningún tiempo ni con pretexto alguno, sustituya las seguidillas que se hallen en las tonadillas originales, aprobadas por el vicario eclesiástico de esta Villa y demás revisores, ni mude ni altere expresión alguna de ellas, sino que se representen y canten conforme esté en dichos originales, bajo la pena de proceder a lo que haya lugar en derecho, con costas». El escribano, a 11 del mes siguiente, pasó «a las casas del autor Manuel Martínez, que vive calle del Niño, y estando en ella, a presencia de los cómicos y cómicas de su compañía que estaban ensayando», y le notificó la disposición anterior (1).

* * *

No he podido hallar rastro de quién fuera el autor de esta tonadilla de Garrido, precursor en más de un siglo de algunos cómicos que en la actualidad han hecho un género de la imitación de bailarinas y cantadoras afamadas.

ANGEL GONZÁLEZ PALENCIA.

Archivo Histórico Nacional.

(1) Archivo Histórico Nacional. *Sala de Alcaldes de Casa y Corte. 1787.* Tomo 1, folios 770-793.

Un villancico teatral: «Los Tres Sacristanes»

Diversas producciones teatrales del siglo XVIII, con las que se enriquece la Sección Musical de la Biblioteca Municipal de Madrid, intercalan entre sus números algún villancico; pero ninguna los contiene tan típicos y tan llenos de interés, desde el doble punto de vista de la forma y del material organográfico requerido por el compositor, como el «Saynete Nuevo», titulado *Los Tres Sacristanes*. No se dice a quien tuvo por autor su letra; mas consta que el de la música lo fué D. Guillermo Ferrer, o «ferer» (*sic*), según reza la portada del correspondiente manuscrito.

La atención del presente artículo debe concentrarse, desde el punto musical, sobre los expresados villancicos de Ferrer. De todas suertes, no es inoportuno reseñar el sainete desde el doble punto de vista musical y literario.

Empieza *Los Tres Sacristanes* con la siguiente seguidilla, que cantaba la Graciosa en el tabladoro mientras a la luz del candil remendaba una sotana:

«Sotana del demonio,
maldita seas,
que más te rompes, cuando
más te remiendan.
¿No hay un buen alma
que le dé a mi marido
una sotana?
Agujita, agujita,
cose, cose, pobrecita.
Ea, ea, ea, ea, la, la, la, la.»

El actor Garrido se presenta desempeñando el papel de marido de la Graciosa. Viene muy sofocado, pues ha sabido que se quiere dar la preferencia, por empeños, al villancico de su colega el sacristán de la ermita de las Heras y no al de él, siendo sacristán del Hospital. En esto aparece el actor Coronado, y pretende la primacía, en tal asunto, por ser el sacristán de la iglesia parroquial. Afirma Coronado que nadie cacareará antes que él en su gallinero, a lo que Garrido responde:

«Vale un quiquiriquí mío
por cien tuyos, voz de cuecla;
sacristán, calvo de pelo,
y calvo, por descendencia.»

Hay cambio de escena. Ésta representa una calle. El actor Vicente Ramos sale de sacristán, declarando que desempeña este cargo en la ermita de las Heras. Refiere que el Ayuntamiento quiso que cada sacristán hiciera su villancico para ser cantado, respectivamente, en Nochebuena, Año nuevo y Reyes; disponiendo que obtendría un cochino «el que aventajase en el tono y en la letra».

A continuación salen varios mozos del lugar «con rabeles y flautillas o matracas» cantando unos versos de petición de aguinaldo. El alcalde amenaza con encarcelarlos por alborotadores. Salen después las mozas del lugar «con panderos y zambombas y panderetas» entonando una canción, cuya letra dice así:

«Pon el ramo, galán, a mi puerta,
que no importa que no tenga flor,

Ayuntamiento de Madrid

www.memoriademadrid.es

como tenga confites y frutas
y en la rama más alta tu amor.

No es para mi boca
más dulce el turrón
que las palabritas
de mi labrador.»

El alcalde las detiene, y las pregunta quiénes son. Las mozas declaran ser, respectivamente, la criada de la Pepa Abadejo, la hermana de *Gorito* Sanguijuelas, la criada del *Tigre* y la nieta de la tía *Lechuga*. Ese alcalde impone silencio a todas. Después se avistan con él dos sacristanes. Garrido declara que su voz es «clara y hueca». Coronado sostiene que su voz aventaja a una trompeta en claridad. Interviene la actriz Victoria, presentándose al alcalde como prima de Gil Gordo, el sacristán de la ermita, pidiendo que sea su primo el primero en cantar. Alega para ello que Coronado es «una caña seca con bonete» y con «una voz que en la boca se le queda», y que Garrido, por lo bajo de estatura, no llega a la baranda, por lo cual, cuando canta, parece que sale de una cueva; mientras que Gil Gordo (es decir, el actor Vicente Ramos, porque aquí se aprovechaban las cualidades físicas de los intérpretes respectivos para adecuar a ellos el giro del asunto), aunque canta mal, lo lleva todito y abulta por una capilla completa.

Decide el alcalde que canten los tres sacristanes «a un tiempo», es decir, en la misma sesión. Garrido, entonces, solicita el concurso de unas mozas, porque, como dice textualmente—y esto constituye un rasgo autobiográfico de tan afamado actor—:

«Siempre tuve esa flaqueza:
soy gallo que sin gallina
ni chista ni cacarea.»

Hay otro cambio de escena. «Se descubre plaza; suena el clarín y tambor.» Al aparecer el alcalde comienza el concurso musical. Y se canta entonces lo que Ferrer, el compositor, denominaba en el manuscrito musical *Villancico a tres coros*.

Como documento sobre el plan musical de esta producción, reproduciremos íntegra la letra correspondiente con las indicaciones instrumentales oportunas.

El «coro primero, en el aposento», cantaba, con acompañamiento de «órgano», los versos:

«¡Albricias, albricias!
Sea enhorabuena,
que esta noche se cena
en vez de colación.»

El «coro segundo, en el tabladillo», cantaba acompañándose de «bajones solos»:

«Que viva, que viva
noche tan feliz!
Que puede haber pavo,
pichón y perdiz
aunque el gallo pierda
su quiquiriquí!»

El «coro tercero, en el teatro», cantaba acompañado por la «orquesta» del coliseo:

«Victoria, Victoria,
que es noche de holganza,
y que toda panza,
de veras o en chanza,
entierre un capón.»

Los tres coros unidos repetían los versos:

«Albricias, albricias!
¡Que viva, que viva!
¡Victoria, Victoria!»

Debe advertirse que la palabra «coro»—según usos corrientes a la sazón—, indicaba en este caso varios grupos de solistas, formados por cuatro actores en la canción del aposento y en la del tabladillo, y por cinco, en la del teatro o escena, cuyos nombres aparecen especificados en el manuscrito original.

Tras esa exposición «coral» a modo de preámbulo, cada coro, es decir, cada grupo de actores, desde sus respectivos lugares y con el correspondiente acompañamiento instrumental, decía sucesivamente un número encabezado con la «copla a solo» y rematado con un «estribillo» cantado por el grupo.

La letra del primer «coro» es:

«Celebren la noche
nuestras pastorelas
y las castañuelas y el chascarraschás,
charrascás, charrascás, charrascás.»

La letra del segundo «coro» es:

«Entonad, zagales,
mil pastorelillas,
y las tabletillas
lleven el compás.»

La letra del tercer «coro» es:

«A ver mi zambomba.
Sacad las sonajas,
y hagámonos rajas
a puro bailar.»

Alternaban enseguida los tres «coros», repitiendo varios versos del estribillo. A continuación se sucedían nuevas estrofas con arreglo al mismo plan.

El «coro» primero decía:

«Triste corazón humano
bien te puedes alegrar,
supuesto son estos días
de regocijo y de paz.
Chas, chas, chas, chas, chas,
y las castañuelas
y el chascarraschás.»

El «coro» segundo decía:

«Con su gaita, divertido,
por el monte va un zagal,
y le dice su pastora
que hinche los carrillos más.
Tarárá, tarará,
y las tabletillas
lleven el compás.»

El «coro» tercero decía:

«En la nieve los pastores,
mejor que en catre de flores,
se ponen a descansar.
Pero a todos los consuela
una luz que los desvela
y los hace madrugar.
¡Qué cosa tan singular!
Y hagamonos rajas
a puro bailar.»

Repetíanse a continuación, simultáneamente, algunos de estos versos por los tres coros, concluyendo así el triple *Villancico*, el cual era acogido con los vítores del auditorio situado en la escena. Es de suponer que, en la representación, también los obtuvo del público pagano.

A partir de aquí, la acción se desarrolla prestamente. Hay quien daría el premio a Guedejas; es decir, a Ramos, por ser un muchacho lindo; hay quien se lo otorgaría al Calvo; es decir, a Coronado, que huye de las hembras, y hay quien se lo concedería al Gordo; es decir, a Garrido,

«que tiene presencia
para hacer el héroe,
de cualquier comedia.»

El alcalde sentencia que todos llevarán el premio, y que cada sacristán recibirá su cerdo arreglado al peso del concursante. Garrido, considerando su baja estatura, se lamenta de que le va a tocar un cochino pequeño; pero una actriz le advierte que le corresponderá una pieza excelente, puesto que dicho actor abulta como la bola del chapitel de la iglesia.

Así concluye ese concurso saineteril, que podría recordar el de *Los Maestros Cantores*, de Wágner, si no reinase en todo él un realismo prosaico muy propio de la calidad del género y de la índole del asunto. Tratábase de un sainete, y mal se le podía exigir al autor anónimo de la letra primores y excelsitudes, que ni aun en géneros más elevados se daban a la sazón. Pero *Los Tres Sacristanes* exigieron una colaboración musical más importante de lo que dentro de aquel género era corriente, por lo que no es indiscreto detallar la existencia de esta obra, donde Guillermo Ferrer puso la música de un triple villancico, exigiendo «órgano» y «bajones solos», además de la orquesta ordinaria, y donde los cantantes, como en *Parsifal*, se situaban a distintos niveles, en busca de un efecto, merced al cual la variedad jugase un papel importantísimo.

JOSÉ SUBIRÁ.

RESEÑAS

GONZÁLEZ PALENCIA, ANGEL.—*Historia de la España musulmana*. Barcelona-Buenos Aires, 1925. 182 págs. + 12 láms. con 48 grabados. (Publicado en la *Colección Labor*, Manual núm. 69.)

Es un breve tomito, perfectamente editado, cuyas reducidas dimensiones han sido hábilmente aprovechadas por el autor para realizar en él una clarísima y metódica exposición de los acontecimientos relativos a esta parte de la Historia de España.

Está el libro dividido en dos partes, que se designan, respectivamente, con los epígrafes de *Historia y Civilización*.

En la primera empieza por explicar los antecedentes de la invasión árabe, modo cómo ésta se realizó, intervención que en los sucesos de la misma tuvieron los personajes de uno y otro bando, cuyos nombres nos ha conservado la Historia, marcha de la conquista, etc.

Sigue la historia de los acontecimientos que tuvieron lugar una vez establecidos los musulmanes en los territorios de la Península, sucesión de príncipes, luchas intestinas entre los invasores y entre éstos y los cristiano españoles, cambios de forma de gobierno, hechos que ocurrieron en los diferentes períodos caracterizados por cada una de esas formas, episodios de la reconquista, fases sucesivas de su desarrollo en las distintas épocas, etc., hasta la total expulsión de los invasores.

En la sucinta exposición de los extremos apuntados revela el autor haber realizado un concienzudo análisis de las fuentes más autorizadas, por la exactitud de los datos y el acierto de los juicios en las cuestiones insuficientemente solucionadas. E igualmente revela un meditado estudio crítico del conjunto de la cuestión, estudio que le ha permitido graduar, por decirlo así, la cantidad de atención que merece cada uno de los detalles, hechos y personajes objeto del relato, para hacer resaltar con el debido relieve aquellos que por su significación y su importancia han podido influir en la marcha general de los acontecimientos y para limitarse a la insinuación de aquellos otros cuya noticia no tiene otro alcance que el de una mera curiosidad histórica.

Precioso complemento de esta primera parte es la que el autor dedica al estudio de la civilización.

Trata en ella de la organización social, organización política y religiosa, cargos y funcionamiento de las mismas, economía, lenguas, desarrollo de la cultura, noticias acerca de los personajes que más se distinguieron en el cultivo de las diferentes ramas de la Ciencia, enseñanza, bibliotecas, etc., Bellas Artes, artes industriales, costumbres y trajes e influencias mutuas entre las civilizaciones musulmana y cristiana.

Utilizando con gran acierto la serie de importantes estudios, monografías y trabajos de todo género relativos a diversos aspectos de la historia interna de

los españoles, que de poco tiempo a esta parte van apareciendo juntamente con los datos consignados en obras de épocas anteriores, el autor ha trazado un magnífico cuadro de conjunto que permite, mejor que ningún otro de los libros aparecidos hasta la fecha, formarse idea exacta de lo que fué la vida de aquel pueblo en todas su manifestaciones y del extraordinario desarrollo que aquellas gentes hicieron alcanzar en nuestra Patria a las Ciencias, las Artes y a todo cuanto constituye un signo de progreso y de cultura de la Humanidad.

Termina el libro con una extensa bibliografía, en la que se da noticia completa de todo lo más interesante publicado hasta el día, referente a las materias de que se tratan.

Habría sido muy útil que el libro llevara un índice alfabético de nombres de personas y de lugar para facilitar su consulta y manejo.

M. ALARCÓN.



OBERMAIER, HUGO.—*Die Bronzezeitlichen felsgravierungen von Nord-westspanien* (Galicien). Tirada aparte de Ipek (*Jahrbuch prähistorische und ethnographische Kunst*). Berlín, 1925.

El profesor Hugo Obermaier inició en 1923 el estudio de la arqueología más antigua de Galicia (*Bol. Arq. de la Com. Prov. de Mons. Hists. y Arts. de Orense*, tomo VII). El actual trabajo viene a completarlo. Con él se inicia nuevamente la cuestión de los grabados al aire libre del NW. ibérico. Existe identidad, aunque alejada, entre ellos y los grupos de pinturas esquemáticas de Sierra Morena. Son manifestaciones pariguales de ideologías—constructivas—mellizas. Su momento inicial parte de los cantos pintados del aziliense y vive, con formas aun no interpretadas con precisión, en el epipaleolítico de todos los países. En España—en donde la estratigrafía pictórica posee mayor número de elementos comparativos—se puede seguir la evolución con mayor rigor y certidumbre. Así vemos como las formas mejor concebidas del naturalismo se van reduciendo a esquemas más o menos lineales y escuetos, según grados precisables de desarrollo, hasta aportar al símbolo «descarnado» totalmente de toda alusión naturalista. Estas formas—bien grabados y pinturas—corresponden al neolítico y eneolítico, cuya fecha más próxima es 2500 años antes de J. C. (*Paleolithikum und steinzeitliche Felskunst in spanien*. *Prähistorische zeitschrift*. Bd. XIII-XIV).

Los grabados gallegos son indudablemente formas retardadas y evolucionadas, cuya causa está en su propio aislamiento. Existen dos grupos perfectamente caracterizados por técnicas distintas y por temas exclusivos. El grupo A), antiguo, está integrado por las siguientes estaciones: *El Altor*, *Piedra del Polvorín* (Coruña), *Eira de Mouros* (Pontevedra) y, como una extensión, en Portugal, *Cachao de Rapu*. Forman estos grabados una familia, cuya característica en el uso de ídolos que son identificables, en parte, con estilizaciones humanas y de animales. Su cronología corresponde al bronce más antiguo y son tipos degenerados del eneolítico. B), grupo más moderno, está localizado, según los datos actuales que son incompletos, en la provincia de Pontevedra: *Portela d'a Cruz*, *Peña de*

Mogor, la Caeyra, Laxe d'as Lebres, Portela d'a Cruz, etc. Aquí el estilo es completamente distinto; existen también estilizaciones humanas—identificadas comparativamente por H. Breuil—, pero son formadas por sucesión de puntos en vez de líneas llenas. Estas estilizaciones, el hombre con los brazos alzados, formando círculo sobre la cabeza, van acompañadas de representaciones de ciervos y animales de estilo diverso. Corresponderían estas manifestaciones a una segunda etapa del bronce primitivo.

En resumen: estas pictografías debieron producirse en un momento de intensidad comercial, aprovechándose las explotaciones metalúrgicas, que en Galicia fueron activísimas. De aquí la floración de culturas—cuyas características más finas y precisas está aún por estudiar y conocer—que se manifiesta en estos grabados, torpísimos en su técnica e inidentificables en su verdadera intención. Su vida debió ser corta, pues al contacto con las culturas del pleno bronce se agostan y desaparecen. También los celtas contribuyeron a su desaparición, quizás por desconocer su valor espiritual; pues las destruyen sistemáticamente, por lo menos; así parece deducirse de que algunos muros celtas los ocultan y obstruyen. Para el profesor Hugo Obermaier estos grabados se relacionan con obras semejantes en otras regiones, como son Extremadura, Irlanda y Bretaña.

El trabajo del profesor H. Obermaier es sumamente sugestivo y sus conclusiones son plenamente originales.

E. VARELA HERVIAS.



Gesamtkatalog der Wiegendrucke. Herausgegeben von Kommission für den Gesamtkatalog der Wiegendrucke. Band I: Abano-Alexius.
Leipzig, Karl W. Hiersemann, 1925; LXIV-684 págs. + 2 hojas; 31 × 25 centímetros.

Desde 1904 viene trabajando una comisión especial en la confección y publicación de este monumento bibliográfico del siglo xv, de innegable necesidad ante las dificultades de toda índole con que se tropieza hoy para la identificación de un incunable. Son varios los repertorios publicados, y entre ellos descuella el *Repertorium bibliographicum* de Hain (Stuttgart, 1826-1833), tan completo y minucioso, que hay que reconocer cómo lo hizo en 1908 A. W. Pollard (*Catalogue of books printed in the XV century now in the British Museum*, I, pág. X), la precisión insuperable de gran parte de sus descripciones (las señaladas con *); pero aunque el *Repertorium* de Hain, completado en gran parte por bibliógrafos posteriores (Copinger, Burger, Reichling, Pellechet-Pollain, etc.), presta excelentes servicios, ¿cuánta pérdida de tiempo no supone el tener que recurrir a tan diversas fuentes de información? ¿Cuántos incunables no se han descubierto después de publicadas las últimas bibliografías generales o particulares?

Por otra parte, los métodos modernos de investigación bibliográfica (los sistemas nuevos y más exactos de redacción de noticias, la aplicación de la fotografía a la identificación de los incunables, permitiendo comparar diversos ejemplares de una misma obra aunque se guarden en localidades distintas, por medio de la

cual tan excelentes resultados han obtenido Proctor y Haebler, por ejemplo) hacían necesario el intento de un nuevo Repertorio general, que ahora vemos en vías de realización. La *Comisión para la redacción del Catálogo general de incunables*, presidida por el meritísimo (y para nosotros, los españoles, inolvidable) Konrad Haebler, se fundó en 1904, con protección oficial y el apoyo decidido del director entonces de los servicios de Bibliotecas en el Ministerio de Instrucción pública prusiano, Althoff.

Fué el primer cuidado de la Comisión fijar las normas que se habían de seguir en la redacción y ordenación de noticias (*Instruktionen für die alphabetischen Kataloge der preussischen Bibliotheken*. Anlage IV, § 28, 2. Ausg., Berlín, 1909, página 158). En cada país se organizaron subcomisiones, que, bajo la dirección de la Comisión central de Berlín, cuidaban de los trabajos catalográficos y de identificación de los incunables correspondientes, contando siempre con la ayuda de las instituciones oficiales de cada nación, y asegurando así, dentro de lo posible, la perfección de la obra. En 1924, Croces, gerente del *Geschäftsstelle für den G. der W.*, publicó en *Minerva-Zeitschrift*, I (1924-1925), págs. 28-29, noticias detalladas de lo que había de ser esta obra. Anunciaba entonces Croces que el volumen I aparecería en julio de 1925. Poco después llegó a nuestras manos el anuncio de la casa editora (Karl W. Hiersemann) comunicando la inmediata aparición y las condiciones de venta. El catálogo completo constará de doce volúmenes de más de 400 páginas; los diez primeros contendrán, por orden alfabético de autores, todos los incunables conocidos, con noticias biográficas de sus autores y análisis literarios de las obras; los detalles tipográficos del incunable, indicando el carácter de letra por medio del empleo de diferentes tipos de imprenta en su descripción. Se hace constar las distintas ediciones de una misma obra, y de algunos incunables de cierta importancia, de los que se conocen en la actualidad menos de diez ejemplares, los nombres de los poseedores y circunstancias especiales. Sigue a cada noticia una lista por orden alfabético de las localidades y bibliotecas que poseen ejemplares de la obra descrita. Los dos últimos volúmenes estarán dedicados a índices: onomástico, alfabético de títulos, analítico de materias, alfabético de lugares de impresión y de impresores, lo que permitirá saber desde luego qué localidades tuvieron imprenta en el siglo xv, qué impresores trabajaron en ellas y qué obras salieron de sus prensas.

El primer volumen comprende desde *Abano* a *Alexius*, sin separación de anónimos; precede una extensa bibliografía de las obras tenidas en cuenta, y va acompañado de un pliego suelto con las correspondencias entre los números del *G. W.* y los correspondientes del *Repertorium* de Hain.

J. ARTILES RODRÍGUEZ.



PEMÁN, JOSÉ MARÍA.—*Nuevas poesías*. Segunda parte «*De la vida sencilla*». Madrid, Editorial «Voluntad», 1925, 121 págs., 8.º

El autor de este libro, que un tanto tardíamente llega a nuestras manos, siguiendo el buen ejemplo de algunos maestros de nuestra lírica contemporánea (Ricardo León, Manuel de Sandoval, los Machado), preséntase a sus lectores y

aficionados en un como retrato o autobiografía de firmes y seguros trazos. Este medio, personal y difícil, cuando se utiliza a base de una lealtad y sinceridad verdaderas, sitúa al lector de buena fe en un trance de amistosa intimidad con el poeta que casi siempre cede en su admiración y elogio. Parece que penetramos en algo vedado y secreto, en la propia vida del escritor. Y así, José María Pemán, en el comienzo de su libro, se nos muestra como es, que es como quisiera ser, y hacemos nuestra la frase escrita en ocasión semejante por el académico Manuel de Sandoval.

Y el lírico nos dice:

«Aquí me tienes, lector:
Soy como un viejo señor
que tiene un poco de asceta
y un bastante de poeta
y en mucho de soñador.

.....

»No me puedo acomodar
a convivir de buen grado
con este mundo achatado
que hace su templo y su altar
de la lonja y del mercado.»

Bien advertía el ilustre Rodríguez Marín en el precioso prólogo que escribió para el primer libro de poesías de José María Pemán, que con tres palabras añejas, hartó conocidas, estaba dicho todo, lo más y lo mejor de este poeta: *Tolle et lege*. Porque en realidad—añadía el maestro—, saben tan bien a todo gusto no estragado por las extravagancias del modernismo las castizas y espontáneas inspiraciones de este amable poeta, ensalzador de la vida sencilla, que de ellas con toda verdad puede decirse lo que del buen vino de su famosa cena decía el Marcial hispalense:

«Esto, Inés, ello se alaba:
no es menester alaballo...»

Si quien no está enteramente olvidado del oficio—donosas palabras del querido maestro—escribió tan justificado elogio en el prólogo dos veces famoso del libro *De la vida sencilla*—y decimos que es dos veces famoso en tributo a su mérito y a ser el último que promete escribir su autor—, no es mucho que nosotros tengamos a gala suscribir tanto aquellos conceptos como estos otros que pueden aplicarse al libro que nos ocupa: «Cada una de las poesías de José María Pemán puede entrar en docena con las que más presuman en nuestro parnaso moderno.»

Hacia una veintena de composiciones forman el volumen, alto ejemplo de nobles ideales, de casticismo, de poesía verdadera. Lenguaje rico y suelto, justeza de epítetos y temas claros y sencillos son su compendio.

Con no más que cuatro quintillas puede iniciarse la admiración del lector hacia este poeta:

«Tengo un infolio guardado
al que los siglos han dado
esa color amarilla
que tiene el heno cortado
sobre el campo de Castilla.

»Y, al modo de un caballero
de un siglo más serio y grave,

sobre ese infolio severo,
escribo, en sillón frailerío,
con una pluma de ave...

»Y es que siempre me llevaron
mis instintivos anhelos
a amar lo mismo que amaron
y a pensar lo que pensaron
mis padres y mis abuelos.

»Amo el sentir recio y sano
de aquel pueblo castellano
donde no se puso el sol...
¡Soy cristiano y español,
que es ser dos veces cristiano!»

La lírica castellana tiene en este autor un nuevo y esforzado paladín.

J. RINCÓN LAZCANO.



VAN MEEL J.—*Bibliothèques publiques, Salles de Lecture, Bibliothèques d'enfants, Bibliothèques techniques et circulants*. Traité théorique et pratique. Préface de M. Verachtert. Anvers. Veritas. 1924; XVI-288 págs., grab. + 11 pl.

No es tan frecuente la publicación de esta clase de libros, que por muchas razones son de escasa venta, para que dejemos de señalar con agrado la aparición de uno nuevo. En España, sobre todo, una obra de Biblioteconomía, si no a algo desconocido, suena a raro y exótico.

Van Meel presenta la suya con apariencias humildes; no se pierde, como hicieron los tratadistas del siglo pasado, en poco prácticas disertaciones sobre temas abstractos, sino que, concreta y detalladamente, expone todos los problemas que se presentan en la práctica biblioteconómica y señala con claridad sus soluciones. Esta es la característica del libro: precisión y claridad. El lector no encontrará en este tratado lo que debe ser una biblioteca ideal; pero sabrá cómo clasificar los libros que integran la suya.

Se le ha señalado el defecto de mala distribución de capítulos y de incorrecciones dialectales en el lenguaje, observaciones exactas una y otra; pero, en cambio, tiene todas las otras buenas cualidades de un libro verdaderamente útil. Como novedades dignas de ser destacadas notamos la recomendación que hace de que se pongan en las fichas de autores famosos, o mejor, en una al frente de todas aquellas, noticias biobibliográficas de éstos, dando más extensión, como es natural, a las referentes a escritores nacionales, lo cual es indudable que aumentará, como afirma el autor, notablemente el valor del catálogo. Se declara partidario del catálogo impreso para facilitar la investigación aun desde fuera del local de la biblioteca, siempre que se imprima anualmente un suplemento de algunos pliegos, que se regalará o venderá por unos céntimos a los poseedores del primer catálogo. Si al mismo tiempo no se tiene buen cuidado de hacer una nueva edición del catálogo, puesto al día, cada tres o cuatro años, creemos que no se han evita-

do los inconvenientes de esta clase de catálogos: a los cinco años no sabrían manejarlo los mismos que lo confeccionaron. En cuanto a clasificaciones sistemáticas parece preferir la decimal, y da normas para reducir ésta a la alfabética que prescribe la legislación belga para la confección de la estadística anual. Merece destacarse la gran importancia que da a la propaganda de la biblioteca, aunque ello no es nuevo, para los que están al corriente del movimiento actual en punto a bibliotecas. Tiene sendos capítulos dedicados a bibliotecas especiales (técnicas, infantiles, bibliotecas para ciegos) y un estudio especial del servicio de préstamos.

Aunque está destinado a las bibliotecas públicas de Bélgica y, por consiguiente, en cuanto a legislación acaso no tenga para nosotros otra utilidad que la de una enseñanza más o menos estimable, no por eso deja de ser muy conveniente por las condiciones de fondo arriba destacadas y porque no deja de exponer y resolver ninguno de los problemas que en la práctica ocurren a cada paso en la organización de bibliotecas y en el funcionamiento de las organizadas. Al final de cada capítulo da el autor una extensa bibliografía sobre la materia trata-da en él, bibliografía generalmente bien seleccionada y moderna.

J. ARTILES RODRÍGUEZ.



BORDIÚ, JOSÉ.—*Memoria escrita en defensa del Madrid viejo*. Premiada por el excelentísimo Ayuntamiento de Madrid en el concurso convocado el año 1925 sobre distintos temas de la vida local. Madrid, Imprenta Municipal, 1926, 69 págs., 4.º

Plausible en un todo fué la decisión municipal que determinó la apertura de concursos anuales entre sus funcionarios para premiar aquellos estudios y trabajos que, sobre temas diversos de reconocido interés público, merecieran, a juicio del competente jurado calificador, distinción tan preciada. Merced a tan meritorio acuerdo, despertador nobilísimo de certeras inquietudes, de ansiedades acalladas y de vivos empeños de mejora y de cultura, algunos funcionarios, de laboriosidad y competencia bien probadas, acudieron entusiastas a tan honrosas lides para ganar, como era de ley, fama y prestigio. Los nombres de Puga, Saborido, Millán, Núñez Granés, López Hermoso, Cano y Peralta, entre otros varios, son el mejor y máspreciado testimonio de nuestra afirmación.

En el año último, uno de los temas que señaló el Ayuntamiento para el correspondiente concurso fué el que, rezando de esta suerte: *Legislación municipal que defienda el carácter típico y tradicional de la ciudad e impida la desaparición de sus monumentos característicos*, atrajo la curiosidad de D. José Bordiú, autor, entre otros trabajos, de un acertado y documentado estudio acerca de *La mendicidad en Madrid*, asimismo laureado en el certamen abierto por nuestro Consistorio en abril de 1922.

Cierto que la obra que reseñamos, más que defensa—que siempre parece suponer ataque mediato o inmediato—, es un elogio cumplido y caballeroso del Madrid viejo, como escrito por un hidalgo de solar y linaje conocidos; elogio a la noble usanza castellana, y que debemos aplaudir.

Cuatro partes integran y completan esta obra. Dos, dedicadas al carácter típico y tradicional de la Villa y Corte; otra, a sus monumentos; y la última, a nuestro parecer la más interesante, contraída al tema propiamente dicho. Una ojeada histórica, una revisión del articulado de las Ordenanzas de Madrid, un leve recuerdo a aquella malograda Junta consultiva de Arte público creada en 1905 y en la que hubimos de actuar las contadas veces que se reunió delegadamente como secretario, las disposiciones del Estatuto Municipal afines y pertinentes al tema y un proyecto de ley complementario, minuciosamente determinado, compendian y suman los mejores aciertos de esta Memoria de D. José Bordiú, tributo rendido a nuestro pueblo por una buena pluma noblemente apasionada de su historia y sus grandezas.

J. RINCÓN LAZCANO.



SÁNCHEZ ALBORNOZ Y MENDUIÑA, CLAUDIO.—*Estampas de la vida en León durante el siglo X. Contestación de Don Ramón Menéndez Pidal*. Discursos en la recepción de... en la Real Academia de la Historia. Madrid, Tipografía de la *Revista de Archivos*, 1926, 2 hojas + 235 págs., con un mapa y grabados intercalados, 8.º

Llega el profesor de la Universidad Central, D. Claudio S. Alborno, al reconocimiento y consagración de su saber científico, acreditado ya por luminosas publicaciones y por su actuación en la cátedra, en la plenitud de sus facultades intelectuales y en el momento de la vida en que la mayoría de los hombres distinguidos apenas han hecho vislumbrar los primeros frutos de su especialización.

En las primeras frases de su discurso parece querer explicar este singular y temprano triunfo por la influencia que en su formación intelectual hubo de ejercer su preclaro maestro D. Eduardo de Hinojosa, al que consagra un recuerdo de filial reconocimiento. Sin negar la beneficiosa influencia que en una inteligencia ejerce siempre un verdadero maestro, sirviendo de discreta guía y de afectuoso aliento, no se puede dejar de reconocer en este caso, como elemento esencial del triunfo del Sr. Alborno, las excepcionales condiciones de su inteligencia para la investigación y la síntesis que le han guiado en su trabajo y la vocación clara y precisa que le ha alentado en un esfuerzo paciente, silencioso y constante.

El Sr. Alborno, como asegura Menéndez Pidal en su discurso de contestación, destacó siempre en primera línea en toda su actuación anterior. También en la ocasión presente, al ser elegido académico, lo ha sido sin discusión ni contradicción alguna por encontrarse en preeminente lugar, amparado por un nombre y una reputación ya reconocida y acatada por todos los que directa o indirectamente a los estudios históricos se dedican.

El discurso es, en el fondo, una parcial, pero brillante muestra de los frutos obtenidos en sus trabajos, hecha con un criterio y con un método personal y propio, como propio y personal es también el método que emplea en sus enseñanzas universitarias, en conformidad con las exigencias científicas de la actualidad. En la forma es una hábil reconstrucción de la vida leonesa del siglo x en donde cree ver representada la actividad política y social de España en los primeros tiempos.

de nuestra historia medieval, los más oscuros y abandonados de la investigación, pero también los más interesantes para todo aquel que mire con afecto y preferencia el espíritu de nuestras viejas instituciones que en aquellos siglos de confusa gestación tienden sus raigambres y afirman su personalidad y su carácter singular, conservado en parte, a través de los tiempos. Se hace patente esta singularidad en la comparación del progreso histórico de nuestro país con la evolución general paralela a los demás pueblos europeos, circunstancias que, puestas en relieve por el Sr. Albornoz aclaran hechos y fijan conceptos históricos que aparecían confusos en anteriores interpretaciones.

Esta reconstrucción, en la que Albornoz ha querido concretar en síntesis histórica su visión medieval leonesa, aparece a primera vista como una obra de imaginación, pero es algo más; es una metódica y rigurosa exposición de datos dispersos y hábilmente reunidos y sintetizados con el atractivo de una obra literaria, exento de la aridez general en los estudios científicos, pero sin que haya una sola afirmación que no esté documentalmente comprobada. Su autor ha sabido escoger con sensibilidad de artista, los detalles más sugestivos, los que con más verdad hacen desfilar ante nuestros ojos pintorescas escenas de aquella abigarrada sociedad formada por gentes llegadas de diferentes comarcas, por hombres de diverso origen, castellanos, leoneses, levantinos, moriscos y judíos, con las reyertas a que entre unos y otros da lugar su diversa condición y sus distintos intereses.

El mercado es el primer cuadro o estampa, como dice el Sr. Albornoz en su discurso, queriendo acentuar en lo posible la intención de plasticidad que pone en esas representaciones. A este cuadro sigue una descripción de la corte o cámara regia, después la de preparación de una algara o incursión en tierra de moros, luego la reconstrucción de una casa humilde y la de un yantar entre magnates, y al hacer estas descripciones evoca en nuestra imaginación la vida real de aquella época con los mil detalles que la integran, deducidos, sin ninguna excepción, de los documentos de nuestros archivos cuya riqueza insospechada pone en relieve gracias a su atenta investigación y a su agudo sentido crítico.

Compréndese, al examinar este discurso, la evolución lenta de nuestras costumbres sociales, y cómo el elemento árabe se infiltra en ellas por conducto del pueblo dominador que con nosotros convivió durante siglos en una relación a veces amistosa y pacífica, pero en constante pugna de intereses, viniendo a determinar la influencia de la civilización y del arte oriental; el desarrollo lento de nuestras instituciones sociales y jurídicas, partiendo del carácter casi patriarcal, conforme con la simplicidad de la vida medieval, hacia las complicadas fórmulas que luego las informan los cambios sucesivos del concepto y forma de la propiedad y de la condición social de los hombres; la relativa importancia que según *los tiempos y el resultado de la incesante y compleja lucha de intereses* adquieren en la vida política, la realeza, la iglesia, la aristocracia y el pueblo; el cambio que paulatinamente se opera en la apreciación económica de las cosas, según la relativa importancia, y que determina la evolución y desarrollo del comercio y de la industria; la total comprensión, en fin, de la historia.

El Sr. Menéndez Pidal, con autoridad de maestro y a invitación de Albornoz, completa en breve exposición, estos animados cuadros, relativamente al lenguaje leonés de aquella época y a las modalidades especiales que le diferencian del castellano.

ROSARIO FUENTES.

MARTÍN LÁZARO, ANTONIO.—*Fuero castellano de Béjar (siglo XIII)*.
Madrid, Tipografía de la Revista de Archivos, 1915.

Esta es la primera edición completa y paleográfica del fuero. Se conserva actualmente en el Archivo Municipal de Béjar. Es un códice formado por 174 folios de pergamino escrito a plana entera con letra francesa de la segunda mitad del siglo XIII; da un facsímil del folio 135 v. Este códice se conserva incompleto: le falta una décima parte; se puede comprobar en presencia del fuero de Cuenca. Sólo existían, anteriormente a este trabajo, indicaciones fragmentarias y de dudosa autoridad; por tanto, el trabajo pacientísimo y escrupuloso—la edición está hecha sobre las más modernas normas paleográficas—del Sr. Martín Lázaro tiene un positivo interés. Antecede a la edición un preliminar—breve—en que se inquiere las causas que produjeron la publicación del fuero y la cuestión de su fecha. Esto es importante; pues tratándose de una traducción del *Forum Conche* se hace necesario delimitar sus influencias y definir el contorno de la familia, al mismo tiempo que cronológicamente se deslinda aquélla, para todo lo cual la data del fuero bejarano es imprescindible. El autor indica que en tiempo de Alfonso VIII se dió el fuero latino; Alfonso X promulga el Fuero Real, derogando, por tanto, la vigencia del fuero viejo; pero el mismo monarca repone el primitivo (véase la Colección Diplomática Municipal de Béjar debida al autor). De aquí, pues, parte el romanceamiento del fuero y, seguramente, el actual códice hay que datarlo en fecha próxima a 1272.

E. V. H.

BIBLIOGRAFÍA MADRILEÑA

Generalidades

591. *Bibliografía madrileña*, en REV. DE LA BIBL., ARCH. Y MUSEO, Ayuntamiento de Madrid, III, págs. 125-128.
592. Bordiú, José.—*Memoria escrita en defensa del Madrid viejo*, Madrid, Imprenta Municipal, 1926, 68 págs. + 1 hoja, 4.º
593. Desdevises du Dezert, G.—*La société espagnole au XVIII.^e siècle*, en *Revue Hispanique*, tomo LXIV, núms. 145-146, juin-août, 1925.
594. García Cobacho, Juan.—*Del Madrid chulesco*. Segundo millar. Madrid, Julio Cosano, 1925, 220 págs. + 1 hoja, 8.º
595. Laborde, Alexandre.—*Voyage pittoresque et historique de l'Espagne*, en *Revue Hispanique*, tomo LXIV, núm. 145, juin, 1925 [Madrid, El Escorial y Aranjuez, págs. 180-206].
596. [Cuadrado, José M.^a].—*En Cuadrado a Madrid (Correspondencia amb Don Tomás Aguiló, 1841-1846)*, en *Bolleti de la Societat Arqueològica Luliana*, setembre-octubre de 1925, págs. 321-325.
597. Roch, León [seud.].—*Antes y después de 1850. El crecimiento de la Villa y Corte*, en *La Epoca*, 1 enero, 1926.

Prehistoria

598. Pérez de Barradas, José.—*El neolítico de la provincia de Madrid*, en REV. DE LA BIBL., ARCH. Y MUSEO, Ayuntamiento de Madrid, III, págs. 75-87.

Hechos históricos

599. Fuerrão, Antonio.—*A Côte de Fernando VII, de Espanha, em 1816, vista pelo embaixador de Portugal*. Lisboa. Tip. América, S. A. 2 hojas + 62 páginas, 4.º
600. Villa-Urrutia, Marqués de.—*La reina gobernadora doña María Cristina de Borbón*. Madrid. Tip. Artística, 1925, XV + 554 págs. + 1 hoja. + 1 lám., 8.º

Tradiciones, Costumbres, Folk-lore

601. Bello, Luis.—*Estampas de arrabal. París y Madrid*, en *La Esfera*, 2 enero, 1926.
602. Blanco Coris, J.—*El Manzanares, río de pesca*, en *La Esfera*, 19 diciembre, 1926.
603. González Palencia, Angel.—*Establecimiento de La Fontana de oro*, en REV. DE LA BIBL., ARCH. Y MUSEO, Ayuntamiento de Madrid, III, págs. 110-113.

604. López-Robert, Mauricio.—*Del mundo galdosiano. La Casa de Jacintà*, en *Blanco y Negro*, 13 diciembre, 1925.
605. López-Robert, Mauricio.—*El mundo galdosiano. El barrio de los «Miaus»*, en *Blanco y Negro*, 24 enero, 1926.
606. Velasco Zazo, Antonio.—*La Semana Santa*, en *El Noticiero del Lunes*, 29 marzo, 1926.
607. Velasco Zazo, Antonio.—*Los siglos dormidos. La Escalinata*, en *El Noticiero del Lunes*, 15 marzo, 1926.
608. Velasco Zazo, Antonio.—*Tradiciones madrileñas. La Cuaresma*, en *El Noticiero del Lunes*, 8 marzo, 1926.

Escritores madrileños

609. Alsina, José.—*La legendaria pobreza de Don Ramón de la Cruz*, en *Blanco y Negro*, 28 febrero, 1926.
610. Artigas, Miguel.—*Un opúsculo inédito de Lope de Vega*, en *Bol. de la Real Acad. Española*, tomo XII, diciembre, 1925, págs. 587-605.
611. Astrana Marín, Luis.—*Cervantes acusado de plagio. ¿Es «Avellaneda» Lope de Vega?*, en *El Imparcial*, 28 marzo, 1926.
612. «Azorín».—*Racine y Molière* [sobre *Moratín y Molière*, págs. 63-86]. Madrid, «Cuadernos literarios», 1924.
613. Benavente, Jacinto.—*¡Palabras, palabras...!* Madrid, Industrial Gráfica, 1925, 152 págs., 8.º
614. Benavente, Jacinto.—*Teatro*. Tomo vigésimo noveno. *Lecciones de buen amor. Un par de botas. La otra honra*. Madrid, Editorial Hernando, 1925, 204 páginas + 1 hoja, 8.º
615. Benavente, Jacinto.—*Teatro*. Tomo trigésimo. *La virtud sospechosa. Nadie sabe lo que quiere o El bailarín y el trabajador. ¡Si crearás tú que es por mi gusto...!* Madrid, Editorial Hernando, 1925, 322 págs., 8.º
616. Cervantes Saavedra, Miguel.—*El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha con notas ilustradas por el P. Rufo Mendizábal*.
617. Cotarelo y Mori, Emilio.—*Sobre quién fuese el raptor de la hija de Lope de Vega*, en *REV. DE LA BIBL., ARCH. Y MUSEO*, Ayuntamiento de Madrid, III, págs. 1-19.
618. Lázaro, Angel.—*Los grandes escritores. Jacinto Benavente. De su vida y de su obra*. Madrid, Imprenta Helénica, S. A. (1925), 173 págs., 8.º
619. Mesonero Romanos, Ramón de.—*Escenas matritenses*. Tomo II (1836 a 1842). Madrid, Imprenta Latina, 1925, 418 págs. + 10 láms., 8.º
620. Mesonero Romanos, Ramón de.—*Tipos y caracteres. Bocetos de cuadros de costumbres*. Tomo III (1843 a 1862), Madrid, Imprenta Latina, 328 páginas + 7 láms., 8.º
621. Mesonero Romanos, Ramón de.—*Recuerdos de viaje por Francia y Bélgica*. Tomo IV (1840 a 1841), Madrid, Imprenta Latina, 1925, 300 págs. + 11 láminas, 8.º
622. Pérez de Ayala, Ramón.—*Las máscaras*. Vol. I, Madrid, Rivadeneyra, 1924, 275 págs., 8.º [Trata de Benavente].
623. Picón, Jacinto Octavio.—*Obras completas*. Tomo X. *Vida y obras de Don Diego Velázquez*. Madrid, Imprenta Ciudad Lineal, 316 págs., 8.º

624. Picón, Jacinto Octavio.—*Vida y obras de Don Diego Velázquez*. Segunda edición. Madrid, Imprenta Ciudad Lineal, S. A., XLVIII + 316 págs., 4.º
625. Restori, Antonio.—*Un autoplagio di Lope de Vega?*, en *Atti della Società Ligustica di Scienze e Lettere*, vol. IV, 1925, págs. 267-274.
626. Sagitario [seud.].—*Galería teatral. Jacinto Benavente. La Farsa*, I, 1925, pág. 7.
627. Vega, Lope de.—*La corona merecida*. Publicada por José F. Montesinos. Madrid, 1923, 212 págs., 4.º (Junta para ampliación de estudios. Centro de Estudios Históricos, *Teatro antiguo español*. Textos y estudios, V.)

Archivos, Librerías, Bibliotecas e Imprentas

628. Andarias, Angel.—*Catálogo de los manuscritos de la Biblioteca municipal*, en *REV. DE LA BIBL. ARCH.*, y *MUSEO*, Ayuntamiento de Madrid, III, páginas 129-130.
629. Calvo, Ignacio.—*Posibles Cecas madrileñas*, en *REV. DE LA BIBL.*, *ARCHIVO Y MUSEO*, Ayuntamiento de Madrid, III, págs. 67-74.
630. Subirá, José.—*La vida musical española en 1925*, en *Hispania*, número 18, enero, 1926. [Menciona la *REV. DE LA BIBL.*, *ARCH.* y *MUSEO*, Ayuntamiento de Madrid.]
631. Subirá, Josep.—*Una «tonadilla» catalana. El puente de las virtudes*, en *Revista musical catalana*, núms. 258 a 262, 1925. [La tonadilla que menciona pertenece a la Bibl. Municipal.]

Bellas Artes, Artistas, Monumentos y Museos

632. Baños Fernández, Pedro A.—*Del Madrid histórico-artístico-monumental*, en *El Noticiero del Lunes*, 22 marzo, 1926.
633. Benedito y Vives, Manuel.—*El porvenir de la Real Fábrica de Tapices y Alfombras de Madrid*. Discurso leído ante la Real Academia de Bellas Artes... Madrid, Mateu, Artes Gráficas, 1924, 4.º
634. Beroqui, Pedro.—*Tiziano en el Museo del Prado*, en *Bol. de la Sociedad Esp. de Excursiones*, XXXIII, págs. 245-266. (Vid. 516.)
635. Domenech Gallisá, Rafael.—*La Crítica de arte*. Discurso leído ante la Real Academia de Bellas Artes... Madrid, Angel Alcoy, 1924, 8.º
636. Ezquerria del Bayo, Joaquín.—*La alameda de Osuna*, en *REV. DE LA BIBL.*, *ARCH.* y *MUSEO*, Ayuntamiento de Madrid, III, págs. 56-66.
637. Martínez de la Riva, Ramón.—*El Museo del Prado. Sotomayor, el gran artista nos dice...*, en *Blanco y Negro*, 17 enero, 1926.
638. Mayer, Augusto L.—*Francisco Goya. Traducción de Manuel Sánchez Sarto*. Barcelona, Edit. Labor, 1925, X + 300 págs. con 261 grab., 4.º
639. Orueta, Ricardo.—*La expresión de dolor en la Escultura castellana*. Discurso de recepción en la Real Academia de Bellas Artes... Madrid, Nieto y Compañía, 1924, 4.º
640. Pemán, César.—*Las miniaturas del «Apocalipsis de Saboya» de El Escorial y sus autores*, en *Bol. de la Soc. Esp. de Excursiones*, año XXXIV, 1926.
641. Plá, Cecilio.—*Disciplina estética en el arte de la pintura*. Discurso leído ante la Real Academia de Bellas Artes... Madrid, Artes Gráficas. 1924, 4.º

642. Ramírez Angel, E.—*Acordémonos de Cervantes. ¿Cuándo va a elevarse definitivamente su monumento en la plaza de España?*, en *A B C*, 10 enero, 1926.

643. Ricard, Robert.—*Marbres antiques du Musée du Prado de Madrid*, Bordeaux, Feret, fils, 1923, 4.º (Fasc. VII de las publicaciones de la Bibliothèque de l'Ecole des Hautes Études Hispaniques.)

644. Tamayo, Victorino.—*Los teatros de Madrid en la época de José Bonaparte*, en *Blanco y Negro*, 28 febrero, 1926.

645. Tormo, Elías.—*En el Museo del Prado: Conferencias de arte cristiano: la Circuncisión*, en *Bol. de la Soc. Esp. de Excursiones*. Año XXXIV, 1926.

646. Tormo, Elías.—*La capilla de San Isidro en la parroquia de San Andrés, de Madrid*, en *Bol. de la Real Acad. de la Historia*, tomo LXXXVII, 1925, págs. 292-293.

647. Zarco Cuevas, Julián.—*Felipe II y el Monasterio de El Escorial*, en *El Noticiero del Lunes*, 8 marzo 1925.

Administración municipal, Instituciones y Servicios municipales

648. Castrovido, Roberto.—*Madrileñas. Mercados de la Corte*, en *La Voz*, 13 febrero, 1926.

649. Martínez Olmedilla, Augusto.—*El Monte de Piedad*, en *Blanco y Negro*, 28 febrero, 1926.

650. Morato, J. J.—*El Estudio de la Villa*, en *REV. DE LA BIBL., ARCH Y MUSEO*, Ayuntamiento de Madrid, III, págs. 108-110.

Obras y proyectos. Planos

651. Castrovido, Roberto.—*Madrileñas. La Gran Vía que hacen*, en *La Voz*, 6 febrero, 1926.

652. Cort, César.—*La crisis de la vivienda [en Madrid]*, en *Madrid Científico*. Año XXXII, págs. 353-356.

653. Gómez Renovales, Juan.—*Un plano del Manzanares*, en *La Voz*, 24 marzo 1926.

654. Morella, Marqués de.—*El ferrocarril suburbano y la Estación Central de Madrid*, en *Madrid Científico*. Año XXXIII, núm. 1.147, octubre, 1925.

655. *Redes geodésicas de primero, segundo y tercer orden de España. Provincia de Madrid. Valores trigonométricos aproximados obtenidos por el Instituto Geográfico*. Madrid. Talleres del Instituto Geográfico, 1923, 4.º

656. X.—*Aspectos de Madrid. La Puerta del Sol y sus plazas auxiliares*, en *El Sol*, 19 marzo, 1926.

657. X.—*Ayer hoy y mañana. La transformación de Madrid. Una plaza nueva con rasantes absurdas y antiestética*, en *El Imparcial*, 7 febrero, 1926.

658. X.—*El desenvolvimiento de Madrid. Lo que es y lo que ha debido ser la Gran Vía*, en *El Imparcial*, 7 enero, 1926.

659. X.—*La evolución de Madrid. Más errores de la Gran Vía*, en *El Imparcial*, 17 enero, 1926.

660. X.—*La transformación de Madrid. Modificaciones que la Gran Vía producirá en el espacio comprendido entre la calle Ancha y la plaza del Callao*, en *El Imparcial*, 29 enero, 1926.

NECROLOGÍA

FELIPE MORALES DE SETIÉN

Hoy tiene la REVISTA DE LA BIBLIOTECA, ARCHIVO Y MUSEO que comunicar a sus lectores una triste noticia: la del fallecimiento de Felipe Morales de Setién, que desaparece de modo inesperado y en la plenitud de la vida, cuando más se podía esperar de su actividad incansable, de su espíritu investigador y de su clara inteligencia. Morales de Setién, que pertenecía en la actualidad a la Biblioteca Municipal y formaba parte del Comité directivo de esta REVISTA, en la que deja un vacío difícil de llenar, fué nombrado en octubre de 1917, por la Junta para ampliación de Estudios, profesor de Lengua y Literatura españolas en la Universidad de Leland Stanford Junior University, en California. Llamado por la Universidad de Los Ángeles para dar un curso de Literatura, que versó sobre Cervantes y sobre los poetas españoles contemporáneos, quedó incorporado como profesor de esta Universidad en años sucesivos.

A su regreso a España, en 1922, fué colaborador del Centro de Estudios históricos y encargado de la secretaría de los cursos para extranjeros organizados por dicho Centro, en los cuales explicó sin interrupción las clases de Literatura española.

Publicó en *Modern Language Bulletin* (1922, VII, 9-18) dos interesantes «Itinerarios de la Literatura Española», el primero dedicado a la novela y el segundo al teatro. En ellos señala cierta jerarquía de autores más importantes y menos importantes, que en su conjunto viene a formar una lista mínima de lecturas indispensables a los maestros de español que deseen adquirir una idea de las principales tendencias de la producción novelesca y teatral. Están ordenados ambos «Itinerarios» por orden cronológico de obras, desde los orígenes hasta el siglo XIX, y acompañan a los comprendidos en cada siglo unas notas que orientan sobre las distintas influencias y direcciones que los caracterizan. Completan estos trabajos unas notas bibliográficas de obras críticas referentes a los varios períodos estudiados.

Además de los trabajos y reseñas insertos en la REVISTA DE LA BIBLIOTECA, ARCHIVO Y MUSEO, fué colaborador de la *Revista de Filología española*, en la cual publicó, entre otros trabajos sin firma, notas bibliográficas sobre V. García Calderón: «Lettre ouverte à Mr. James Fitzmaurice-Kelly, hispanisant» (R. F. E. 1923, X, 323-324); S. G. Morley: «Ya anda la de Mazagatos», comedia desconocida, atribuida a Lope de Vega (1924, XI, 321-323; Liñán y Verdugo: «Guía y aviso de forasteros que vienen a la Corte», Ed. de la Real Acad. Española (1924; XI, 323-324. Colaboró también en la Revista *Hispania* de California, donde publicó, entre otras reseñas, una sobre C. Marcial Dorado: «España pintoresca» (1918; I, 183-185), y sobre J. P. Crawford: «First Book in Spanish» (1920; III, 48-50), etc.

Tradujo del inglés y amplió con notas aclaratorias y precisas el trabajo de A. M. Espinosa, *América española e hispanoamericana*, publicado en Madrid por la Comisaría Regia de Turismo en 1919 (22 págs.)

En el *Homenaje a Menéndez Pidal* (Madrid, 1925; tomo III, págs. 509-530) se publicó un erudito estudio suyo, titulado «La historia del Abad don Juan. (Notas bibliográficas)», complemento del que sobre este asunto publicó Menéndez Pidal en 1903. Para este homenaje ofreció un estudio sobre «El tema español en la lite-

ratura de California»; la extensión alcanzada por este trabajo, que desgraciadamente ha quedado inédito, le obligó a preterirlo, sustituyéndolo por aquel otro.

La REVISTA DE LA BIBLIOTECA, ARCHIVO Y MUSEO lamenta la pérdida de tan querido compañero y se asocia al dolor de su familia.

MR. LE COMTE FERNANDO ESTANISLAO
DE VILLEGAS DE SAINT PIERRE - JETTE

El 22 del pasado mes de febrero ha fallecido en Bruselas, a consecuencia de una hemiplejía, el conde D. Fernando Estanislao de Villegas de Saint Pierre-Jette, oriundo de antigua familia castellana, con antepasados notables como el contador mayor de Hacienda de Enrique II; Pedro Fernández de Villegas, merino mayor de Burgos; D. Alvaro de Villegas, gobernador de la iglesia de Toledo que tanto y también interviniera en la batallona cuestión de los medios frutos, y otros de esta alcornia. Las guerras de Flandes llevaron a aquel país en el siglo XVI a un representante de este linaje, quien emparentando por casamiento con familias tituladas del condado, echó raíces en él por afecciones e intereses económicos. Mas ni la distancia ni el tiempo minoraron el recuerdo grato del país de origen, siempre perenne, que trajo a España en cada generación, por luengo tiempo, al principal miembro de ella. Siguiendo la tradición de su Casa, D. Fernando de Villegas estuvo primero en Cataluña y Levante unos años, aprendiendo idioma y costumbres, y muy luego, terminados sus estudios de facultad, doctorado en Derecho, tornó a nuestra tierra y permaneció muchos otros en Castilla.

Fino observador, gran paleógrafo, crítico sagaz, impuesto en ciencias históricas y jurídicas, su cultura y su despierta imaginación las puso a merced de un estudio que absorbía su tiempo casi entero, el acopio de datos para formar un día la historia de su apellido, con los hechos y sucesos en que sus antecesores tomaron parte. Rodando constantemente en archivos generales y particulares, de protocolos, de concejos y de iglesias, logró enriquecer el de su casa con multitud de copias y notas provechosísimas para el intento ideado, a la vez que, de pasada, reunía importantes fondos sobre cuestiones varias de historia del Derecho español, que, como los relativos a precios, constituyen la mejor colección española que conozco.

Llano por convicción y por carácter, modesto hasta la exageración, tímido para publicar cosa alguna del fruto de sus trabajos, por su equivocado juicio de que no dominaba suficientemente la lengua, cuando escribía un castellano rico y castizo, y no se le conocía en el acento su condición de extranjero, hubiera prestado un buen servicio a nuestras instituciones con monografías varias, que tanto habrían contribuido a llenar vacíos sensibles.

Tan conocido en Valladolid como en Burgos durante los muchos años que estuvo entre nosotros, popular en los pueblos de la Montaña, apasionado de nuestra literatura, monumentos y paisajes, admirador de nuestra picaresca, asiduo asistente con casticismo oportuno a nuestra fiesta tradicional, soñando con un acercamiento económico de España y Bélgica, por el que trabajó alguna vez; con él ha perdido nuestra Nación un entusiasta admirador, y los que le tratamos un amigo leal, consecuente y cariñoso.

Que Dios haya acogido en su seno al excelente hispanófilo, y reciba su distinguida familia la reiteración de nuestro pésame sincero.

CATÁLOGO

DE LOS

MANUSCRITOS DE LA BIBLIOTECA MUNICIPAL

(Continuación.)

29. (Fol. 276.)—Suplemento al Diario de Valencia del lunes 6 de Junio de 1808. Historia descubierta, noticia presente, y prediccion futura. Antidiarrio de Madrid del 10 de mayo y sig.^{tes}

30. (Fol. 283.)—[Bando publicado en Madrid en 3 de agosto de 1808 sobre alistamiento del vecindario madrileño.]

31. (Fol. 285.)—Respuesta dada a la Junta de Gobierno por el Ill.^{mo} Sr. Obispo de | Orense D.ⁿ Pedro Quevedo y Quintano con motivo de haver sido promulgado Diputado para la Junta de Bayona.

32. (Fol. 289.)—Suplemento a la Gazeta ministerial del savado 23 de Jul.^o de 1808.

33. (Fol. 291.)—Memoria presentada por el embajador frances ciudadano Perignon al | Excmo. Principe de la Paz.

34. (Fol. 293.)—[Carta pastoral del Obispo electo de Segovia D. José Antonio Sáenz de Santa María.]

35. (Fol. 295.)—[Bando de Napoleón Bonaparte dado en Forentino a 9 de febrero de 1806 y fijado en Madrid el 14 de marzo siguiente, sobre el envío del Ejército francés a España.]

36. (Fol. 296.)—[Mensaje del Rey Jorge III, de Inglaterra, fecha 17 de marzo de 1803, sobre la ruptura de relaciones entre Inglaterra y Francia.]

37. (Fol. 298.)—Discurso de Mr. Petion, miembro de la Convencion Nacional de Paris. [Sobre política francesa.]

38. (Fol. 302.)—Copia de una carta de D.ⁿ Juan de Rubalcava natural de la Montaña|, Capitan de Infantería, de las Resultas de la perdida de la ciudad de Perpiñan en el Año de 1642.

39. (Fol. 308.)—Noticias ocurridas con motivo de la muerte del Rey de Francia D.ⁿ Luis 16.

40. (Fol. 309.)—[Copia de la sentencia dictada en 20 de marzo de 1793 en el pleito seguido por D. Jacobo Fitz James Colón de Toledo, Duque de Berwick y Liria y D. Juan de la Cruz Belvis de Moncada, Marqués de Belgida y Villamayor, contra D. Mariano Colón de Larreategui, sobre la propiedad del Mayorazgo que fundó D. Cristobal Colón.]

41. (Fol. 312.)—[Copia de la Bula dada por el Papa Clemente XIII en 9 de junio de 1790 al Rey de Francia.]

Ayuntamiento de Madrid

www.memoriademadrid.es

42. (Fol. 314.)—Los Títulos y Documentos que tiene el Monasterio de S.ⁿ | Millan de la Cogulla para acreditar el Dominio que le pertenece en Santa María de Antuzanos... [*Copia de distinta letra de la que figura en el folio 245.*]

43. (Fol. 316.)—[Relación de los hechos que originaron el proceso y ejecución del jesuita Malagrida.] [*Copia de distinta letra de la que figura al folio 198.*]

44. (Fol. 322.)—Breve y sucinta descripción del modo maravilloso con [que] se aparecio | la prodigiosisima imagen de Nuestra Señora de Nieva.

45. (Fol. 328.)—Declarar.^{on} de S. A. el S.^{or} Duque Brunwich com.^{te} | de los exércitos conuinados de S.S. M.M. El Emperador | el Rey de Prusia dirigida a los havitantes de la Francia.

46. (Fol. 334.) | Relacion de lo acaecido con un soldado frances llama- do Richard | del Regimiento de Infanteria Chartres hallandose de guarnicion | en Brest.

47. (Fol. 336.)—Declaracion de guerra al Emperador de los franceses | Napoleón 1.^o, Fernando VII, Rey de España y de las Indias y en su nombre la | Suprema Junta.

48. (Fol. 340.)—Reiteracion de la protesta hecha por S. M. D.ⁿ Car- los IV contra su abdi|cacion del Trono.

49. (Fol. 342.)—Reiteración de la protesta hecha por S. M. Dn. Car- los IV contra | su abdicacion del Trono.] [*Copia de distinta letra de la que figura al folio 340.*]

343 folios de numeración moderna. Están en blanco los señalados con el 26 v., 27, 43, 69 v., 70 v., 85 v., 86, 87, 102, 109 v., 110, 114, 115 v., 116 a 118, 208 v., 209, 237, 244, 257, 258, 270, 281, 284, 292, 310, 311, 327 y 333.

Papel de diferentes tamaños y filigranas.

Letra de distintas manos de últimos del siglo xviii y principios del xix. Tinta parda.

0,220 de alto por 0,150 de ancho. Caja de la escritura de varios tamaños siendo la de 0,180 y 0,190 la que predomina en el manuscrito.

Lleva en la primera guarda del manuscrito la nota siguiente: «Libro formado por el apreciable Sr. D. Felipe Sainz de Varanda, Apoderado general que fué del excelentísimo señor Duque del Infantado».

Encuadernación de la época, en pasta.

23

Historia del Duende de Madrid en tiempo de Felipe V.^o en España de 1735

1. (Fol. 1 r., E.)—Historia del Duende de Madrid | en tiempo de Feli- pe V.^o en Es | paña del año 1735.

(Fol. 92 v., T.)—Fin de los Papeles que escribió el Duende.

Ayuntamiento de Madrid

www.memoriademadrid.es

2. (Fol. 93 r., E.)—Memorias del tiempo de Carlos II.

(Fol. 159 r., T.) —... Se tomó por tes | timonio este acto, con que | se terminó este gran | Negociado.

3. (Fol. 160 r., E.)—Vida, prisión y muerte de D.ⁿ Rodrigo Cald ón, Marqués | de Siete Iglesias...

(Fol. 177 r., T.)—Es copia a la letra de su original que queda en mi poder | Año de 1757. | Finis.

177 folios. Los 92 primeros folios están numerados en la época en que se copió el manuscrito y por la misma mano, y desde el 93 al final por el Director que fué de la Biblioteca Municipal D. Carlos Cambroneró.

Los primeros folios tienen en sus bordes manchas de tinta.

Papel con filigranas de dragones sosteniendo un círculo con una cruz en el centro de éste.

Letra de mediados del siglo XVIII. Tinta parda.

0,195 de alto por 0,125 de ancho. Caja de la escritura 0,160 por 0,100.

Varios de los folios están escritos a dos y tres columnas.

Encuadernado en pergamino.

Donativo de D. Hilario Peñasco.

24

Medios de extinguir la mendicidad en España, haciendo a los Pobres utiles al Estado, sin que sean infelices: Propuestos por Dn. Manuel Sisternes y Feliu

(Fol. 1 r., E.)—Medios de extinguir la mendicidad...

(Fol. 368 v., T.)—... Feliz mi Patria que | tiene tantos hombres que valen más que yo.

368 folios de numeración moderna de lápiz mas 7 hojas que sirven de portada e índice al manuscrito.

Papel con un escudo con las letras F. P. A. V. por filigrana.

Letra de fines del siglo XVIII. Tinta parda.

0,330 de alto por 0,220 de ancho. Caja de la escritura 0,290 por 0,170.

Encuadernado en holandesa.

(Continuará.)

ANGEL ANDARIAS.

